LAS LUCES DEL CIRCO

JACK BENTON

TRADUCIDO POR MARIANO BAS

LAS LUCES DEL CIRCO

JACK BENTON

Traducido por
MARIANO BAS

AMMFA PUBLISHING

“Las Luces del Circo” Copyright © Jack Benton / Chris Ward 2023

Traducido por Mariano Bas

El derecho de Jack Benton / Chris Ward a ser identificado como el autor de este trabajo fue declarado por él de conformidad con la Ley de derechos de autor, diseños y patentes de 1988.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo por escrito del Autor.

Esta historia es una obra de ficción y es producto de la imaginación del autor. Todas las similitudes con lugares reales o con personas vivas o muertas son pura coincidencia.

ÍNDICE

Otras Obras de Jack Benton
Las Luces del Circo

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48

ahora disponible
Agradecimientos
Sobre el Autor

OTRAS OBRAS DE JACK BENTON

(y disponible en español)

El hombre a la orilla del mar

El secreto del relojero

El encargado de los juegos

Tren de cercanías

El cuento del pescador

Ocho días

Cuando sopla el viento

Las luces del circo

Aquí acaba el camino

LAS LUCES DEL CIRCO



1



JOHN «SLIM» Hardy pensó que era una idea estúpida mientras estaba de pie junto a la ventana (la oscuridad del exterior proporcionaba un reflejo en ausencia de un espejo real) y ajustó el cuello de la camisa negra, que había comprado apresuradamente esa tarde en la sección de ropa de su supermercado local. Convenientemente, se había cortado el pelo apenas un par de días antes y se había recortado su barba canosa. Con su único par decente de vaqueros parecía casi respetable. Entonces, con un repentino rugido de motor, las luces de un automóvil parpadearon en la ventana de su departamento de abajo, borrando momentáneamente el reflejo como si no fuera más que un fantasma, y Slim consideró abandonar todo el asunto.

Bien podría haberlo hecho, pero se había olvidado de cargar su teléfono, y cuando encontró el cargador, había vuelto a la idea. Mientras buscaba dinero en su cartera y se ponía el abrigo, sacudió irónicamente la cabeza.

No parecía correcto.

Slim Hardy no iba a citas a ciegas.

Sin embargo, aquí estaba, saliendo por la puerta. Mientras giraba la cerradura Yale, se preguntó si debería ponerse un poco de loción

para después del afeitado, pero pensó que tal vez eso sería exagerar un poco.



Maria caminaba cojeando, pero por lo demás era más bonita de lo que esperaba. Cuando entró en el café, lo vio y le saludó tímidamente con la mano, se permitió un breve momento para evaluar una figura que había resistido la prueba del tiempo con admirable gracia, consciente de que a él, los años de abuso de alcohol lo habían mantenido lo suficientemente delgado como para que ella pudiera pensar lo mismo. Luego se puso de pie, se presentó torpemente y le ofreció un asiento, sin estar seguro de cuánta caballerosidad se requería para una mujer a la que no conocía.



Maria era una antigua profesora de educación física, que se había jubilado prematuramente por discapacidad, una vieja lesión que resurgió más tarde en su vida y acortó su carrera. Slim, en ese momento sin casos, se sentía casi en una situación de envidia. Aunque estuvieron de acuerdo en que el café negro recalentado era mejor que cualquier cosa preparada ese día y arruinada por cualquier tipo de contaminante azucarado o cremoso, la conversación rápidamente se volvió problemática. Slim no escuchaba música. El cine no le interesaba. El único equipo de fútbol del que sabía algo era el QPR, y por algo que no tenía nada que ver con el deporte. No iba al teatro. Ni siquiera tenía televisión.

—Yo solía pescar —dijo, recordando una caña que había usado tal vez media docena de veces, antes de perderla—. ¿Te gusta el pescado? —preguntó por fin, desesperado por una última pregunta que llenara otro silencio incómodo.

—Tengo alergia —dijo Maria—. Pero no me molestan si están en peceras. —Ella soltó una risita seca—. Vivos.

—Como en un zoológico —dijo Slim, deseando por una vez estar borracho—. ¿Un zoológico para… peces?

—Te refieres a un acuario —dijo Maria, sonriendo a alguien fuera de cámara como si una persona imaginaria hubiera sido una mejor compañía—. Creo que los zoológicos son crueles.

Slim estaba a punto de señalar que, dado que no había estado en un zoológico desde un viaje escolar hace mucho tiempo, tenía que estar de acuerdo por defecto, pero parecía que la velada se deslizaba hacia un anticlímax inevitable en el que tal vez compartieran una sonrisa ante la incomodidad del otro y luego se prometieran en silencio no volver a verse nunca más. En cambio, pensando que también podría preguntar sobre el único aspecto de Maria que realmente le interesaba, dijo:

—¿Cómo tienes esa cojera?

Maria volvió a sonreír, con más calidez de lo que se podría esperar de una pregunta así en una primera cita.

—¿Me creerías si te dijera que fui acróbata en el Southern Cross Circus?

Slim le devolvió la sonrisa, sintiéndose a gusto quizá por primera vez.

—Como no te debo dinero y tú no me debes dinero, no tengo motivos para no hacerlo. ¿Entonces eras acróbata?

—Concretamente, trapecista —dijo Maria—. Pero los años no pasan en balde.

—¿Hablas de ti o de mí?

Maria se río y, de repente, Slim se preguntó si no sería posible considerar una segunda cita.

—Me caí —dijo Maria de repente, y su sonrisa se desvaneció cuando sus ojos regresaron a un trauma pasado que aún la atormentaba—. Alguien cortó la cuerda. Fue la noche en que mi novio desapareció.

2



El Nokia 3310 rayado y maltrecho de Slim apenas tenía capacidad para hacer llamadas, y mucho menos para acceder a Internet, así que fue a su biblioteca local, pidió un ordenador y buscó el Southern Cross Circus.

Su expectativa inicial había sido que podría ser alguna versión del Hemisferio Sur del Circo Estatal de Moscú o del Circo Estatal Chino, de los cuales tenía vagos recuerdos de haber pasado por áreas de residencia anteriores, aunque en realidad no había asistido a ningún espectáculo. Recordó los cupones que había en los mostradores de los quioscos donde había comprado su bebida. Por eso, se sintió algo decepcionado al descubrir que la empresa matriz del circo, SCC Ltd, había sido una empresa menor y algo turbia que había operado en los Midlands durante unos pocos años desde finales de los años ochenta hasta su eventual desaparición en el otoño de 1992, como resultado de la «inestabilidad financiera», según el único sitio web que logró encontrar donde se mencionaba.

Más interesante resultaba, sin embargo, un fragmento de televisión de diez minutos que supuestamente se había emitido en un canal local alrededor del verano de 1992, documentando las vidas de algunos de los artistas mientras se preparaban para volver a ir de gira. Esta vez Internet no mostraba el clip real, sino

sencillamente mencionaba su existencia. Sin embargo, Slim tenía un viejo amigo que podría ser capaz de ayudar.

Según Maria, el accidente había ocurrido en otoño de 1992, la noche de la última función del circo, poco antes de que cerrara definitivamente. En el momento de la extinción del circo sólo quedaba un grupo reducido de personal y artistas, lo que reflejaba la disminución de la popularidad del circo, y después muchos se habían dispersado por todas partes. El gerente y propietario, Lowery Powell, se había mudado a la Costa del Sol, donde había abierto un bar en Málaga. Un par de payasos se habían mudado a Filipinas. Uno de los acróbatas se fue a Estados Unidos y consiguió trabajo como coordinador de especialistas en Hollywood. Otros simplemente habían pasado a ejercer trabajos menos lucrativos y, en los treinta años transcurridos, algunos también habían fallecido.

Sería un desafío descubrir a alguien que supiera algo, pero antes Slim necesitaba crearse una imagen de lo que había sucedido.

—¿Vamos a fingir que es una segunda cita? —preguntó Maria mientras se sentaba frente a Slim en una mesa en un café del centro de la ciudad—. ¿O deberíamos simplemente aceptar que estoy cediendo a tu curiosidad?

—Puedo pagar los cafés —dijo—. Si eso vale para algo.

Maria sonrió.

—Te diré lo que recuerdo. Ya hace bastante tiempo que los recuerdos no me duelen. —Ella se encogió de hombros—. Al menos no como me duele la cadera en una mañana lluviosa de invierno.

—¿Dijiste que tu novio desapareció?

—Sí —suspiró Maria, sugiriendo que los recuerdos dolían más de lo que afirmaba—. Estaba allí cuando salí a actuar, y ya no estaba cuando me caí, porque si alguna vez se enteró, en realidad nunca vino a visitarme mientras yo estaba postrada en una cama de hospital. Y no he visto ni oído nada de él desde entonces.

—¿Crees que está muerto?

—O está bien muerto o es muy rico, una de dos. Debo admitir que me gustaría saberlo, al menos para estar tranquila.

—Vamos a empezar por el principio. ¿Cómo se llamaba?

Maria suspiró. Se frotó un lunar que tenía junto a su ojo izquierdo mientras miraba al vacío.

—Jason Felton —dijo—. Era cinco años mayor que yo… por lo que, si quieres saberlo, tendría cincuenta y tres años si todavía estuviera vivo. —Maria se rio entre dientes—. Me quedan un par de años antes de los cincuenta.

Slim, que había alcanzado ese hito recientemente, se limitó a encogerse de hombros.

—No es tan malo. Tengo los mismos dolores que cuando tenía cuarenta y nueve. ¿Así que tenías dieciocho años cuando estabas trabajando en el circo?

Maria le obsequió con una tímida sonrisa.

—Me contrataron con dieciséis años. Tenía una identificación falsa que le había comprado a un chico en la escuela y que usaba para entrar en clubes. Powell simplemente la aceptó, pero no creo que le importara.

—¿Había una edad legal?

—Creo que para ciertas actuaciones. El trapecio era una. Como la mayoría de las cosas en el circo, no se aplicaba ni se regulaba. Hay algunas actividades itinerantes en las que hay familias involucradas, pero el SSC hacía actuaciones estáticas y contrataba a sus artistas anualmente.

—¿Qué quieres decir con actuaciones estáticas?

—Durante la mayor parte del año teníamos una única ubicación. Los clientes venían a nosotros. Estaba en las afueras de Birmingham, justo al sur de un pueblo llamado Meadow Cross. —Maria se rio entre dientes—. Creo que por eso Powell eligió ese nombre.

—No lo conozco.

—Era un lugar bastante agradable, a unas pocas millas al suroeste de la ciudad, cerca de un área del National Trust llamada las colinas de Cloverdale. Los días libres íbamos allí.

—Has dicho que el circo estaba en un único lugar. ¿Crees que todavía queda allí alguna parte de él?

Maria encogió los hombros.

—Podría ser. La gran carpa estaba en un terreno detrás de una residencia de ancianos llamada Oak House—. Maria frunció el ceño y esbozó una media sonrisa—. Fue motivo de discordia entre los lugareños. Había… protestas.

—¿Contra el circo?

Maria volvió a encoger los hombros.

—Mira, yo era una niña. Estaba viviendo ese tipo de sueño rebelde, huyendo al circo y todo eso. Era libre y estaba enamorada de este chico con el que trabajaba. En realidad, no prestaba atención a lo que sucedía fuera de la carpa. Sabía que la gente local no nos quería allí, pero no me importaba gran cosa. Era más una distracción. Una molestia. —Tomó una esquina del mantel de plástico que estaba rasgada—. Pero sé que hubo algunos incidentes. Algo… de violencia.

3



Su curiosidad era como el estopor de un ancla que lo arrastraba. Tenía un poco de dinero para vivir después de un pago decente por un caso de fraude relativamente sencillo hacía unos meses, por lo que Slim sentía que podía permitirse un par de días en los Midlands. Le gustaba la paz del campo y disfrutaría de los pequeños paseos solitarios. Reservó un par de noches en un *Bed and Breakfast* en el centro de Meadow Cross, a poca distancia del antiguo circo.

Era una fría tarde de abril cuando llegó y aparcó en un pequeño estacionamiento detrás del B&B. Una amable anciana, cuyo cabello y ropa eran tan esponjosos y blancos que parecían hechos de algodón, lo llevó por una escalera hasta una habitación en el primer piso que tenía una agradable vista en la distancia a las colinas de Cloverdale. Después de informarle sobre algunos horarios y reglas, le dejó deshacer el equipaje. A la cama le chirriaban los muelles, pero parecía cómoda, así que se quitó las botas y se acostó unos minutos mientras esperaba que hirviera el calentador de agua que le habían proporcionado. No era un entusiasta del café de los B&B, así que había traído del suyo, un paquete de una mezcla mexicana de tostado oscuro que acaba de comprar a un proveedor de café experto cerca de su piso actual. Mientras buscaba dónde lo había dejado, en una bolsa de plástico apoyada contra una pila de tazas al

lado de la tetera, se preguntó cuándo su vida había dado un giro tal que ya no estaba sacando con cuchara los restos de ayer de un filtro.

La fecha era el miércoles 12 de abril. Tres días antes había disfrutado de una cantidad que le había pagado un cliente y había salido a dar un paseo por un parque local, donde se había sentado en un banco y observado a los patos moviéndose entre los juncos en las aguas poco profundas de un estanque. La cicatriz de su costado le dolía, pero no mucho más que cualquiera de las otras.

Sin embargo, el día había sido memorable por un lado. Se despertó al día siguiente y se dio cuenta de que había pasado veinticuatro horas sin siquiera pensar en tomar una copa.

Aunque todavía no había tomado un trago ese año (el período de sobriedad más largo que había logrado desde que cumplió nueve meses por homicidio involuntario), rara vez estaba lejos de sus pensamientos. Quizás por fin estaba dejándolo atrás.

El calentador de agua se apagó. Slim se levantó, preparó un café (espeso y negro como a él le gustaba) y luego se quedó mirando por la ventana las colinas distantes.

A diferencia de muchos de sus casos anteriores, en este tenía muy pocas posibilidades. La información de Maria había sido vaga, a veces aparentemente ensayada y tal vez poco fiable. Existía la posibilidad de un sabotaje: Maria afirmaba que la cuerda de su trapecio había sido cortada parcialmente y que un hombre había desaparecido.

Slim tenía fama de desenterrar crímenes que permanecían enterrados durante mucho tiempo, pero no tenía idea de qué podría conjurar a partir de esto. Maria estaba convencida de que Jason simplemente había huido. Era posible. El circo cerró definitivamente poco después, mientras Maria todavía estaba en el hospital, y sus puertas nunca se volvieron a abrir. Lowery Powell se había retirado con lo que quedaba de su fortuna y los demás artistas se habían dispersado.

¿Había un caso de fraude por descubrir? ¿Quizás blanqueo de dinero o evasión fiscal? ¿Un caso de intento de asesinato?

Como solía hacer cuando realizaba investigaciones preliminares, Slim había viajado de incógnito y reservado su habitación con el nombre de Mike Lewis. Aunque sentía que su fama era totalmente inmerecida, su nombre era conocido entre la multitud de seguidores de documentales nocturnos sobre crímenes reales, y había descubierto que muchos de ellos vivían en pueblos rurales tranquilos donde, por lo demás, poco ocurría. Se metió una tarjeta de identidad falsa en el bolsillo, recogió su abrigo y bajó las escaleras.

La casera estaba cortando zanahorias en la cocina. Slim llamó ligeramente a una puerta que estaba abierta, y ella miró hacia arriba, dejó el cuchillo y recogió sus gafas, acomodándolas sobre su nariz.

—Oh, el señor Lewis, ¿verdad? ¿Necesita algo?

Slim soltó lo que esperaba fuera una risita encantadora.

—Quería pedirle algo de información —dijo—. Puede que le parezca una petición extraña, pero he oído que antes había un circo por aquí. Trabajo para el departamento de cultura de la BBC y estoy estudiando la posibilidad de hacer un documental…

—Oh, sí —dijo, entrecerrando los ojos detrás de sus gafas—. Está hablando de ese lugar que estaba detrás de la residencia de ancianos. Recuerdo haber llevado a los chicos un par de veces. —Soltó una risa nerviosa—. Aunque a mí no me gustaba mucho.

—¿Había algo… malo en él?

—Era un poco cutre para mi gusto —dijo—. No puedo decir que me entristeciera verlo desaparecer. No creo que nadie por aquí lo estuviera. No después de lo que pasó.

Slim sintió un cosquilleo detrás del cuello.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Bueno, alguien hizo eso a esas dos ancianas, ¿no? — dijo de la manera en que lo haría una abuela que esperara que ya se conocieran los detalles.

—No la entiendo…

—Margaret Bellingham y Carrie Thompson. La noche de la última función, alguien entró en Oak House y las asfixió en sus camas.

4



NO IBA A ANOCHECER hasta casi las ocho en punto, por lo que Slim se dispuso a familiarizarse con el pueblo y sus alrededores. Meadow Cross era poco más que un grupo de casas alrededor de un cruce de caminos, aunque Slim no vio señales ni de Robert Johnson ni del diablo. Sin embargo, sí escuchó el débil sonido de alguien practicando un *blues* con la guitarra proveniente de una ventana abierta en un piso alto. Las agradables calles del pueblo partían de una zona central con un pub en una esquina, un Spar en la otra y un par de tiendas especializadas calle arriba. Desde el cruce, Bromswich Road se dirigía hacia el norte en dirección a Hagley, con Church Avenue y Stowford Road hacia el este y el oeste, y con Meadow Cross Lane, una carretera estrecha bordeada por árboles, que se dirigía hacia el sur hasta Belbroughton. Una cómoda acera seguía el lado izquierdo de la carretera por la que Slim caminó por aproximadamente media milla, hasta llegar a la entrada que conducía a Oak House. Escondido en la carretera tras altos setos, Slim se detuvo sólo un par de minutos antes de regresar a Meadow Cross. Aunque tenía muchas ganas de visitar el antiguo circo, sabía que estaba en un terreno privado y también se mostraba un poco reacio a dar a conocer su presencia tan pronto. Si había secretos que desenterrar (y había descubierto que en estos pueblos

pequeños siempre los había), necesitaba cavar lo más profundo posible antes de que los lugareños comenzaran a preparar cemento para enterrar su investigación.

Pensó que el Spar podría ser el mejor lugar para buscar chismes locales. Detrás del mostrador había una mujer de edad similar a Slim, pero cuya piel clara y cabello sin canas sugerían que había vivido un poco mejor, sentada en un taburete mientras leía un ejemplar de *The Sun*.

—Disculpe —dijo.

Ella levantó la mirada, un poco de mala gana, pensó. No había sospecha en sus ojos, sólo una mirada de frustración por haberla molestado. El periódico estaba abierto por una página doble que presentaba a los concursantes de algún *reality show* de televisión en la playa de próximo estreno.

—¿Puedo ayudarlo?

—Sí, estoy buscando a alguien que sepa un poco sobre la historia local. ¿Meadow Cross tiene un consejo municipal o algo así?

—Déjame pensar… sí, está el Consejo Parroquial de Cloverdale, pero está dirigido por alguien americano que sólo lleva aquí diez años. —Ella sonrió—. Una de esas personas que simplemente aparece y empieza a intentar apoderarse de todo.

Alguien con inclinación por el localismo pero sin un vínculo emocional con el pueblo era algo perfecto. Slim intentó parecer decepcionado cuando dijo:

—Bueno, sería un comienzo. Supongo que no tendrá el número de teléfono de él.

—Ella.

—¿Qué?

—Ella. Es una mujer. Al menos supuestamente —añadió con una risita—. Katie Julius. Vive justo subiendo por Church Avenue. En el número 34. Estoy segura de que no le importará que pase por allá. Siempre anda por aquí, mordiéndome la oreja sobre los excrementos de perros o las zonas de tráfico. ¿Quién debería decir que preguntó

por ella en el improbable caso de que yo la encuentre antes que usted?

—Slim… ah… Mike Lewis. Soy investigador. ¿Y quién debería decir que me envió?

—Dígale sencillamente que Jessica, la de la tienda. —La mujer le dedicó a Slim una sonrisa irónica—. Si me menosprecia, vuelva y dígamelo. Le daré una lata de alubias gratis.

—Gracias.

Jessica mantuvo su sonrisa mientras parecía calmarse un poco.

—Siempre encantada de ayudar a un extraño.

—Se lo agradezco. Le dejo volver a sus… ah… asuntos.

Jessica bajó la vista.

—Yo apuesto por Kellie. ¿Y usted?

—Ah… ¿Dave? —dijo Slim, eligiendo el primer nombre que le vino a la cabeza.

Jessica se rio entre dientes, señalando con el dedo a un hombre de unos veintitantos años, bronceado y cargado de músculos, demostrando que Slim había tenido suerte con su suposición.

—No, no tiene ninguna posibilidad. No sabe nadar, ¿verdad? —Antes de que Slim pudiera responder, añadió—: Que tenga un buen día. Ya nos veremos.

—Sí. Y gracias de nuevo.

Slim salió y descubrió que había salido el sol y que el día se había calentado casi hasta el punto de que se arrepintió de haber traído su chaqueta. Miró a su alrededor y localizó Church Avenue, que se dirigía hacia el este en dirección a las colinas de Cloverdale. Pasó por el edificio de la parroquia de Cloverdale y encontró el número 34 al final de una hilera de bonitas casas de clase alta.

Sintió la necesidad de comprobar su apariencia en el reflejo de una parada de autobús de cristal antes de abrir la puerta y caminar por un camino de piedra cuidadosamente limpio entre ordenados macizos de flores. La casa y sus alrededores eran casi esencialmente británicos, hasta el gnomo en el escalón de entrada, el felpudo de «Hogar, dulce hogar» y una tetera ornamentada adornada con una

bandera de la Union Jack visible detrás de una cortina de encaje con volantes.

Había una aldaba de latón, que golpeó con fuerza, pero cuando llegó la respuesta fue con una voz metálica a través de un videoportero al lado de la puerta.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Hola? Mi nombre es Mike Lewis. Soy investigador. Trabajo en una historia sobre espectáculos rurales y he oído que solía haber un circo por aquí. Jessica en la tienda me dijo que me podría ayudar.

—Ah, ¿sí? —No había ningún indicio de acento americano, pero Slim admitió que a través del intercomunicador sería difícil identificarlo. Todavía se preguntaba cómo responder cuando la puerta se abrió con un fuerte crujido. Allí estaba una mujer que Slim describiría como militar, con el pelo gris muy corto sobre un rostro duro y taciturno… y una boca que parecía ideal para dar órdenes. Vestía ropa masculina, una camisa abotonada debajo de un suéter azul oscuro y pantalones de pana marrones. Unas gafas de sol ocultaban el color de sus ojos—. Bueno, entonces será mejor que entre. Supongo que lo que busca son secretos locales, ¿verdad? —Soltó una breve risa que fue más bien un gruñido—. Me encantaría contarle lo que sé.

5



KATIE JULIUS le sirvió un té Darjeeling de calidad en frágiles tazas de porcelana con imágenes de varias bodas reales entremezcladas. Mientras dejaba las tazas, señaló un juego de vajilla de aniversario en una vitrina con cristales.

—Una edición limitada —dijo—. Tengo la número 14. No lo creerá, pero ésa es la fecha del cumpleaños de mi esposo y de su muerte. Creo que no me atrevería a usarla ni siquiera si apareciera la propia familia real. —Le dedicó una breve sonrisa, indicando que era una broma.

A pesar de su aspecto hombruno, casi adusto, Slim encontró inmediatamente simpática a Katie Julius. Tenía un sentido irónico del humor, como una nube de lluvia que se deleitaba empapando a la gente. Slim intentó disfrutar de un té que, en su opinión, se había hecho deliberadamente insípido mientras ella le contaba historias sobre su pasado y su emigración de Estados Unidos en busca de una vida menos exigente.

—Me hirieron en el Líbano en 1982 —dijo, confirmando la sospecha de Slim de que tenía antecedentes militares y ofreciéndole una buena estimación de su edad, entre sesenta y sesenta y cinco años. Se inclinó y se subió la pernera del pantalón, dándole una visión momentánea de una buena cicatriz en el músculo de la

pantorrilla izquierda—. Me dieron la baja por incapacidad, pero ¿qué se suponía que debía hacer entonces? ¿Ver televisión durante los siguientes treinta años?

—Efectivamente —dijo Slim, tomando la rara decisión de echar un terrón de azúcar a su té con la esperanza de que supiera mejor.

—Estuve dando vueltas por un tiempo haciendo distintas cosas, y luego conocí a un inglés, y nos vinimos. —Abrió los brazos—. Vivíamos en el sur, en la costa. Entonces Reginald (ese era realmente su nombre, quiero decir, no se puede ser más inglés que eso, ¿verdad?) bueno, enfermó (cáncer, pobrecito) y después de su muerte, bueno, no pude seguir viviendo allí. Pensé en volver a casa, pero sólo por un minuto. No tuvimos hijos y toda mi familia cercana había fallecido. Busqué durante una temporada, encontré este lugar y pensé que tenía buen aspecto, ¿sabe?

—¿Y cómo le va? —Slim se obligó a concentrarse mientras tomaba un sorbo de té, recordándose a sí mismo por qué nunca tomaba azúcar.

—Oh, está bien. Me mantengo ocupada. Estoy en todos los comités y en todos los clubes. Encuentro que la gente no es demasiado amigable, pero así son ustedes, los británicos, ¿no?

—Tenemos una aversión natural a hacer amigos —dijo Slim, mirando un paquete de café decente en un estante sobre el fregadero de la cocina.

—En casa, todos son amigos a los cinco minutos de mudaros —continuó Katie, sin apenas romper el ritmo—. Pero aquí pueden pasar años para derribar todos los muros sociales. Sólo tienes que dejarte llevar, ¿no?

—Claro —reconoció Slim.

Katie se inclinó hacia adelante.

—Oh, ya ha terminado. ¿Quiere otra taza?

Slim levantó una mano.

—Ah… Supongo que no tiene café…

Katie sonrió.

—Hay un hombre en mi corazón. Todas estas cosas inglesas son flojas, ¿verdad?

—Normalmente prefiero algo un poco… ah… más fuerte — tartamudeó Slim.

Katie usó café instantáneo en lugar del que tentaba a Slim desde el estante, pero aun así fue una mejora. Mientras Katie se sentaba, disfrutando de la compañía y lista para hablar toda la tarde, Slim interrumpió brevemente su monólogo para decir:

—Me preguntaba si usted sabía algo sobre el antiguo circo que funcionaba en los terrenos detrás de la residencia de ancianos, Oak House.

—Fue antes de que llegara aquí —dijo Katie, pero antes de que Slim sintiera cierta decepción, añadió—: Pero he oído algunas de las historias. — Su sonrisa había desaparecido y la habitación parecía más fría por ello—. Dejó cierto mal sabor de boca en la comunidad, eso creo que le dirían los lugareños.

—He oído el rumor de que dos residentes de Oak House fueron asesinadas la noche de la última función —dijo Slim—. Uno de los artistas desapareció y otro quedó gravemente herido tras una caída provocada por un presunto sabotaje.

Katie se inclinó hacia delante y le dirigió una mirada de sargento instructor.

—Para ser un investigador de la historia del circo, tiene un gran interés por los aspectos más macabros —dijo.

—Yo… Ah… ¿cómo sabe que soy investigador?

—Me lo ha dicho antes, y además Jessica me llamó para decirme que podía pasar por aquí —dijo—. Hemos sido amigas desde que llegué a la ciudad, incluso sea una yegua vieja y miserable. —Se rio entre dientes y Slim se dio cuenta de que tenía que actuar con cuidado. Ya había metido la pata un par de horas después de su llegada.

—Sí, bueno, hay muchas cosas oscuras asociadas con el circo, ¿no?

Katie se inclinó hacia adelante y bajó la voz; salvo que hubiera un dispositivo oculto de grabación, no había forma de que alguien pudiera escucharla.

—Si yo fuera usted, tendría cuidado. No he tenido que estar aquí en aquel momento para sentir los efectos duraderos que ese lugar tuvo en este pueblo. A pesar de todo el sol que recibimos, es como una sombra. A la gente no le apenó ver que desaparecía, por una razón u otra. Han seguido adelante con sus vidas y creo que debería dejarlos en paz.

—Entiendo.

Katie asintió.

—Pero no va a dejarlo, ¿verdad? Lo puedo ver en sus ojos.

Slim había conocido varios interrogatorios durante su estancia en las fuerzas armadas y entendía algunas de las técnicas. Ahora se sentía como si estuviera sentado al otro lado de una mesa de metal manchada en una cabaña con paredes de piedra, en medio del desierto iraquí.

—Sólo tengo unas pocas preguntas más —dijo Slim.

Katie asintió.

—En ese caso, de un extraño a otro, les diré lo que he oído.

6



La iglesia anglicana de San Esteban estaba aproximadamente a media milla de la casa de Katie, situada en una esquina de un cruce y rodeada de árboles altos. Enfrente, en una cabaña local tradicional había un restaurante nepalí. Slim tomó nota mental de visitarlo para cenar más tarde. El camino continuaba recto pasando la iglesia hacia las colinas de Cloverdale, con el cruce de la derecha dirigiéndose a un revoltijo de callejones sin salida y el de la izquierda en dirección a un pueblo llamado Hagley.

Slim entró al cementerio a través de una puerta cubierta en lo alto de unas cortas escaleras, luego vagó por un rato, disfrutando por unos minutos de la tranquilidad del lugar, antes de aventurarse dentro. Estaba sintiendo el lugar, absorbiendo la atmósfera. Cuando se sintió listo, se dirigió al cementerio trasero y localizó el área de las tumbas más recientes.

Por supuesto, no había ninguna garantía de que encontraría lo que estaba buscando, pero los dioses del destino le sonreían y lo hizo, cerca del seto trasero del cementerio.

Encontró primero a Margaret Bellingham, porque tenía una lápida tradicional más grande y su tumba estaba bien cuidada. Slim tomó nota mental de las flores frescas en una tumba que tenía más de treinta años.

La inscripción era sencilla:

Margaret Mae Bellingham
9 de septiembre de 1921 a 27 de septiembre de 1992
Murió demasiado pronto a los 71 años
Amorosa esposa, hermana y madre
Por siempre en nuestros pensamientos

Sacó una cámara digital del bolsillo de su abrigo y tomó una fotografía. Ya había mucho que sacar de una lápida tan sencilla. Treinta años después, las posibilidades para quien dejaba las flores empezaban con una hija o una nieta, pero también podría ser simplemente una amable antigua vecina. No era un experto en plantas, pero por la caída de los tallos calculó que tenían tres días, por su aspecto: unos dientes de león normales y otras flores silvestres, tal vez recogidas en el propio cementerio.

A Carrie Thompson, por el contrario, sólo se la recordaba con una placa en el muro de piedra, con una grieta que cruzaba diagonalmente su centro, un círculo de piedra del ancho de una uña de un pulgar hundido, casi como el impacto de un martillo golpeado con ira. Si bien había una rejilla de metal para flores al lado, estaba vacía y cubierta con restos de enredaderas que habían sido retiradas. Más sencilla, solo decía:

Carrie Jane Thompson
Nacida el 15 de marzo de 1911
Murió el 26 de septiembre de 1992
81 años
Descanse en paz

Carrie había sido una década mayor, una década más de recuerdo, lo que tal vez explicaba la falta de flores, el daño a la placa de inscripción y el hecho de que estaba cubierta de líquenes y ya no la cuidaban. Sin embargo, lo que Slim notó de inmediato fue que la fecha de muerte de Margaret era un día posterior a la de Carrie. ¿Era sencillamente que sus muertes se produjeron antes y después de la medianoche, o Margaret se había aferrado a la vida después de su calvario?

Era algo que tendría que descubrir para que su investigación continuara. Dejó el cementerio y continuó por la carretera, pasando por un pub de aspecto agradable al pie de las colinas de Cloverdale, luego continuó hasta llegar a la entrada de un sendero.

A pesar de las protestas de su cuerpo envejecido y maltratado durante mucho tiempo, el ascenso a la cima de la colina central fue suave y gratificante, y las vistas del campo circundante espectaculares. Había un pequeño círculo de piedra en la cima y pasó junto a gente paseando a perros, ciclistas de montaña y familias con niños que deambulaban por los senderos. Desde lo alto, contempló los campos y los pueblos que se extendían a lo lejos, preguntándose si realmente habría suficiente información para comenzar una investigación.

Había estado en esta situación antes, cavando en la basura donde nadie quería que lo hiciera, buscando esqueletos que estaban mejor donde yacían. Sin embargo, el misterio lo carcomía y no estaba dispuesto a dejarlo.

Después de unos minutos de reflexión, sacó su teléfono y llamó a Donald Lane, un viejo amigo que ahora dirigía una agencia de información en Londres.

—Slim, ¿eres tú? Reconocería esa respiración agitada en cualquier lugar.

—Hola Don, sí, soy yo.

—¿Cómo va la recuperación? ¿Has vuelto a ocuparte de otro caso?

—Ahí va —dijo Slim—. Y sí, podría serlo. Sólo estoy haciendo una investigación general.

—He oído eso antes.

—Bueno, ya veremos cómo va.

—¿Que necesitas de mí?

—Estoy buscando a un hombre llamado Jason Felton. Desapareció la noche del 26 de septiembre de 1992. Esa misma noche, dos ancianas, Margaret Mae Bellingham y Carrie Jane Thompson, fueron presuntamente asesinadas en Oak House, una residencia de ancianos cercana. Cualquier cosa que puedas encontrar.

—Voy a por ello —dijo Don—. Dame unos días.

7



A LA MAÑANA SIGUIENTE, Slim condujo hasta la cercana Stourbridge para visitar la biblioteca pública local. Había pasado la noche anterior buscando información en línea, pero el apogeo del circo había terminado antes de que comenzara la era de Internet, lo que significaba que había poco que encontrar aparte de un par de referencias pasajeras. En la biblioteca se dirigió a la sala de microfichas y empezó a rebuscar en periódicos viejos de la época en cuestión.

Le dolían los ojos cuando encontró algo, y eso era simplemente un anuncio colocado por el circo para un par de próximas presentaciones. Fechado el 9 de octubre, había sido contratado antes de la repentina desaparición del circo.

Slim, frunciendo el ceño cuando se le ocurrió una idea, pasó a la portada del periódico y leyó una lista de números de teléfono hasta que encontró uno que estaba buscando.

Fundado en 1985, el *Stourbridge News* habría estado en circulación durante toda la carrera del circo. Necesitando café, Slim se dirigió al Clocktower Café afuera de la biblioteca, pidió un café y se retiró a una mesa en un rincón. Tras sacar su Nokia, que provocó miradas divertidas en dos adolescentes en una mesa adyacente, hizo una llamada.

—¿Hola? Sí, mi nombre es Mike… ¿puedo hablar con alguien del departamento de publicidad, por favor?

—Un momento, por favor.

Slim esperó. Un momento después, una mujer se puso al teléfono.

—Me llamo Janet Cunningham, soy la directora de publicidad. ¿Quiere poner un anuncio?

—Siento molestarla —dijo Slim—. Soy un investigador histórico. ¿Por casualidad no trabajaría allí en 1992?

La mujer se rio.

—Como si hubiera podido evitarlo.

Slim interpretó que eso significaba que sí.

—Puede parecer una solicitud extraña, pero me gustaría hablar quien hizo la publicidad del Southern Cross Circus, que solía actuar en Meadow Cross.

— Bueno, no he escuchado ese nombre en mucho tiempo. ¿Tiene un número al que pueda volver a llamarle? No puedo recordarlo, pero echaré un vistazo y veré si puedo recordar quién estaba a cargo de esta área en ese momento.

—Gracias, se lo agradezco mucho.

Slim dio su número a la señora Cunningham y colgó. Después de terminar su café, regresó a la biblioteca y continuó su búsqueda entre las microfichas de los periódicos.

Parecía ridículo que no hubiera nada. Después de renunciar a la sección de noticias, decidió revisar las páginas de anuncios y encontró un breve obituario de Margaret, pero nada de Carrie. Había empezado a sentir lástima por la mujer: mientras que a Margaret se la había querido y se la extrañaba, Carrie había vivido y muerto en el anonimato.

Levantó la vista y se vio a sí mismo reflejado en una puerta corredera de vidrio. Cincuenta años, soltero, sin familia, sin huella real en el mundo excepto un par de breves momentos de gloria que serían recordados más por lo que había sucedido que por quiénes

habían estado involucrados… ¿Iba por el mismo camino? ¿Condenado a morir en la oscuridad?

Se encontraba con una incómoda necesidad de saber más sobre Carrie Thompson. Nada que ver con el caso, pero casi para brindarle un pequeño reconocimiento póstumo, un reconocimiento a una mujer que aparentemente había pasado por la vida dejando apenas una onda en el agua detrás de ella.

Estaba casi soñando despierto, cuando bajó la mirada, sólo para comprobar si ya había mirado esta página o no, y miró los números de página.

Y se dio cuenta de algo que no había notado antes.

Faltaban algunas páginas.

8



La bibliotecaria era nueva y no tenía idea de cuánto tiempo hacía que los periódicos se habían pasado a microfichas, ni cómo o quién podría haber eliminado algunas de las páginas. Sugirió que Slim se pusiera en contacto directamente con el periódico para preguntar sobre copias históricas, al tiempo que prometía comprobar si tenían otra copia de las páginas faltantes en alguna parte.

Frustrado, pero al mismo tiempo consciente de que podría estar descubriendo circunstancias sospechosas que justificaran su decisión de ir allí, regresó a Meadow Cross. Aparcó en el pequeño estacionamiento del B&B y luego cruzó la calle hasta el Spar, donde compró un bocadillo y una taza de café de máquina. En lugar de Jessica, lo atendió un adolescente que se parecía lo suficiente a ella como para sugerir que eran parientes.

Era un día agradable, fresco pero con el cielo despejado, así que Slim caminó por la calle, pasó por la casa de Katie y llevó su bocadillo al cementerio, donde encontró un banco viejo que se estaba derrumbando. Se sentó, abrió el paquete y dio un mordisco al queso cheddar con pepinillo, luego dejó el bocadillo a un lado y tomó un sorbo de café. Era más flojo de lo que le gustaba, pero era mejor que nada, y Slim se encontró sonriendo. Siempre había soñado con raros momentos como ése, momentos de tranquilidad

sentado solo sin ninguna preocupación en el mundo. Durante sus días más oscuros de dependencia del alcohol, a menudo se encontraba mirando a personas mayores sentadas solas en el parque y sintiendo celos incómodos. ¿Cómo era la vida tan sencilla para ellos cuando para él era tan dura, tan compleja?

Cuatro meses y medio, se recordó mientras le daba otro mordisco al bocadillo. Cuando había tan poco de qué enorgullecerse, eso ya era algo.

Un anciano pasó junto a él, deseándole a Slim un buen día y haciéndole un comentario sobre el tiempo. Slim sonrió y respondió que era un buen día para caminar. El hombre se rio y dijo que era demasiado para una rodilla de metal y otra artrítica.

Sólo después de que el hombre hubo pasado, Slim se fijó en el ramo de flores silvestres que llevaba, con sus tallos envueltos en un paño de cocina húmedo, como para evitar que se estropearan.

Quiso dejarlo pasar, disfrutar del día unos minutos más, pero el detective que había en él tenía una voz demasiado fuerte. Se encontró envolviendo lo que quedaba de su comida y luego siguió al hombre hasta la parte trasera de la iglesia.

Aquí, el ángulo de una suave pendiente más algunas lápidas históricas más grandes daban al cementerio lugares para esconderse. Slim se dirigió hacia la parte de atrás, preguntándose si el hombre ya habría llegado a la tumba de Margaret Bellingham. Tenía tanta prisa que se tropezó con una roca suelta y cayó, recuperándose con bastante torpeza y mirando hacia arriba para encontrar al anciano arrodillado delante de una tumba bastante diferente, con su expresión previamente tranquila ahora reemplazada por una de sorpresa y sospecha.

—¿Está usted bien?

—Le pido disculpas —dijo Slim—. Me he tropezado con algo…

—Bueno, tenga cuidado. Estos lugares pueden ser campos minados. Con el césped irregular y todo eso.

El hombre todavía lo miraba. En un intento por disipar las crecientes sospechas del hombre, Slim dijo:

—Es una bonita tumba. Una buena forma de despedida.

No era una exageración. Era una piedra de granito pulido con flores esculpidas en el borde superior.

—Era lo mejor que podía permitirme —dijo el hombre.

Slim, que no había tenido tiempo de leer la inscripción, dijo:

—¿Su esposa?

El hombre sacudió tristemente la cabeza.

—Mi hija.

—Oh. Lo siento.

El cielo estaba despejado, pero las nubes de Slim habían empezado a ocultarse. Quería abandonar la presencia del hombre, no saber nada más. Algo iba a pasar, lo sabía.

—Veintisiete años —dijo el hombre—. Demasiado joven, ¿verdad?

—Sí —dijo Slim—. Lo es.

—Un conductor borracho —dijo el hombre, y Slim cerró los ojos —. La atropellaron por detrás. Quiero creer que fue rápido.

Slim seguía teniendo los ojos cerrados. Cuando volvió a abrirlos, el hombre ya no estaba. Por un momento pensó que podía haber soñado todo, luego vio las flores frescas en el jarrón y levantó la vista justo a tiempo para ver la espalda del hombre, mientras se dirigía hacia un sendero que rodeaba la iglesia.

¿Lo sabía el hombre? ¿Llevaba Slim algo que lo identificara? Había tenido suerte de no atropellar a nadie, pero durante sus peores días, antes de que le quitaran el carnet durante dos años, a menudo había conducido borracho a casa. Siempre se había odiado a sí mismo, pero siempre había tenido alguna excusa. Estaba lloviendo. Estaba demasiado lejos. No era seguro dejar el coche.

Necesitando aclarar su cabeza nuevamente, se alejó de la tumba y caminó de regreso hacia las tumbas de las dos ancianas.

Había flores frescas en el jarrón de Margaret. Algunas eran flores silvestres, pero había un par de tulipanes que parecían cultivados. Slim frunció el ceño, tratando de recordar dónde había visto antes ese tipo de flores. Había muchas flores en los parterres a lo largo de

la carretera principal, pero no recordaba haber visto ninguna con los mismos colores, un amarillo y un violeta veteados.

Era un bonito día para caminar. Suponiendo que su depósito de mal karma probablemente ya estaba lleno, sacó uno de los tulipanes del jarrón y se lo guardó en el bolsillo.

Luego, apresurándose un poco, rodeó la iglesia hasta el banco donde había dejado su bocadillo, esperando que los pájaros le hubieran dejado algo.

9



Se tomó su tiempo para regresar al B&B, dando un paseo por los callejones sin salida de la pequeña finca y luego por un par de calles residenciales alrededor del pequeño centro del pueblo. No logró ver ninguna flor similar a la que tenía en el bolsillo, pero su vista estaba limitada al no estar de humor para trepar por algunos jardines traseros, y su investigación no había alcanzado ese nivel de desesperación.

Sin embargo, después de regresar al B&B para extender su estancia un par de días decidió que era hora de echar un vistazo al sitio del antiguo circo.

Volvió a caminar por Meadow Cross Lane y giró hacia la entrada de Oak House, manteniendo la capucha del abrigo bajada a pesar de que se había levantado un viento helado, consciente de que podría haber cámaras de seguridad en algún lugar vigilándolo, y parecer sospechoso probablemente lo haría llamar la atención. El camino era frondoso y tranquilo y accedía a algunas casas privadas además de la residencia de ancianos, lo que significaba que su paso podía pasar desapercibido.

Oak House era un agradable edificio de ladrillo rojo de tres plantas situado entre jardines. Slim siguió por la carretera que

rodeaba la parte trasera de la residencia, pasó por un estacionamiento y finalmente desapareció entre la maleza.

Miró a su alrededor. Oak House estaba detrás de él, con una de las casas, con un garaje moderno y bastante poco atractivo adosado a un lado, a su derecha. Frente a él había un área abierta cubierta de maleza que daba la impresión de haber estado despejada, pero luego había quedado abandonada. Más allá había un área de terreno baldío, un área cubierta de baches y rodeada de árboles altos.

Contento por haberse puesto unas botas decentes, Slim atravesó el espacio abierto. En algunos lugares habían crecido árboles retorcidos, pero en otros podía asegurar, por cómo no habían logrado afianzarse las malas hierbas, que debajo de una capa de materia vegetal había cemento o asfalto. Seguro de cruzar el antiguo aparcamiento del circo, unos pasos más adelante se detuvo en el borde de lo que debía ser su recinto principal.

No quedaba nada que pudiera ver. El uso del terreno había cambiado: en el centro había un montón de ramas de árboles cortadas, y por todas partes había marcas secas de neumáticos de tractor, moviéndose hacia adelante y hacia atrás, formando círculos, superponiéndose unas a otras.

Comenzó a rodear el seto, que bordeaba un campo grande y llano más allá. Cubierto de maleza y árboles colgantes, se preguntó si habría algo tirado por ahí, alguna reliquia de lo que antes había estado enterrado entre zarzas y ortigas. Lo más que pudo encontrar fue un rectángulo de papel del tamaño de la palma de su mano, en la única esquina que no había sido arruinada por la lluvia, que había quedado aplastada por una roca y que mostraba un extremo descolorido de una gran carpa. No quedaba nada más y el papel se había descolorido tanto que no se podían recuperar otros detalles. Era una prueba de que aquí había existido un circo, pero eso era todo. Slim lo miró una vez más y luego se lo guardó en el bolsillo.

Estaba pensando en trepar más hacia el seto cuando el sonido de una rama al romperse le hizo girarse. Un anciano enfadado cruzaba el claro hacia él.

—Disculpe. ¿Qué cree que está haciendo? —Tomado por sorpresa, Slim todavía estaba sopesando opciones sobre una posible respuesta cuando el hombre añadió—: ¿Sabe que esto es propiedad privada?

Slim intentaba desenredarse de una zarza mientras estudiaba al hombre. Tenía unos sesenta años, un bigote pasado de moda, rayado de negro, con ojos grises, fríos, de un azul grisáceo y un cabello demasiado largo que había recibido las ráfagas del viento. Llevaba pantalones de pana debajo de una chaqueta marrón que no le quedaba bien, lo que sugería que había cogido lo primero que había encontrado en el perchero. En los pies llevaba unas zapatillas acolchadas y deshilachadas en los bordes.

—Perdone —dijo Slim, quitándose una zarza del pie—. Tenía la impresión de que por aquí pasaba un sendero público, pero no estoy muy seguro de por dónde.

El hombre no parecía de un humor especialmente indulgente.

—Bueno, pues no lo hay —dijo, colocando las manos en las caderas. Slim notó un hematoma de color púrpura oscuro en el dorso de su mano derecha—. Le agradecería que fuera tan amable de irse. No quiero tomar otras medidas.

Aunque Slim tuvo una sensación de molestia por la reacción exagerada del hombre, al mismo tiempo una respuesta tan adversa le ofreció un cosquilleo de sospecha.

—Es una casa bonita —dijo, señalando con la cabeza a Oak House, visible a través de los árboles—. ¿Trabaja usted allí? Si mi madre todavía estuviera viva, estoy seguro de que habría sido feliz allí en sus últimos años.

El hombre sacudió bruscamente la cabeza.

—Vivo en la casa de allí —dijo, señalando con la cabeza la que tenía el garaje moderno—. Mi hermano David dirige la residencia. No es asunto suyo.

Aun tratando de rebajar la tensión, Slim dijo:

— No hasta dentro de veinte años al menos, si todo va bien. — Luego, pensando que este hombre probablemente reaccionaría mal

sin importar lo que dijera, añadió—: ¿No había un circo aquí detrás?

—Le sugiero que regrese a dondequiera que vino —dijo el hombre, frotándose el hematoma en el dorso de la mano con la otra.

—Lo siento —dijo Slim—. Me voy. Pido disculpas por la invasión. Tendré cuidado de comprobar el camino en el futuro.

El hombre continuó mirando a Slim, quien pasó junto a él y cruzó el claro hacia la carretera. Cuando llegó, miró hacia atrás, esperando ver al hombre mirándolo. Para su sorpresa, sin embargo, el hombre estaba de espaldas a Slim, con las manos delante de él, contemplando el lugar del antiguo circo en una postura que casi sugería un anhelo, como si se aferrara a una sensación perdida y nostálgica de asombro.

10



Slim regresó a Meadow Cross. No era lo suficientemente tarde como para cenar y la lluvia que había amenazado durante la última hora aún no había caído, así que caminó de regreso a la iglesia, tomando otra ruta panorámica en busca del tulipán de la tumba de Margaret Bellingham.

Ya casi había llegado cuando sonó su teléfono. No reconoció el número, pero de todos modos su directorio telefónico sólo tenía media docena de entradas, así que atendió la llamada, presionando el teléfono contra su oreja para escuchar la voz al otro lado de la línea por encima del viento que soplaba desde las colinas de Cloverdale.

—¿Hola?

—¿Señor Lewis?

—Ah… ¿Sí?

—Mi nombre es Cherry Williams. Antes trabajaba en *Stourbridge News*, en el departamento de publicidad. Creo que estaba preguntando sobre el Southern Cross Circus.

—Sí, así es.

—Estuve a cargo de su publicidad de 1989 a 1992 —dijo—. ¿He oído que trabaja para la radio o algo así?

—Exacto —dijo Slim—. Gracias por llamarme. ¿Estaría dispuesta a responder algunas preguntas?

—Seguro. No puedo contarle mucho, pero tengo que ir por allí bastante a menudo.

—Eso estaría muy bien. —Slim miró el reloj en la pantalla de su teléfono—. Estoy en Meadow Cross —dijo—. Supongo que no conoce ningún lugar por aquí que ponga un café decente…



Se vieron en un café en la cercana Belbroughton llamado Deli. Slim pidió un expreso doble (negro), mientras que Cherry, una mujer corpulenta de poco más de setenta años, pidió un café con leche grande y un relámpago de chocolate. Slim asumió la cuenta, esperando no tener mucho que decir por la forma en que ella alabó el resto de los pasteles en el mostrador.

Tuvieron que sentarse afuera debido a la falta de mesas en el interior, pero un alto seto de aligustre bloqueaba el viento y la mayor parte del ruido de la carretera adyacente.

—Se llama Mike, ¿no? —dijo Cherry, con sus ojos moviéndose entre él y el relámpago.

—Sí, exacto —dijo Slim, prefiriendo mantener oculta su verdadera identidad el mayor tiempo posible—. Sólo estoy investigando un poco en la zona y escuché que antes había un circo local. Y, bueno, eso no es algo muy común en una zona como ésta, ¿verdad? Al menos no un circo permanente.

—Bueno —dijo Cherry, frotándose las manos y luego tomando el relámpago en una mano y su café en la otra como si estuviera a punto de debatir con cuál iba primero—, creo que hacía giras durante las vacaciones escolares y funciones regulares los fines de semana y por la tarde en casa el resto del tiempo. Al menos, eso es lo que Lowery solía decir.

—¿Lowery Powell?

Cherry dio un mordisco al relámpago y luego dijo:

—¿Entonces conoce su nombre?

Slim encogió los hombros.

—Lo encontré en línea. ¿Qué recuerda de él?

Cherry se limpió un trozo de chocolate de la comisura de sus labios. Incapaz de verse, sólo logró untarse la mejilla. Slim se preguntó si debería decírselo, pero justo cuando el dilema empezaba a causarle dolor la cabeza, Cherry buscó en su bolso y sacó un paquete de toallitas húmedas.

—Podría haber salido de un libro con dibujos —dijo, sin interrumpirse mientras se limpiaba la cara—. Era todo un personaje… ¿cómo se dice?

—¿Una caricatura?

—Creo que esa es la palabra. Era ruidoso y alegre y parecía tonto *sin* su sombrero de copa, como si hubiera nacido para ello. Aunque siempre tuve la impresión de que era una fachada.

—¿Como si estuviera fingiendo?

Cherry chasqueó los dedos. Un poco de cacao en polvo aterrizó en la taza de Slim, pero fingió no darse cuenta.

—Eso fue todo. No había computadoras como ahora, ya sabe. En el periódico, cada uno de nosotros tenía un área y hacíamos los anuncios para esa área. Southern Cross era bastante regular, pero a diferencia de algunas empresas que publicaban el mismo anuncio a diario o incluso semanalmente, Southern Cross cambiaba mucho según la temporada. A veces, Lowery enviaba sus anuncios o pasaba por allí, pero la mayoría de las veces llamaba a la oficina y yo acudía hasta allí para recogerlos. Lo tenía preparado para mí, yo lo traía y se lo entregaba a los tipógrafos para que lo incluyeran en la siguiente edición. —Se rio entre dientes—. Para ser sincera, me gustaba salir de la oficina. Allí dentro había constantes puñaladas por la espalda. «Me estás robando clientes», «Esa debería ser mi comisión»… —Infló las mejillas—. ¿Nunca ha trabajado en publicidad?

—Afortunadamente no.

—No se lo recomiendo.

—¿Entonces pasó muchas veces por ahí?

Cherry asintió.

—Yo diría que al menos una vez a la semana durante la temporada, y quizás una vez cada quince días en caso contrario. Unas veces me ofrecía una taza de té, en otras, simplemente me entregaba un sobre con el anuncio dentro.

—¿Y siempre trataba con Lowery?

—Nueve de cada diez veces. Había otras personas alrededor, pero nunca estuve muy segura de lo que hacían. ¿Quiere mi sincera opinión?

Slim había pensado que lo iba entendiendo, pero parecía que Cherry tenía un nivel completamente diferente. Para un detective tradicional, los chismes inútiles no solían servir de nada, pero Slim siempre los fomentaba. A veces una pepita de verdad se escondía detrás de todas las exageraciones, verdades a medias y especulaciones casuales.

—Cuénteme lo que quiera —dijo Slim—. Estoy tratando de construir una imagen del lugar para mi investigación. Aunque no he tenido mucha suerte. Parece que no he sido muy bien recibido.

—¿Sabe qué? —dijo Cherry, inclinándose hacia delante y bajando la voz—. Era sólo un rumor, pero un amigo del equipo de reporteros me dijo que les advirtieron que no lo investigaran. Si sucedía algo importante, no tenían otra opción o hubiera parecido sospechoso, pero el resto del tiempo lo ignoraban. Y ni siquiera publicaban mis anuncios en la edición de Belbroughton y Hagley, la que circulaba por aquí. Los lugareños no la hubieran comprado.

Cherry era una mina de oro potencial. Slim se preguntó si ofrecerle otro relámpago ahora o posponerlo para otro día.

—¿Puede recordar por qué? —dijo.

—A la gente no le gustaban —dijo—. El terreno, hasta donde yo sé, era propiedad de la Oak House. Ya sabe, ese asilo de ancianos que hay cerca.

—Lo he visto —dijo Slim.

—Pero si ibas allí… quiero decir, era como sacado de una película. Parecía una comuna. Ya sabe, gitanos o una secta.

Su voz se había reducido casi a un susurro. Aunque eran los únicos clientes sentados afuera, Slim tenía que esforzarse para escuchar por encima del ruido de algún automóvil que pasaba ocasionalmente y el susurro del viento a través del seto.

—Me detenía y salía del coche, y había hombres sin camisa levantando pesas en el campo, o personas disfrazadas practicando ejercicios. Recuerdo que había dos tocones de árboles y tenían un cable tendido entre ellos, ya sabe, a sólo un pie del suelo, y una vez que estuve allí, había un hombre caminando por él, haciendo malabares con pelotas o algo. Era algo hipnótico. Justo cuando me encontraba en trance, él se bajó, comenzó a maldecir y arrojó las bolas al suelo, luego sacó un cigarrillo o algo así. —Sacudió la cabeza y suspiró—. Cosas así sucedían con bastante frecuencia. Yo estaba en pie fuera de la caseta de la oficina de Lowery, simplemente mirándolos. Pero si me sorprendían mirando, algunos de ellos me miraban a su vez como si yo fuera el extraño, como si no debiera estar allí. ¿Y sabe lo que veía en sus ojos? —Slim se limitó a sacudir levemente la cabeza—. Un desprecio total. Como si me *odiaran*.

—Imagino que era un trabajo duro mantener sus habilidades con ese trabajo —dijo Slim—. Probablemente estuvieran sencillamente frustrados. ¿Notó algo extraño hacia el final, cuando el circo cerró?

—Recuerdo que sucedió muy rápido. No hubo ningún indicio previo. Todavía estaban colocando anuncios para futuros espectáculos. Hubo un poco de alboroto esa noche, la noche del último…

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, yo no estaba allí, así que se lo cuento tal como lo escuché. A muchos lugareños no les gustaba ese circo. Los días de función eso significaba atascos, ruido y todo eso. Pero otros días algunos de los artistas estaban en el pueblo. Algunos de ellos eran alborotadores, y escuché que esa noche aparecieron algunos

lugareños, buscando algo. No sé qué pasó, pero al día siguiente cerraron el circo. Lowery Powell se había ido, los artistas habían hecho las maletas y habían desaparecido y… —Se calló, sacudió la cabeza y luego terminó lo que quedaba de su café con leche de un largo sorbo.

Slim no quiso mencionar a las dos ancianas. Esperaba que Cherry lo hiciera, pero cuando ella no dijo nada, se inclinó hacia adelante y dijo:

—¿Qué pasó después?

Cherry se encogió de hombros.

—Oh, fue hace mucho tiempo. Después de que cerró el circo, nunca tuve ninguna razón para ir allí. Oí que derribaron la gran carpa y quitaron todas las estructuras circundantes, pero realmente no lo sé.

—¿Quiere otro café?

Para sorpresa de Slim, Cherry negó con la cabeza.

—Creo que debería regresar. Gracias por el café, Mike, y buena suerte con su proyecto. Espero que le vaya bien.

La actitud alegre y ávida de chismes se había desvanecido, y Slim intuyó que futuras llamadas quedarían sin respuesta y los mensajes de voz serían ignorados. Cuando ella se puso de pie, se despidió con una sonrisa y se dispuso a irse, él sintió que solo tenía una última oportunidad para obtener más información.

—Estos vecinos que estaban un poco… descontentos… Supongo que no tiene ningún nombre. Me gustaría conocer su opinión sobre lo que pasó.

Ella miró hacia atrás. Por un momento, Slim pensó que no respondería. Luego, con un pequeño suspiro, dijo:

—Sólo conozco uno. Su nombre era Gavin Thomas. Regenta un pub en Hagley. Lo siento, no recuerdo su nombre.

Comenzó a alejarse, luego se detuvo, dándose media vuelta.

—Si habla con él… por favor… no le diga quién se lo dijo.

11



La reacción de Cherry hizo que Slim fuera lo suficientemente cauteloso como para investigar un poco los antecedentes de Gavin Thomas antes de salir a buscarlo. Y las sospechas que habían surgido por el repentino ataque de nervios de Cherry resultaron justificadas cuando una simple búsqueda en Internet arrojó múltiples artículos periodísticos y varios expedientes judiciales. Parecía que Gavin Thomas se había embarcado en una gran vida criminal durante los años noventa, con condenas que iban desde robo de automóviles hasta allanamiento de morada, posesión de narcóticos e incluso lesiones corporales graves. La condena más reciente había sido por receptación de bienes robados en 2001, pero después no había nada más.

Slim llamó a Don.

—Todavía estoy trabajando en ello —le dijo Don, después de que Slim hiciera su último pedido y pidiera información actualizada sobre los demás—. Encontré información sobre un tal Jason Felton, de Bath, que ganó un par de medallas en gimnasia amateur. Podría ser el mismo tipo. No puedo confirmarlo, pero rastrearé los antecedentes que pueda, por si acaso. Pero nada desde septiembre de 1992.

—¿Y de las señoras que murieron?

—Me temo que no mucho. Encontré información sobre Margaret Bellingham, que trabajó como profesora en Stourbridge en los años sesenta, pero eso es todo hasta ahora. He buscado artículos en línea y he encontrado un par de menciones de su nombre relacionadas con acontecimientos locales. Parece que ella era muy querida, pero eso es todo lo que tengo hasta ahora. El plazo del que hablamos lo hace difícil. Quiero decir, ya llevan treinta años muertas, y si murieron en una residencia de ancianos, es probable que hayan estado fuera de la vista del público desde algún tiempo atrás. Pero dame tiempo. Estoy trabajando para encontrar más.

Slim asintió pensativamente. Era posible entonces que tal vez la persona que dejaba las flores fuera un antiguo alumno

—¿Encontraste a Carrie?

—Nada hasta ahora. Todavía estoy trabajando en ello. Dame un par de días más.

Regresó al B&B y se aposentó en una mesa en la tranquila sala de desayunos de la planta baja para revisar sus notas hasta el momento. Llevaba allí media hora cuando apareció la casera y le preguntó si quería tomar algo. Recordando lo que ella le había dicho poco después de su llegada, le dijo que se acercara.

—Si tiene hambre, puedo preparar algo —le dijo—. Normalmente no cocino para los huéspedes, pero actualmente es usted el único. O pida lo que quiera.

—Gracias —dijo Slim—. En realidad, me preguntaba si podría contarme más sobre ese circo de Meadow Cross Lane. He estado investigando un poco pero no avanzo mucho.

—Estaba bien si te gustaba eso —dijo—. Los chicos lo disfrutaban.

Los había mencionado antes, pero ahora Slim se sentía lo suficientemente familiarizado con ella como para pedirle más información.

—¿Los chicos?

—Zachary y Simon, los hijos de mi hija. Sally solía trabajar de noche y Mark, bueno, se iba con unas fulanas que conocía del

trabajo, así que yo los cuidaba muy a menudo por las tardes.

Slim sintió un que se abrían las compuertas de la señora. Aunque había escuchado tantos problemas familiares como para toda una vida, podría haber una pista escondida en alguna parte. Dejó el bolígrafo y giró un poco la silla.

—Me encantaría un café —dijo—. Y si no está ocupada, ¿por qué no me acompaña un rato? Me encantaría saber más al respecto.

Veinte minutos más tarde, la casera, cuyo nombre Slim supo rápidamente era Jane Cornick, había puesto a Slim al tanto de la historia de su familia. Gran parte de ella era como la trama de una telenovela: Zachary era ahora un analista financiero que trabajaba en York, estaba casado y tenía dos hijos, mientras que Simon vivía en Nueva Zelanda, donde trabajaba como maestro. Su hija, Sally, había muerto trágicamente de cáncer en 2009, y aunque después de que Mark se marchara, ella se casó con un buen hombre llamado Brian, él se volvió a casar después de enviudar y se mudó a Londres. Jane, cuyo propio marido había muerto de cáncer en 1987 («Estaba extendido por el lado de su familia, pero espero que los chicos tengan suficiente de lo mío para evitarlo»), todavía dirigía la casa como un B&B como lo había hecho durante casi cuarenta años, mientras que su interacción con lo que quedaba de su familia cercana se había reducido a poco más que tarjetas en Navidad y cumpleaños, y alguna llamada telefónica ocasional.

—Así es la vida, ¿no? —dijo, tomando un sorbo de una taza de té que Slim sospechaba que se había enfriado hacía mucho tiempo—. Hacemos lo que podemos, pero al final todo se desvanece. Me encantaría saber más de los chicos, pero sé que están felices haciendo lo que hacen… y eso a mí también me hace feliz, ¿sabe?

Slim sospechaba lo contrario, pero no estaba dispuesto a decirlo.

—Dijo que había oído que asfixiaron a las dos ancianas —dijo, después de haber estado esquivando la pregunta que realmente quería hacer durante un tiempo considerable, esperando el momento adecuado.

Jane suspiró mientras tomaba otro sorbo de té.

—En realidad, no debería haber dicho nada. Siempre fue sólo especulación. Nunca hubo una investigación ni nada

—¿Quién se lo dijo?

—Mi sobrina, Vanessa.

Slim miró un reloj que había en una estantería y se dio cuenta de que habían estado hablando durante casi una hora, pero esta era la primera mención de una sobrina.

—¿Sería posible que yo pudiera hablar con ella?

Jane suspiró de nuevo. La habitación pareció oscurecerse, como si alguien hubiera dejado una ventana abierta y hubiera dejado entrar la noche.

—Oh, no estoy muy segura —dijo Jane—. Vanessa no está bien. No le va nada bien en absoluto.

12



—Bueno, hola de nuevo. No esperaba volver a saber de ti, Slim.

—Hola, Maria.

Probablemente no iba a ser una conversación fácil, cuando lo que inicialmente había comenzado como una cita potencialmente romántica se había convertido en un vehículo para la curiosidad de Slim, y cualquier posibilidad de romance había desaparecido a su paso. Lo único que le importaba a Slim era descubrir los misterios del Southern Cross Circus y Maria era su principal fuente.

—Bueno, debo decir que estoy impresionada —dijo—. No esperaba que te mantuvieras firme. Cuando no supe nada de ti, pensé que simplemente habías pasado.

Slim se encogió de hombros y presionó el teléfono contra su oreja.

—Creo que la gente diría que es a la vez la fuente de mi poder y mi perdición —dijo, sintiéndose un poco incómodo, como si estuviera tratando de darle una idea. Bajó el teléfono por un momento, permitiendo que el viento de las colinas de Cloverdale enfriara la sangre que enrojecía sus mejillas. Cuando lo levantó de nuevo, Maria estaba nuevamente enrachada.

—… lo dejo en tus manos, pero no quiero involucrarme. No voy a volver a ese lugar, pero si encuentras a Jason vivo, hazme saber

dónde está porque se merece una buena bofetada por todos estos años.

—Para ser sincero —dijo Slim—, aquí no queda nada que ver. El circo desapareció hace mucho. Pero tengo preguntas. Y cualquier respuesta que me puedas dar podría ayudar.

Maria suspiró.

—Está bien. Pero, si te ayudo, quiero una tercera cita. Y yo puedo elegir el lugar.

—De acuerdo.

Hubo una pausa.

—Sinceramente, te deseo suerte, Slim. Pero creo que estás perdiendo el tiempo.

—Tal vez, pero ahora no tengo ningún caso, así que puedo perder un poco de ese tiempo.

—De acuerdo, ¿qué necesitas?

—¿Conociste a un hombre llamado Gavin Thomas?

Hubo una larga pausa. Slim empezó a preguntarse si Maria todavía estaba allí, cuando una risa cansada, apenas audible, llegó por el receptor.

—Dios mío, Slim, ¿hasta dónde estás llegando?



Según Maria, Gavin había sido un matón local, famoso en la zona por ese matonismo y por su comportamiento amenazante. Ya conocido por la policía, Lowery Powell había advertido que era bueno tener de su lado a un hombre como Gavin, y lo había contratado para que se encargara de la seguridad general de las entradas poco después de la apertura del circo. Sin embargo, un par de años más tarde, la pareja se peleó por dinero y Gavin fue despedido.

Gavin, que nunca rehuía una pelea, había comenzado a convertirse en una molestia, amenazando al personal y a los artistas, y convirtiéndose en el cabecilla de un grupo decidido a acabar con el circo de una vez por todas.

—¿Estaba allí la noche que Jason desapareció? —preguntó Slim.

—Podría haber estado —dijo Maria—. No lo sé, porque me estaba preparando para actuar. Recuerdo haber oído que había habido una pelea en el campo detrás del circo. La noche anterior había habido una pelea en uno de los pubs locales y supongo que había asuntos pendientes.

—¿Entre lugareños y artistas?

—Supongo que podríamos decir que había algunos matones locales —dijo Maria—. Creo que esperaban que el personal y los artistas del circo fueran una presa fácil, pero había algunos tipos duros. Eran gente de circo, y algunos habían trabajado en eso toda su vida. Había algunos a quienes les gustaba tomar una copa y pelearse los sábados por la noche, y sabíamos que había habido problemas con algunos de los lugareños en el pasado. Un par de golpes, ese tipo de cosas.

—¿Entonces Gavin Thomas podría haber estado allí buscando problemas?

—Podría haber estado, pero no puedo asegurarlo. Estaba en mi tráiler poco antes de actuar.

Maria ya le había descrito a Slim los terrenos del circo y él había dibujado un mapa en una hoja de papel en el B&B. La carpa había ocupado el centro del claro. En la parte trasera había un círculo de caravanas y cabinas temporales que albergaban al personal y a los artistas. Maria había confirmado lo que Cherry le había dicho, que, si bien el sitio era semipermanente, el circo estaba diseñado para que la mayor parte pudiera recogerse y salir a la carretera un par de veces al año. Alrededor de la entrada, creando una especie de barrera entre el estacionamiento y la gran carpa, había una hilera de puestos: vendedores de entradas, hamburguesas y perritos calientes, una galería de tiro, un adivino. Incluso había una zona de juegos para niños y una pequeña noria, suficiente para entretener a la gente mientras esperaban para entrar o había un descanso en el evento principal.

Slim también había hecho una lista de todas las quejas que los lugareños podrían haber tenido por un establecimiento de este tipo: congestión, ruido, basura, pérdida de negocios. No necesitaba buscar mucho para encontrar un motivo; podría haber metido la mano en el sombrero de un mago y sacar varios.

Al principio, el corazón de su incipiente investigación se había centrado en la desaparición de Jason Felton y el sabotaje del acto del trapecio de Maria. A medida que aceleraba, había recopilado las muertes sospechosas de dos ancianas en el camino, y ahora Slim se preguntaba cuál había sido la causa fundamental de la caída del circo.

—¿Había mucha gente esa última anoche? —preguntó Slim.

—Tres cuartos de público —dijo Maria—. Eso era más o menos lo normal.

—¿Iba bien el negocio?

—No lo sé —dijo Maria—. Me pagaban lo que Lowery dijo que me pagarían y el trabajo no era más difícil de lo que esperaba. Jason y yo éramos pareja y todo era estupendo.

—¿Jason alguna vez dio algún indicio de que algo andaba mal?

—No, nunca. Quiero decir, nunca tuvimos ese tipo de conversación. Ambos éramos jóvenes. Pensaba que estábamos enamorados. A pesar de lo que pasó, todavía no estoy convencida de que no lo estuviéramos.

13



Si bien no sentía el entusiasmo necesario para una caminata matutina por las colinas de Cloverdale, necesitaba dar un paseo, por lo que Slim se encontró deambulando por las calles residenciales de Meadow Cross con el sol ascendiendo sobre los tejados de las casas hacia el este.

Le había resultado difícil dormir. En sus manos no había ni siquiera un nudo, sino un revoltijo de trozos de cuerda sueltos, que necesitaban atarse de alguna manera.

Había llamado nuevamente a Don, pero su excompañero en las Fuerzas Armadas, generalmente afable, le había pedido cortésmente un poco más de tiempo.

Tenía un circo desaparecido, con su dueño viviendo ahora en el extranjero. Una persona desaparecida, un acto de sabotaje. Dos ancianas muertas y un matón local descontento.

Todo podría estar conectado o no. Y Slim podría estar yendo por caminos totalmente equivocados. Era posible que Jason simplemente se hubiera escapado. La cuerda del trapecio de Maria podría haberse roto por un acto de negligencia, pero no había nada sospechoso. Y las dos ancianas, en una residencia como estaban, podrían haber muerto sencillamente.

A Slim se le ocurrió que la única pista que no había seguido hasta el momento era tratar de contactar él mismo con el antiguo dueño del circo. Lowery Powell había tomado su dinero y había volado para comenzar una nueva vida en la Costa del Sol, eso había dicho Maria.

Pero ¿y si Maria se equivocaba?

Durante las horas de insomnio de la noche, Slim había buscado en Internet a Lowery Powell, pero, aparte de algunos viejos artículos de circo, no había encontrado nada. Como Jason Felton, parecía haber desaparecido también. Por lo que habían dicho Maria, Cherry y otros, dirigir un bar tranquilo en España no encajaba con un hombre de una personalidad tan bulliciosa y autoritaria. Según la experiencia de Slim, las personas podían transformarse y adaptarse, pero no podían cambiar intrínsecamente. Incluso si Lowery Powell hubiera convertido su naturaleza locuaz en la de un propietario de un bar, el *showman* se habría destacado y, en el mundo moderno, eso habría sido a través de las redes sociales. Pero Slim no había encontrado nada. Necesitaba la experiencia de Don para estar seguro, pero parecía que Lowery Powell se había dirigido a España y luego había desaparecido.

Por supuesto, era posible que hubiera cambiado su nombre, pero también eso habría ido en contra de su instinto natural de *showman*. Habría querido devolver su nombre a glorias pasadas, no empezar de nuevo.

Slim estaba regresando al B&B cuando vio a Katie Julius caminando por el otro lado de la calle. Con una cinta en el pelo y un reloj GPS parpadeante en su muñeca, parecía lo suficientemente contenta como para tomar un descanso de su caminata cuando él la saludó.

—¿Sigue por aquí? —gritó en voz innecesariamente alta, cuando todavía estaba en la mitad de la calle—. Pensé que ya se habría ido. No puede haber mucho que le interese por aquí.

—Me gusta la paz y la tranquilidad —dijo Slim—. Me parecen raras.

—Pues no se corte —dijo—. Hay algunas propiedades en venta si está interesado.

—Fuera de mi presupuesto, desgraciadamente.

—Y me imagino que su trabajo le mantiene activo —dijo Katie—. Cuénteme otra vez qué hace.

—Investigación —dijo Slim, recordando que lo conocía como Mike Lewis.

—¿Y cómo le va? ¿Puedo ayudarle en algo?

Slim hizo una pausa, preguntándose hasta qué punto podía confiar en ella y con qué rapidez se difundirían los rumores sobre sus preguntas.

—Todavía estoy investigando ese viejo circo —dijo al fin—. ¿No conocerá por casualidad a un tal Gavin Thomas? Estoy buscando personas que hayan estado involucradas con el Southern Cross Circus y oí que solía trabajar allí.

Era un vínculo arriesgado, pero mejor que revelar lo que había oído sobre el pasado criminal de Gavin.

Para su sorpresa, Katie levantó una ceja y dijo:

—Oh, ¿en serio? Sí, por supuesto que lo conozco. Es el dueño del Pig and Pen en Hagley. —Ella se rio entre dientes—. A pesar de su nombre, es el pub más bonito de la zona. Aunque rara vez está allí. Si quiere hablar con él, será mejor que vaya a San Esteban un domingo por la mañana. Es el vicario actual a tiempo parcial. Por aquí lo conocemos como el reverendo Thomas.

14



—¿Slim?

—Hola, Don. ¿Alguna novedad?

—Algunas. Tengo unas imágenes de Jason Felton. No son las mejores, pero valen para empezar. Son de una revista de gimnasia de alrededor de 1990.

—Estupendo. ¿Me las puedes enviar por correo electrónico?

Don se rio entre dientes.

—¿Ahora tienes correo electrónico? ¿Qué clase de cambio sísmico es éste?

Slim se encogió de hombros.

—Estoy tratando de modernizarme. No es la primera vez, claro, no soy tan malo. Pero no consigo recordar la contraseña durante más de una semana.

—Eso nos ahorrará algo de tiempo. Dime tu dirección y te los enviaré. Pero eso no es todo.

—¿Qué tienes?

—Sabes qué es el software de reconocimiento facial, ¿no?

—Me temo que tendrás que ser más concreto.

—Bueno, los tiempos están cambiando, me imagino que para todos menos para ti. He analizado esas imágenes a través de un software que rastrea el contenido disponible públicamente en la

web. Hoy en día hay muchas cosas, ya que las redes sociales son esenciales en la vida de muchas personas. Recoge imágenes similares y les asigna un valor porcentual en función de su coincidencia.

—Me estoy perdiendo, pero continúa.

—De todos modos, creo que lo he encontrado.

—¿A Jason? ¿En serio?

Slim sintió un cosquilleo recorrerle los brazos. ¿Qué diría Maria cuando supiera que su exnovio todavía estaba vivo?

—Encontré unas fotos publicadas en línea en 2018 —continuó Don—. Afortunadamente, había una serie de fotografías que cubrían varias etapas de su vida. Aunque el porcentaje de probabilidad de coincidencia disminuye cuanto más recientes son las fotos, las primeras están entre el ochenta y el noventa por ciento. Teniendo en cuenta la mala calidad de las fotografías originales, es un nivel excelente. Algo que vale la pena investigar, en cualquier caso.

—Es fantástico, gracias, Don. ¿Vive cerca de aquí?

— Ese es el problema. Las fotografías eran de un obituario publicada en línea. El hombre en cuestión murió en febrero de 2018 de un infarto, según el texto. Sólo tenía cuarenta y siete años, pero la edad coincide, ¿no?

—¿Puedes enviarme el enlace?

—Lo pondré con las fotos. Una cosa más, Slim.

—¿Sí?

—La familia de Jason vivía en el extranjero, en Nueva Jersey, según un par de etiquetas de ubicación de las últimas fotografías. Las publicó su hijo. Sin embargo, es bastante activo en línea y deja un rastro fácil de seguir. Regresó al Reino Unido en 2020 por trabajo y ahora vive en Shrewsbury. Eso no está muy lejos de ti, ¿verdad?

15



LAS PISTAS EMPEZABAN A ACUMULARSE. Slim, sentado en el escritorio de su habitación en el B&B, trazaba líneas en una hoja de papel, conectando nombres y eventos.

Jason había cambiado su nombre a Charlie Blondin. Una breve búsqueda en Internet había revelado la falta de inventiva de Jason: el nombre de Charles Blondin era el de un antiguo artista de circo del siglo XIX que se hizo famoso en 1859 por el primero de muchos paseos por la cuerda floja a través de las Cataratas del Niágara. Tan audaz fue su hazaña que incluso se detuvo a beber de una botella de vino a mitad de camino, y luego repitió las actuaciones incluyendo empujar una carretilla, cargar a su representante y llevarse una pequeña estufa para cocinar una tortilla.

A diferencia de su nuevo tocayo, parecía que el hombre antes conocido como Jason había vivido una vida tranquila después de que terminaron sus días en el circo. La página conmemorativa mencionaba una empresa de contabilidad familiar y negocio paralelo de jardinería paisajística.

Su hijo, Steve Blondin, a quien Slim había visto en algunas de las fotografías, vivía en una casa de apartamentos en un tranquilo suburbio de Shrewsbury y trabajaba en un banco local. Slim estaba

ansioso por hablar con él, pero era muy consciente de que podía estar abriendo puertas que Steve ni siquiera supiera que existían.

Nadie se muda al extranjero y cambia de nombre sin motivo alguno. Sin embargo, sin pruebas de que Jason hubiera estado involucrado en un delito, Slim simplemente estaba cavando agujeros que no necesitaban cavarse. Necesitaba más pruebas antes de empezar a hablar con la gente. Necesitaba hablar con gente que hubiera estado en el Southern Cross Circus la noche en que fue saboteada la actuación de Maria y murieron dos ancianas del edificio de al lado.



No quería presionar a Jane Cornick para que le diera más información, pero afortunadamente fue fácil encontrar a su sobrina. Jane tenía una página de Facebook que rara vez usaba y abierta al público, y solo había una Vanessa entre sus amigos. La página de Vanessa, también pública, no se había actualizado en un par de años, pero tenía un lugar de trabajo en la lista, un bar en el centro de la ciudad de Birmingham llamado Tony's. Slim condujo hasta Birmingham y luego, después de pedir varias veces indicaciones de direcciones que le hicieron dudar brevemente de su decisión de no actualizar su Nokia de confianza a un teléfono inteligente ni comprar un mapa local, llegó a la puerta de un establecimiento destartalado en la esquina de una calle.

Era fácil hacer suposiciones por el lugar desolado y lleno de basura sobre lo que podría suceder dentro, pero Slim prefirió reservar el juicio hasta que lograra hablar con algún miembro del personal. No pudo localizar una entrada trasera y nadie respondió a su llamada, pero afortunadamente había un café grasiento al otro lado de la calle desde donde podía observar.

Estaba tomando su tercer café cuando un camión de la cervecería se detuvo afuera. El conductor se apeó, hizo una llamada telefónica y poco después se abrió la puerta y salió a la calle un

hombre corpulento vestido sólo con chaleco y vaqueros, con un cigarrillo colgando de la boca. Le hizo un gesto al conductor para que retrocediera y luego comenzaron juntos a descargar barriles de cerveza en un carrito y llevarlos al interior.

Slim aprovechó su oportunidad. Pagó y luego cruzó la calle. Sacando su teléfono, se lo acercó a la oreja y fingió estar terminando una llamada justo cuando el hombre del chaleco regresaba afuera, seguido por el camionero con el carrito.

—Perdone.

—¿Sí, amigo? —El hombre sonaba más amigable de lo que parecía, con antebrazos lo suficientemente poderosos como para aplastar pechos.

—Esto es Tony's, ¿no? Estoy buscando a alguien llamada Vanessa Richards. Ella trabaja aquí, ¿no?

Era un simple truco de interrogatorio, buscando una respuesta automática de confirmación en lugar de darle al hombre la oportunidad de negar conocerla.

Para sorpresa de Slim, el hombre levantó el brazo y miró su reloj de pulsera abollado.

—No está ahora, pero debería llegar en unos veinte minutos. Pero no la entretengas mucho tiempo. Anoche hubo una gran fiesta y el lugar ha quedado destrozado.

La cabeza de Slim se había llenado de imágenes de apostadores borrachos, bailarinas de barra y sórdidas citas nocturnas. Cuando se dio cuenta de cuál era empleo de Vanessa, debió parecer sorprendido, porque el hombre del chaleco se rio entre dientes.

—De hecho, si tienes media hora, coge una mopa y un balde y ayúdanos. Te daré veinte libras.



Vanessa apareció poco después. El olor a alcohol rancio sedujo y horrorizó a Slim hasta el punto de que no se atrevió a entrar, así que esperó en la calle a que ella llegara, a pesar de que el hombre del

chaleco le ofreció media cerveza disimuladamente para darle valor, «por si estás planeando invitarla a salir o algo así».

Slim no entendió la aparente alegría del hombre hasta que vio a Vanessa caminando por la calle unos minutos después. Sería cruel decir que no era atractiva, pero los años habían sido duros con ella. No había fotos en su página de Facebook y Slim entendió por qué.

Era de complexión media, delgada pero algo flaca, con el pelo prematuramente gris, el rostro arrugado y la piel moteada y desigual. Su nariz estaba ligeramente aplastada, señal de que se la había roto y la cuenca de un ojo estaba ligeramente deformada, lo que indicaba una lesión traumática pasada. Slim sintió inmediatamente una punzada de culpa y, cuando ella pasó sin siquiera levantar la vista, dirigiéndose al club, consideró alejarse. Entonces, una voz gritó:

—¿Ves a ese tipo esperándote? —Y supo que era demasiado tarde.

Estaba en pie en la acera, sintiéndose absurdo, cuando Vanessa se asomó por la puerta, lo miró de arriba abajo y dijo:

—¿Qué?

No tenía sentido tratar de suavizar las cosas, y ya era hora de que se sincerara. Ofreció lo que probablemente parecía una sonrisa cansada y dijo:

— ¿Vanessa Richards? Mi nombre es John Hardy, pero la mayoría de la gente me llama Slim. Soy un detective privado. Me gustaría hablar con usted sobre lo que pasó en Oak House la noche del 26 de septiembre de 1992.

Ella lo miró fijamente. Entonces, su boca abatida comenzó a ensancharse. Por un momento, Slim pensó que iba a sonreír, luego levantó una mano, se frotó el ojo malo y se echó a llorar.

16



VANESSA NO TENÍA tiempo para hablar, pero intercambiaron sus números de móvil. Mientras esperaba que llamara, deambuló por la ciudad y encontró una biblioteca donde preguntó por copias en microfichas del *Stourbridge News*. Para su decepción, le dijeron que visitara la biblioteca pública de Stourbridge o que acudiera directamente al periódico. Salió y llamó al periódico, pero de nuevo le dijeron que debía visitar la Biblioteca Pública de Stourbridge, donde se guardaban los registros en microfichas.

Con una sonrisa irónica, se dirigió calle arriba hasta una cafetería de una cadena, donde tomó un sorbo de un café suave mientras planeaba su próximo movimiento.

Cuando sonó su teléfono, para su sorpresa, era Don en lugar de Vanessa, a quien esperaba.

—No es mucho, Slim, pero tengo algo —dijo Don—. Te sorprendería saber de qué se guardan registros. En busca de Lowery Powell, busqué vuelos a la Costa del Sol entre septiembre y octubre de 1992. He conseguido una copia de una tarjeta de embarque a nombre de un tal Powell, Lowery, el 29 de septiembre, volando desde Londres-Luton a las 19:45, aterrizando en Málaga a las 21:35. El vuelo salió a tiempo y la tarjeta de embarque se activó, lo que significa que nuestro hombre al menos subió al avión. Descubrí que

las tarjetas de aterrizaje también se guardan, así que solicité una copia a la autoridad correspondiente. Aunque tardará unos días.

—Gracias, Don, es estupendo.

—Todavía estoy investigando a Carrie Thompson. Aún no he encontrado nada, pero no me rindo.

—Muchas gracias.

Don colgó. Slim respiró hondo. Ahora al menos podía demostrar que Lowery Powell había salido del país. Nadie sabía adónde había ido desde allí, pero salvo volando a la Costa del Sol y rastreando él mismo los innumerables bares, Slim no tenía otra forma de buscar un rastro a seguir. Aún esperando a Vanessa, decidió regresar a Meadow Cross.

Era demasiado temprano para regresar al B&B, así que vagó por el pueblo y encontró un sendero que atravesaba los campos detrás de Oak House. Bordeaba el seto equivocado del campo justo detrás, pero había suficiente rastro embarrado de animales como para poder usar la dirección equivocada como excusa si surgiera la necesidad.

Sin embargo, en la parte trasera del vertedero detrás de Oak House, el seto era demasiado espeso y los árboles demasiado altos para que él pudiera siquiera ver por encima. No estaba seguro de qué esperaba encontrar, pero aun así tenía una sensación de decepción. En lugar de retroceder, decidió dar un rodeo y continuar adelante. Cuando dobló la esquina del campo y se encontró en un camino agrícola que unía el camino de entrada a Oak House, el seto descendía lo suficiente como para poder ver los jardines de la residencia de ancianos.

Y allí, para su sorpresa, había un macizo de flores repleto del mismo tipo de tulipán que ahora se estaba marchitando y secando en el bolsillo de su abrigo.

17



SI ERA un miembro del personal el que depositaba flores en la tumba de Margaret Bellingham treinta años después de su muerte, ¿por qué Margaret y no Carrie?

Era hora de que Slim llevara su investigación a otro nivel. Regresó a Meadow Cross Lane y bajó por Church Avenue hasta San Esteban. Cuando llegó eran más de las seis. La iglesia estaba cerrada con llave, pero un aviso en un tablón de anuncios junto a la entrada principal mencionaba un servicio nocturno calificado sólo como "Reunión Mensual del Santuario", que comenzaría a las siete en punto. Slim cruzó la calle y cenó temprano en el restaurante nepalí de la esquina, tomando asiento en el piso de arriba junto a la ventana desde donde podía observar la entrada de la iglesia. Poco después de las seis y media pasó un coche y se detuvo en un pequeño aparcamiento al lado de la iglesia. Un hombre se bajó, caminó por la calle, abrió el tablón de anuncios con una llave, luego ajustó un par de avisos en el interior, quitó algunos vencidos y agregó un par más. Slim observó, tratando de hacerse una idea del hombre, que era alto, con hombros anchos y poderosos, pero que caminaba ligeramente encorvado, como si le avergonzara su tamaño. Cuando el hombre finalmente se dio la vuelta, deteniéndose para observar el cruce como si esperara que llegara una multitud,

reveló una barba espesa y canosa, dejando la mayor parte de su rostro en un misterio.

Consciente de que el servicio estaba a punto de comenzar, Slim terminó de mala gana una comida mucho mejor de lo que estaba acostumbrado, pagó y cruzó la calle, justo cuando empezaba a aparecer un grupo de feligreses habituales.

Entró a la iglesia y se sentó cerca de la parte de atrás, pero lo suficientemente cerca de los demás asistentes como para no atraer una atención no deseada. La congregación mostraba la habitual disminución en la asistencia a la iglesia que era común en todo el país, con apenas una docena de personas presentes. Aparte de Jessica, la de la tienda, y su hijo, que estaban sentados juntos en un banco del frente, no había otras caras familiares. Slim mantuvo la cabeza gacha mientras Gavin Thomas se acercaba al púlpito, esperando que ninguno de los dos se volviera y lo viera.

El servicio resultó ser un grupo de apoyo para quienes estaban pasando por un trauma o lo habían superado de alguna manera. Después de un breve sermón, un par de lecturas de los feligreses y un par de himnos se invitó a las personas a compartir historias de superación de luchas personales. Después de que una mujer se puso de pie y contó su victoria sobre el cáncer, otra cómo había superado la trágica pérdida de un hijo, para sorpresa de Slim, el propio Gavin Thomas regresó al púlpito, se quitó las gafas, se aclaró la garganta y comenzó a hablar.

—Todos me conocéis como el reverendo Thomas —dijo—, y me tratáis con el respeto que exige mi título. Sin embargo, hubo un tiempo, tan reciente que puedo recordarlo claramente, en que me conocían por un número. Un número de recluso.

Continuó detallando cómo encontrar la religión en prisión lo había alejado de la vida como un delincuente menor, y que desde la última vez que salió de prisión, en 2002, su vida había seguido su rumbo. Agradeció al Señor por su liberación del pecado, luego miró a su alrededor e invitó a los nuevos asistentes a compartir sus historias.

Sus ojos se posaron en Slim, que había estado tratando de pasar desapercibido.

—Amigo, no te había visto por aquí antes. ¿Te gustaría compartir algo?

A Slim le hubiera gustado huir, pero todos los ojos se volvieron hacia él, y sus miradas expectantes cerraban puertas y vías de escape.

Se puso de pie, con las mejillas ardiendo. ¿Qué podría decir, salvo la verdad?

—A mí… a mí me gusta beber —dijo lentamente, mirando alrededor a los rostros reunidos, preguntándose cómo podría diluir lo que decía lo suficiente como para que apartaran sus ojos—. Me gusta demasiado beber. — Recordó cómo se había sentido ante el olor dentro de Tony's esta mañana, cómo había amenazado con consumirlo primero y luego destrozarlo—. Últimamente… he podido controlarlo, pero siempre estoy a un solo trago del olvido. Creo… que siempre estaré a solo un trago de distancia.

El reverendo Thomas asintió sabiamente.

—Gracias por compartir. ¿Cuál es tu nombre, amigo?

—John. John Hardy.

Cuando las palabras salieron de su boca, escuchó a Jessica susurrarle algo a su hijo, lo suficientemente alto como para que otros feligreses lo escucharan. Cuando el niño frunció el ceño, Slim se dio cuenta de su error, de cómo lo habían desarmado al permitir que su mayor debilidad recuperara brevemente el dominio sobre él. Aunque actualmente podía estar controlando la bebida en sí, no había logrado mantener cerradas las puertas que abría, y ahora su secreto se había revelado.

Mike Lewis, intentando pasar desapercibido, era una mentira.

Los rumores ya estarían empezando, los dedos comenzarían a buscar en Internet y en cuestión de horas todo el pueblo sabría que había un detective privado (uno lo suficientemente famoso, aunque le doliera admitirlo, como para haber aparecido en documentales de televisión) caminando entre ellos.

¿Cuántas personas estarían dispuestas a hablar con él ahora?

18



Necesitaba alejarse de Meadow Cross por un tiempo, así que dejó el B&B a la mañana siguiente y se dirigió al norte, a Shrewsbury, donde alquiló una habitación en una cadena de hoteles barata fuera del pueblo.

Allí, en los confines de una habitación insípida pero funcional con vistas a una rotonda, se preguntó si debería abandonar la investigación. Si había secretos que descubrir en Meadow Cross, simplemente los había ocultado aún más al revelar por error el suyo. ¿O no? ¿Habría personas que hablarían con él ahora que conocían su verdadero propósito?

Salió y cruzó la concurrida calle principal hasta donde discurría un carril bici que bordeaba el río Severn. Durante un par de horas dejó vagar su mente, tratando de decidir qué hacer, pero sus pensamientos volvían una y otra vez a la investigación, y cuando regresó al hotel, poco después de la hora de la comida, sabía que no había manera de dejarla pasar. Puede que apenas hubiera agitado las aguas, pero las había agitado lo suficiente como para crear un patrón. Y quería saber más.

De regreso al hotel, encontró la dirección que Don le había dado del hijo de Jason Felton y luego cruzó la ciudad. Después de todo,

podía mentirse a sí mismo y afirmar que Shrewsbury había sido un refugio bien ubicado, pero era más que eso.

Era la siguiente etapa.



Steve Blondin, hijo de Charlie Blondin, antes conocido como Jason Felton, vivía en una casa de apartamentos en el centro del pueblo de Shrewsbury, al lado de una panadería donde Slim compró un panecillo de salchicha para comer. Cuando llamó a la puerta de Steve, con el panecillo a medio comer en la otra mano en un intento por parecer menos amenazante, le respondió una chica con aspecto de estudiante desaliñada que parecía haberse levantado de la cama para abrir. Cuando Slim preguntó si Steve estaba en casa, la joven primero se encogió de hombros, luego lo llamó por su nombre por encima del hombro, luego se encogió de hombros nuevamente y dijo que debía estar en el trabajo. Cuando Slim preguntó dónde trabajaba, le dio el nombre de un banco en el centro del pueblo. Slim dio las gracias a la muchacha y luego localizó el banco, donde simuló revisar sus cuentas en un cajero automático interno mientras buscaba a Steve entre los trabajadores visibles. Aunque no estaba trabajando en el mostrador, vio a un hombre que caminaba por detrás, trabajando en alguna función que no era de atención al cliente. Incapaz de hablar con él sin llamar la atención, Slim se retiró, encontró un café y tomó asiento en un rincón.

Tenía algo de tiempo para matar antes de la hora del cierre, así que sacó los documentos de información que había recogido hasta el momento y los leyó, buscando algo que pudiera haber pasado por alto.

Hasta ahora tenía poco con qué trabajar. Si podía probar la identidad de Jason Felton, era algo, pero no iba más allá de eso. ¿Estaba relacionado con la muerte de las ancianas o con el sabotaje del trapecio de Maria? ¿Qué motivo podría haber tenido y cómo podría Slim probarlo?

Luego estaba Vanessa: por lo que Slim pudo deducir, la fuente original del rumor de que Margaret Bellingham y Carrie Thompson habían sido asesinadas. Cogió su teléfono y marcó su número, pero nuevamente nadie respondió.

Tal vez fuera sólo un cuento, inventado por alguien seguramente demasiado joven como para haber trabajado alguna vez en Oak House, un cuento que había ido evolucionando y haciéndose más común hasta que consumió a su creador con su peso. Pero ¿cómo explicaba eso las páginas de microfichas que faltaban?

Sin nada que hacer excepto esperar, Slim mató algo de tiempo con un poco de investigación propia. Había traído su ordenador portátil, así que lo sacó de su bolsa, lo abrió sobre la mesa y se conectó a la señal Wi-Fi de una tienda. Buscó Oak House y encontró un sitio web que anunciaba sus servicios. En la sección ACERCA DE, el propietario figuraba como David Bellingham. Slim soltó una risita sorprendida por su propia incompetencia a la hora de comprobar información básica. Era muy probable que David y Margaret estuvieran relacionados. Si el David propietario de Oak House tenía una edad similar a la del hermano que Slim había conocido, tenía sentido que Margaret fuera su madre o, en todo caso, su abuela.

También explicaba las flores: lo más probable es que David o quizás su hermano todavía tuvieran en alta estima el recuerdo de la mujer. Y también explicaba la falta de flores para Carrie, nada más que una residente fallecida hacía mucho tiempo.

Slim profundizó más, buscando perfiles en línea y redes sociales. Aunque Oak House tenía un par de páginas sociales, no eran más que espacios publicitarios que contenían fotografías de jardines y dormitorios vacíos. Logró encontrar un perfil de página comercial para David, pero no contenía nada más que una biografía muy breve y una dirección y un enlace web a Oak House.

Frustrado, Slim cerró su ordenador portátil y estaba a punto de llamar a Don para ponerse al día cuando se dio cuenta de que eran casi las cinco en punto. Slim guardó sus cosas y pagó, luego caminó calle arriba para observar el banco. Poco después de que la campana

de una iglesia local comenzara a sonar, se abrió una puerta lateral y el personal del banco empezó a salir. Se alejaban en parejas o en pequeños grupos, vestidos con chaquetas y gorros para protegerse del frío de la tarde. Slim buscó a Steve y lo vio cerca de atrás, uno de los últimos en irse. Mientras los demás se alejaban, Steve salió solo, caminando rápidamente calle arriba, dando una sensación de decisión en su caminar.

Slim lo siguió al otro lado de la calle.

Tenía un plan alternativo al saber dónde vivía Steve, pero era mejor verlo solo. Slim esperaba que Steve parara en alguna de las tiendas que aún no habían cerrado, pero para su sorpresa, cuando llegó a una esquina, Steve cruzó la calle corriendo y atravesó la puerta de una ostentosa vinoteca donde el personal optimista desafiaba el frío colocando mesas en el exterior.

Las esperanzas de Slim se vinieron abajo. Quizás Steve estaba reuniéndose con alguien, teniendo una cita. De ser así, Slim tendría que posponer su intento de contacto para otro día. Sin embargo, cuando llegó al exterior del bar, miró a través de las ventanas adornadas con guirnaldas hacia un interior llamativo donde velas falsas parpadeaban sobre mesas de mimbre rodeadas de sillas del mismo material y vio a Steve sentado solo en una barra del largo de una habitación respaldada con suficiente óptica espiritual como para hacer llorar a Slim. Un joven camarero lo suficientemente guapo como para atraer a una multitud por su cuenta colocó una botella de tinto y un solo vaso frente a Steve, quien se encorvó sobre la barra como un hombre aferrado al costado de un barco que se hunde. Mientras el camarero se alejaba, Steve levantó la botella por el cuello y vertió vino en el vaso.

Slim asintió lentamente y con complicidad. Conocía muy bien el movimiento. Sólo los bebedores servían por el cuello. Era un gesto irrespetuoso pero resignado, nacido de la inevitabilidad. Slim no sabía por qué Steve había elegido ese bar en particular, pero podía decir sin dudar que la botella era la más barata de la carta. Quizás

Steve prefería un bar cálido a un banco del parque o a su propia sala de estar. La ubicación era una elección; los medios no.

Slim respiró hondo y entró. Nadie le sonrió como habrían hecho con Steve; a su edad, con su barba y su abrigo grueso y andrajoso, estaba fuera de lugar. Sin embargo, antes de que le echaran en cara algún código de vestimenta, Slim tomó asiento en la barra casi vacía. Pidió una botella de cerveza y mantuvo las manos sobre las rodillas mientras el camarero la dejaba. Había pensado en llevársela, para parecer despreocupado, pero mientras la miraba, supo que el movimiento habría activado la vieja cadena. Llevársela habría conducido al inevitable sorbo, que habría conducido a terminarlo todo en unos segundos, una mano levantada para pedir más, el olvido, tal vez la violencia, un seguro arrepentimiento. En lugar de eso, la dejó donde estaba, se levantó de su taburete y caminó hasta donde estaba sentado Steve, mirando al vacío, con una mano agarrando el cuello de la botella y la otra el pie de una copa de vino medio llena.

—Disculpe —dijo Slim, sentándose en un taburete de la barra—. ¿Es usted Steve Blondin?

Al principio, Steve no reaccionó. Slim lo estudió de perfil: un hombre delgado y nervudo, con la mandíbula un poco hundida, echándole una mirada jovial a pesar de estar obviamente flaco. Tenía los ojos bajos y el pelo prematuramente ralo.

—¿Quién es usted? —dijo sin levantar la vista.

—Me llamo John Hardy. Soy detective privado. Estoy investigando la desaparición de un hombre llamado Jason Felton. Creo que podría haber sido su padre, ya que cambió de nombre.

Había muchas maneras en que Steve podría haber reaccionado. Pero aquélla en la que lo hizo tomó a Slim tan por sorpresa que no tuvo tiempo de reaccionar. Todavía estaba estudiando el rostro del hombre cuando algo duro lo golpeó en el costado de la cabeza y su visión se volvió roja unos momentos antes de caer al suelo.

19



CUANDO ABRIÓ LOS OJOS, encontró a una mujer policía sentada al lado de su cama. Inicialmente pareció sorprendida al verlo, reorganizando y cerrando una copia del *Daily Telegraph* abierta sobre sus rodillas.

—Oh, está despierto. Espere, llamaré a una enfermera.

Se fue antes de que Slim pudiera siquiera saber su nombre, pero unos segundos más tarde reapareció arrastrando a una enfermera, y durante los siguientes minutos hubo una ráfaga de actividad alrededor de su cama mientras enfermeras y médicos iban y venían, revisando gráficos y ajustando máquinas. La policía fue expulsada de mala gana al pasillo y un joven doctor ocupó su lugar junto a la cama de Slim.

—Bienvenido de nuevo —dijo—. Soy el doctor Bates.

—¿Qué me ha pasado?

—Le golpearon en la cabeza con una botella de vino. Estaba inconsciente cuando llegó al hospital, por lo que lo mantuvieron sedado durante la noche mientras revisábamos si había alguna lesión cerebral.

—¿Y los resultados?

—Estará bien. Tuvo suerte y no hay daños a largo plazo. Necesitaremos realizar algunas pruebas más, pero debería poder

salir de aquí en un par de días más. Pero creo que la policía tiene que hablar con usted.

—Está bien, déjelos pasar. Acabemos con esto de una vez.

El médico sonrió y se fue, y poco después reapareció la policía.

—Soy la agente Jenna Cale —dijo—. Necesitamos hablar con usted sobre lo que pasó. Hemos identificado al sospechoso de su agresión y lo hemos detenido a la espera de una investigación y cargos. Ha quedado todo grabado por las cámaras de dentro del bar, y además hubo un par de testigos presenciales. El hombre en cuestión afirma que usted lo estaba acosando, pero sería difícil probarlo ante el tribunal, según las evidencias disponibles.

—No deseo presentar cargos —dijo Slim.

—¿No quiere? Ha sufrido una lesión grave, señor Hardy.

—Fue un malentendido.

La agente Cale intentó discutir, pero Slim entendía la ley y se justificó. Al final, ella le estrechó la mano, le deseó una recuperación total y le dijo que se pusiera en contacto con la policía si cambiaba de opinión.



Un par de días después, Slim fue dado de alta. Tenía una magulladura, un músculo desgarrado en el cuello debido a una torcedura durante la caída y le dijeron que consultara a su médico de cabecera si experimentaba visión borrosa o dolores de cabeza recurrentes. Por lo demás, se había recuperado lo suficientemente bien como para que los médicos no esperaran más problemas.

El hospital revisó su billetera para identificarlo y encontró la tarjeta de la puerta del hotel. Al recibir la información, la policía informó al hotel de su situación. Cuando regresó al hotel, Slim descubrió que le habían reservado su habitación y que no le habían cobrado. Slim se lo agradeció al gerente y reservó un par de noches más.

Tenía asuntos pendientes en la zona.



Había funcionado en el pasado, así que en lugar de intentar una confrontación directa, le escribió una carta a Steve Blondin y la arrojó al buzón la mañana después de su alta. Luego, con el cuello y la cabeza todavía doloridos por la agresión, encontró una biblioteca pública y pasó el día investigando en línea.

No esperaba recibir una respuesta tan rápido, pero mientras caminaba de regreso a su hotel poco después de las seis de la tarde, sonó su teléfono.

Lo lamento. Me tomó por sorpresa. Reaccioné mal.

El mensaje tenía que ser de Steve. Slim respondió: *No quería asustarle. No hay problema. Estaba buscando a su padre. ¿Podemos hablar?*

Durante algunos minutos no llegó respuesta. Slim estaba empezando a pensar que Steve lo había abandonado cuando su teléfono volvió a sonar.

De acuerdo. ¿Dónde?

¿Hay algún café cerca de su casa?

Hay una taberna. Al's Bites.

Nos vemos allí a las 7. ¿De acuerdo?

Vale.

20



Al's Bites era un semisótano en una esquina que parecía mucho más grande por dentro de lo que se veía desde fuera. Había una barra de estilo americano rodeada por mesas de formica y sillas con estructura de metal. Había recuerdos del Shrewsbury Town Football Club colgados de las paredes

Steve ya estaba al acecho en una mesa en el rincón más alejado, de cara a la puerta, con la cabeza gacha como un animal acorralado. Slim se acercó, tomó asiento y luego señaló el menú con la cabeza.

—¿Le importa si como?

Steve negó con la cabeza.

—¿Quiere algo?

Steve pareció a punto de negar con la cabeza otra vez, luego se encogió de hombros.

—Una ración de panceta, si va a pedir.

—¿Y un café? Creo que le iría bien un café.

Por primera vez, Steve esbozó una sonrisa nerviosa.

—Claro.

Slim se acercó al mostrador e hizo el pedido, luego regresó y se sentó.

—Gracias por no presentar cargos —dijo Steve. Por primera vez Slim notó un acento americano, aunque era leve, como si hubiera

crecido casi en silencio—. La policía dijo…

—No tiene ni media torta —dijo Slim con una sonrisa—. No hubiera sido un gran jugador de béisbol.

Había tratado de bromear, pero Steve de repente estalló en una confusa mezcla de sollozos y risas, frotándose la frente con una mano mientras arañaba la mesa con la otra. Slim miró por encima del hombro, temeroso de llamar la atención de otros clientes. Afortunadamente, el café estaba vacío, aparte de un par de hombres casi fuera de la vista al otro lado del mostrador, ninguno de los cuales prestaba atención a Slim ni a Steve.

—Lo siento, no quise reaccionar así, solo que… su nombre me provocó.

Slim, que había experimentado ciertas cosas durante su única experiencia de combate en Irak a los dieciocho años que todavía le producían pesadillas, reconoció en Steve lo que la gente en estos días llamaba trastorno de estrés postraumático.

—No quería alarmarle —dijo—. Sólo estaba buscando información.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—John Hardy. Pero la gente me llama Slim.

—¡Ah! ¿Y por qué?

Un poco de conocimiento personal podía ayudar a desarmar a Steve, hacerlo más dispuesto a hablar.

—Por algo que pasó durante mi época en las Fuerzas Armadas. Había una sección de tubería de metal que estábamos descargando de un camión en las afueras de Bagdad. Nosotros…

—¿Estuvo en Irak?

—Primera Guerra del Golfo.

Steve asintió con respeto.

—No parece demasiado mayor.

—No lo era. Acababa de cumplir dieciocho años. Ahora tengo cincuenta.

—Eso debe haberle afectado algo.

Slim se encogió de hombros.

—Era lo que era. Sólo estuve una vez. Después de eso hice un poco de trabajo en la base, en Reino Unido, y luego me dieron una baja deshonrosa.

—¿Por qué?

—Traté de matar a un hombre que pensé que se acostaba con mi esposa. Fui tras él con una navaja de afeitar.

—¿Qué pasó?

—No era él. Por suerte, estaba demasiado borracho como para causar algún daño. Salí bastante bien. Mi esposa se fue con el hombre con el que realmente se acostaba. Un carnicero llamado Stiles. Nunca supe su nombre de pila.

—¿Tenía hijos?

Slim cerró los ojos, frotándose la sien, tratando de borrar un recuerdo que lo atormentaba más que cualquier otro.

—No —dijo en voz baja, con un nudo en la garganta.

Si Steve tenía más preguntas, fueron interrumpidas por un hombre que Slim supuso que era Al que llegaba con su comida. La dejó con una sonrisa, señaló una bandeja de condimentos en una mesa de la esquina y volvió detrás del mostrador.

—Regresó a Inglaterra para alejarse de su recuerdo, ¿no?

Steve pareció sorprendido.

—¿Qué es usted, un vidente?

Una vez más, desarmarse podría ayudar a Steve a abrirse.

—Hacía interrogatorios —dijo—. Era demasiado joven e inexperto para dirigirlos, pero observaba a los demás. En la mayoría de los casos, los prisioneros estaban encantados de hablar. Parecía que todo lo que teníamos que hacer era darles permiso.

—Parece más interesante que trabajar en un banco.

Slim se encogió de hombros.

—No sé. Me imagino que ambas cosas tienen sus altibajos. —Tomó un sorbo de café y asintió con aprobación. Al habría hecho mejor café con el filtro de ayer—. ¿Puede hablarme de su padre?

Steve miró al vacío con el ceño fruncido.

—Él… era estricto —dijo después de una larga pausa—. Nada de lo que hacía le parecía bien. Pero siempre en privado. Para todos los demás era un dios total en la comunidad. Todo el mundo lo quería.

—¿Por eso escribió un obituario tan elogioso? Así es como logré encontrarlo.

—Tenía que hacerlo. No tenía sentido denigrarlo después de su muerte, ¿verdad? De todos modos, nadie me creería. Podíamos despedirlo tal como lo veían todos.

—¿Y luego puso fin a eso mudándose al extranjero?

—No podía quedarme en ese pueblo. Recibiendo bofetadas todos los malditos días de gente que creía conocer a mi padre. La verdad era que ninguno de ellos lo conocía. Yo tampoco lo conocía realmente Un día era un gran tipo, me llevaba a pescar o al estadio, y al siguiente me estaba destrozando, rompiendo mi trabajo escolar, quitándose su maldito cinturón…

Golpeó la mesa con tanta fuerza que Slim miró a su alrededor, pero los otros dos clientes se habían ido y Al estaba ocupado en la cocina.

—¿Y su madre? —preguntó Slim.

—No creo que le diera pena verlo partir —dijo Steve, sin levantar la vista—. Se volvió a casar un año después y se mudó al pueblo de al lado. Me ofreció la casa si pagaba un alquiler justo, pero me negué. No podía quedarme allí. Ni siquiera podía dormir después de su muerte, porque era como si se hubiera subido a mi cabeza. Me dejé llevar un poco y luego me mudé aquí. Todavía tenía pasaporte inglés. Fue fácil conseguir un visado.

Slim asintió pensativamente.

—¿Sabe por qué lo estoy buscando?

—¿Mató a alguien? No me sorprendería. Nunca me pareció que fuera un psicópata, pero tenía una vena despiadada, eso sí.

Slim metió la mano en una bolsa que tenía a sus pies y sacó las fotos que Don le había enviado de Jason cuando era un joven gimnasta.

—¿Es este su padre?

Steve se inclinó sobre ellas y frunció el ceño.

—Sí, se parece. No las había visto antes. Todo antes de que yo naciera era básicamente un misterio. Nunca hablaba de su infancia, excepto en términos abstractos. No había abuelos de su lado, nada de eso. Mamá decía que él le dijo que era huérfano y que se había criado en un hogar de acogida en Inglaterra, o algo así. Eso era todo. Yo no podía preguntar.

—Su nombre (al menos el que he sabido) era Jason Felton. Creció en el sur de Inglaterra y en 1992, en el momento de su repentina desaparición, trabajaba como trapecista en el Southern Cross Circus, un espectáculo local con sede a pocas millas de aquí. El circo cerró definitivamente la noche en que desapareció. No tengo idea de si estaba relacionado con algo, pero la misma noche que desapareció, sabotearon la actuación de una compañera suya y dos ancianas de una residencia vecina fueron asfixiadas en sus camas.

Steve se reclinó en la silla y silbó entre dientes.

—Bueno, que me condenen. Siempre supe que era un imbécil, pero parece que lo llevó a un nivel más alto del que jamás imaginé.

21



A PESAR de un moratón persistente que le recordaba a Slim cómo se habían conocido, Steve estaba dispuesto a seguir involucrado en la investigación y le dijo a Slim que se pusiera en contacto con él cuando necesitara algo. También estaba interesado en conocer a los abuelos que nunca había sabido que existían, por lo que Slim hizo otra llamada a Don, solicitándole la dirección y detalles de contacto de la familia de Jason. Le pidió a Steve que esperara un tiempo hasta que hubiera investigado un poco más la participación de Jason en los hechos, pero estaba seguro de que él también necesitaría hablar con ellos en algún momento.

Sin embargo, había llegado el momento de cerrar la parte inicial de su investigación.

Maria estaba esperando en la cafetería del área de servicio junto a la M5 en las afueras de Worcester. A las once de la mañana estaba llena pero no abarrotada, y había encontrado una mesa junto a la ventana rodeada por varias mesas vacías. Su bastón estaba apoyado contra el cristal de la ventana y estaba leyendo un libro de bolsillo en un estado lo suficientemente nuevo como para sugerir que acababa de comprarlo.

—Tengo que decir que has elegido un lugar de lo más romántico —dijo con una sonrisa irónica mientras él se sentaba—. Y tu

puntualidad es insuperable. Si tomo más café es probable que se acabe.

—Lo siento —dijo Slim, incapaz de responder con chistes—. Me ha pillado un atasco.

—Bueno, ¿qué pasa?

Lo mejor era ir directo al grano.

—Lo he encontrado —dijo Slim.

Maria dejó escapar un pequeño grito ahogado.

—¿A Jason?'

—Sí. —Sacó una carpeta de su bolsa y le mostró a Maria el contenido pieza por pieza. Además de las que Don le había enviado, tenía otras fotografías que Steve le había dado. Mientras Maria las miraba, tapándose la boca con una mano, Slim le habló de lo que había descubierto.

—Es probable que fuera culpable de algo —dijo Slim, mientras Maria se secaba una lágrima—. Sólo que no estoy seguro de qué.

—Al menos es una forma de cerrar las cosas —dijo Maria—. Aunque nunca podré mirarlo a los ojos y preguntarle si cortó esa cuerda.

—¿Cómo te sientes?

Maria se encogió de hombros.

—Mejor de lo que esperaba. Quiero decir, cualquier amor que alguna vez tuviera por él desapareció hace mucho tiempo. Sólo estuvimos juntos brevemente, y si lo que me has dicho que dijo su hijo era cierto, tuve suerte de evitarlo. Pero eso no significa que no haya aún una parte de mí que suspira imaginando.

—Me alegro de haber ayudado, pero al mismo tiempo lo siento.

Hubo un silencio incómodo durante unos segundos y luego Maria dijo:

—Ya puedes irte, Slim. Encontraste a Jason. Podrías dejarlo así.

—Lo sé.

—Pero no vas a hacerlo, ¿verdad?

Lo había pensado mucho durante el viaje desde Birmingham y Maria tenía razón. Ahora no podía marcharse, igual que no podía

declarar que sus problemas con el alcohol habían terminado. Estaba demasiado metido y necesitaba llevar la investigación hasta el final.

Se aclaró la garganta.

—¿Podrías contarme todo lo que recuerdas después de la caída?

Maria gimió y soltó una risa cansada.

—Mira, nunca he conocido a nadie como tú, Slim.

22



Fue una sorpresa que Jane Cornick aceptara su reserva, pero dos semanas después de irse abruptamente, Slim se encontró registrándose en el pequeño B&B en el centro de Meadow Cross, esta vez bajo su propio nombre.

—Me pareció reconocerle la primera vez —dijo Jane Cornick, mientras le entregaba las llaves de la misma habitación—. Me encanta ver documentales sobre crímenes. ¿Sabía que fue ese arrogante fulano de tal todo el tiempo?

—Ah, ¿a qué arrogante fulano se refiere?

—Oh, tendría que buscarlo. Un poco como una serie de espías, ¿no? ¿Viaja a menudo con nombres diferentes?

Slim tiró del cuello de su abrigo y de repente la habitación le pareció opresivamente calurosa.

—Ah, de vez en cuando. Le pido perdón por no haber sido sincero antes.

—No pasa nada. Mientras pague y nadie golpee la puerta a medianoche, no me importa. Aunque animaría un poco las cosas por aquí. Todo es terriblemente aburrido estos días. No vale la pena cotillear. —Se rio entre dientes—. La gente está demasiado ocupada mirando las pantallas de los móviles como para crear algún tipo de

escándalo. Por cierto, ¿Ha conocido a Vanessa? Podría haberle dado su número, pero usted es detective, ¿no?

Ahora que estaba seguro de que la sobrina de Jane Cornick era un callejón sin salida, Slim simplemente se encogió de hombros.

—No me ha devuelto mis llamadas.

—Le llamaré y le diré que le atienda. Por cierto, usted no está soltero, ¿verdad? Necesita un hombre decente, nuestra Vanessa. El último hombre con el que estuvo, Fred, creo que se llamaba, era un desastre.

Slim no dijo nada, consciente de que posiblemente había visto las consecuencias del trabajo de Fred.

—Bueno, disfrute de su estadía —dijo Jane—. Hágame saber si necesita algo.

Slim sonrió.

—Gracias.

—Y no se preocupe, si alguien llama a medianoche no abriré la puerta. Mi oído ya no es el que era.

~

Como abril se acercaba a mayo, trayendo un clima más cálido, Slim cambió su abrigo de invierno a una chaqueta más ligera y también se afeitó la mayor parte de la barba, pero aun así, mientras caminaba por el pueblo, dedicando algo de tiempo a subir a la cima de las colinas de Cloverdale, sintió que había ojos por todas partes, mirándolo con sospecha. Había perdido su anonimato por un desliz, mostrándose al mismo tiempo como un mentiroso. Ahora tendría un inconveniente, ante cualquiera que encontrara, pero tal vez podía usar eso a su favor.

Durante su estancia en el desierto iraquí, y durante los años siguientes como investigador privado, había aprendido que había varias maneras de hacer que la gente hablara. La más fácil era hacerse amigo de la gente, ganarse su confianza. Confundirlos, hacerles decir más de lo que querían decir, era otra. Luego estaba la

vieja favorita: aplicar un poco de presión. Un investigador privado no tenía el poder que tenía un oficial de policía, pero había muchas personas que no conocían la diferencia.

Aun así, resolver un misterio de treinta años atrás nunca iba a ser fácil. Había salido de su zona de confort y creado un par de páginas en las redes sociales: solicitando información y posibles fotografías de las últimas funciones del Southern Cross Circus, pero hasta ahora no había recibido respuestas interesantes. También había enviado un correo electrónico a la estación de televisión local que había transmitido el breve segmento del video, pero tampoco había recibido respuesta aún.

Estaba sentado en un banco, bebiendo de un vaso de café y disfrutando de la vista cuando escuchó una risa detrás de él. Miró a su alrededor y encontró a Katie Julius allí en pie, vestida con su habitual equipo para caminar.

—Bueno, si es el hombre más buscado en Google en Meadow Cross. Lo admito, yo mismo también eché un vistazo. Es casi un honor tenerle husmeando entre nuestros arbustos. Quizás consideren erigir una estatua.

Slim sonrió.

— Ojalá sea de piedra y no de paja.

Katie rio.

—No se preocupe. Llueve demasiado por aquí como para que algo se prenda fuego. Entonces, ¿ya ha descubierto todo?

Slim sacudió la cabeza.

—No.

—Después de todo, tal vez no haya mucho que descubrir. Y fue hace mucho tiempo. Las cosas quedan enterradas, ¿verdad?

Slim asintió.

—Y la gente también.

Katie se acercó y se sentó a su lado en el banco.

—¿De verdad cree que esas dos ancianas fueron asesinadas?

—Estoy seguro. Incluso tengo un sospechoso. Lo que no tengo es motivo ni prueba alguna.

—¿Cómo va a conseguirlos?

Slim se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—Pensaba que era un detective privado.

—Lo soy. Pero demostrar conjeturas descabelladas no es tan fácil. —Se volvió para mirarla. Luego, haciéndose eco de las palabras que le había dicho en su primer encuentro, sonrió y dijo—: De un extraño a otro, ¿qué cree que pasó?

Katie arrugó la boca y luego murmuró en voz baja.

—No sé realmente las circunstancias porque yo no estaba por aquí en ese momento y lo único que he oído son algunos rumores de pub, pero ¿no le parece extraño que alguien haya matado a dos ancianas? Quiero decir, estás duplicando las posibilidades de que te atrapen. ¿Y por qué matarlas para empezar? Eso es un delito de odio, ¿no? Se oyen esas historias de personas que irrumpen en residencias de ancianos y matan a los pacientes en alguna protesta tipo secta contra la superpoblación, pero en ese caso, ¿por qué detenerse en dos?

—¿Hubo sospechas?

—Tal vez, pero nunca hubo una investigación por asesinato, ¿verdad? La parte del asesinato fue sólo un rumor. Oficialmente, ambas mujeres murieron por causas naturales. Dio la casualidad de que ambas murieron la misma noche del último espectáculo de ese circo.

—Es toda una coincidencia, ¿no?

—Y usted sabe quién tendrá las respuestas, ¿no? El que lo dirigía. David Bellingham. O, en su defecto, su hermano Robert, que vive en la casa de al lado.

—Lo he conocido. ¿Camina cojeando? Estaba paseando por ahí abajo y me echó.

—Tiene bastante carácter. Y un cáncer terminal, aunque lo tiene desde que estoy aquí. También hay muchos rumores sobre él.

—¿Como por ejemplo?

—Es sólo un cotilleo, porque soy casi tan extranjera como usted, pero hay una gran rivalidad por ahí. Margaret estaba perdiendo la cabeza, así que cedió los bienes a los chicos mientras aún estaba viva. El hermano favorecido se quedó con la casa y el otro se quedó con el terreno. Y cuando un hermano amplió y mejoró su negocio, el otro intentó sabotearlo.

—¿Cómo?

Katie se rio entre dientes.

—Vamos, use su imaginación. ¿Cómo cree?

—¿Arrendando el terreno a un circo?

—Bingo.

23



UNA JOVEN recepcionista le acompañó hasta un asiento, luego volvió a su oficina y cogió el teléfono. Mientras esperaba, Slim miró por el pasillo el interior de Oak House. Parecía un lugar agradable, bien iluminado y aireado, sin ese olor a humedad de sábanas que Slim asociaba con las residencias de ancianos. De la pared colgaban bonitos cuadros y sonaba débilmente una agradable música de fondo. Vio a un par de pacientes cruzar el pasillo con andadores y hasta escuchó risas. Nunca había conocido a su padre, pero si su madre hubiera estado viva, no habría desperdiciado su dinero poniéndola en un lugar decente como este.

Todavía estaba reflexionando sobre recuerdos inquietantes cuando un hombre alto, casi lo suficientemente mayor como para ser un paciente, se acercó y levantó una mano para saludarlo.

—¿Señor Hardy? —dijo David con una sonrisa alegre, aparentemente inconsciente de la nueva infamia local de Slim—. Bienvenidos a Oak House. Por favor, sígame.

La pequeña oficina al final del pasillo era perfecta, más aún cuando Bellingham fue a sentarse detrás de una amplia mesa de IKEA, dejando a Slim tomar asiento junto a la puerta.

El dueño de la residencia se puso cómodo, ajustándose el suéter ligero que llevaba sobre una camisa de vestir y una corbata.

Comenzó a cruzar una pierna sobre la otra, pero pareció pensarlo mejor y se inclinó hacia adelante y juntó las manos sobre la mesa.

—Me gustaría agradecerle su interés por Oak House —dijo—. Es un honor que haya elegido nuestra pequeña empresa familiar para su tía.

—Mi tía… sí, eso es —dijo Slim—. Leí su folleto. Hacen mucho para que sus residentes se sientan cómodos.

—El fin de la vida no significa el fin de la atención —dijo Bellingham, citando directamente el sitio web de la empresa. Continuó un rato, descargando peroratas de moda que Slim soportó, esperando cualquier cosa que pudiera ayudarlo.

—Creo que su tía tiene ochenta y ocho años —dijo por fin Bellingham—. ¿Y tiene problemas para caminar?

Slim intentó recordar lo que había escrito en el formulario de contacto y deseó haber guardado una copia de la información antes de enviarla.

—Exacto —dijo.

—Tenemos algunas habitaciones vacías en la planta baja —dijo Bellingham.

—Su vista sigue siendo excelente —dijo Slim—. Seguro que ella preferiría una habitación con vistas. Sería ideal hacia esas colinas al noreste, en lugar de ese terreno baldío que hay detrás. ¿No había allí un circo?

Slim se preguntó si había dejado caer la indirecta demasiado pronto, pero Bellingham simplemente se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo —dijo con un dejo de amargura, mirando la mesa. Luego, mirando a Slim, dijo—: Lamentablemente, usted me entiende, es posible que tengamos un piso de arriba libre en las próximas semanas. ¿Vamos a echar un vistazo?

Slim estaba encantado de seguir a Bellingham por los pasillos de Oak House, haciéndole todas las preguntas que se le ocurrían para alargar el recorrido el mayor tiempo posible. Todavía tenía que descubrir qué habitaciones habían utilizado Margaret y Carrie la noche en que ambas murieron, pero estaba tratando de determinar

cómo podía haber entrado en el edificio un potencial asesino. Sin embargo, al notar los signos reveladores de las obras de renovación, se dio cuenta de que la distribución de la casa podría haber cambiado en los últimos treinta años.

—¿Tienen la seguridad adecuada? —preguntó, tratando de parecer un sobrino preocupado.

—Circuito cerrado de televisión y alarmas en todas las puertas —dijo Bellingham.

—¿Y las ventanas?

—Las ventanas de la planta baja tienen alarmas. Los pisos superiores no, pero no creo que deba preocuparse.

—¿Y el sistema se mantiene periódicamente?

—Se revisa anualmente —dijo Bellingham, mirando a Slim con una mirada de sospecha que hizo que Slim se preguntara si estaba exagerando—. Puedo asegurarle que su tía estará bastante segura.

Temiendo revelar su tapadera, Slim optó por cambiar de tema y en lugar de eso preguntó a Bellingham sobre el servicio de comidas y el cumplimiento de los requisitos dietéticos, mientras caminaban por un pasillo del piso superior y bajaban un tramo de escaleras traseras que pasaban por una puerta cortafuegos que conducía al patio. Slim advirtió que era un buen lugar para colarse. Sin embargo, por las diferencias en el tono del papel pintado y las molduras alrededor del techo, Slim consideró que la puerta era parte de una renovación más reciente.

Cuando regresaron al vestíbulo de abajo, Bellingham cruzó las manos sobre el estómago.

—Gracias por venir, señor Hardy, y póngase en contacto con nosotros si cree que nuestro establecimiento será adecuado para su tía.

—Le agradezco su tiempo —dijo Slim—. Gracias de nuevo.

Al salir, sintió que se le quitaba de los hombros una sensación de opresión. Permaneció un rato en el camino, delante de la puerta principal, contemplando los jardines. Luego, mientras se alejaba, miró hacia atrás por encima del hombro y vio a David Bellingham en

pie justo al otro lado de la puerta, con una expresión sombría en el rostro y un teléfono móvil apretado contra su oreja.

24



Slim llamó a Vanessa en el camino de regreso al B&B, pero tampoco obtuvo respuesta. Frustrado, pensó en llamar a Don para ponerse al día, pero cambió de opinión. Don llamaría cuando surgiera algo.

No había comido desde esa mañana así que fue a la tienda a comprar un bocadillo. Sintiéndose un poco nervioso por cómo lo recibirían, se alegró de encontrar al hijo de Jessica trabajando detrás del mostrador en lugar de su madre, junto a una adolescente bonita pero hosca. Mientras Slim caminaba por el único pasillo, eligiendo un bocadillo y una chocolatina, escuchó un susurro exagerado del chico a la chica.

—¡Es él! El tipo del que te hablé.

—¡Shh!

Slim sonrió para sus adentros, se obligó a no mostrar ninguna reacción y fingió estar hojeando una revista de fútbol durante un par de minutos. Los susurros continuaron, pero el volumen era demasiado bajo para que él pudiera entender lo que decían.

Por fin, seguro de que su curiosidad estaba arraigada y preguntándose cómo aprovecharla, Slim se acercó al mostrador. Dejó el bocadillo y la chocolatina y luego señaló la máquina de café para clientes que había en el mostrador.

—Y tomaré un expreso doble —dijo, consciente de que el tiempo ganado para fomentar una conversación compensaría la mala calidad de la bebida.

El chico se puso a trabajar, mientras la chica, que aparentemente sólo estaba allí para pasar el rato, lo observaba con interés a través de sus ojos fuertemente delineados con rímel negro, aunque le parecía que habría estado más bonita sin él.

El chico le dio el café y murmuró un precio que Slim apenas pudo oír. Mientras pagaba y luego recogía sus compras, la chica mostraba claramente que no iba a dejar que se fuera.

—Usted es ese detective, ¿no? ¿El del nombre falso?

—¡Helen, cállate!

Slim se giró, les dirigió a ambos una larga mirada y luego sonrió.

—Así es —dijo—. Mi nombre es John Hardy, aunque la mayoría de la gente me llama Slim. Podéis elegir.

—¿Slim?

—¡Helen…!

Slim le sonrió al chico.

—Está bien. ¿Como debería llamarte?

—Dez —dijo Helen antes de que el joven pudiera responder—. Es la abreviatura de Derek, lol.

La forma en que dijo «lol» como una palabra hizo sonreír a Slim. Miró a Derek, que se retorcía, con la cabeza apoyada en su hombro avergonzado.

—Derek es un buen nombre —dijo Slim—. Pero si no te gusta, puedes inventar otro, como hice yo.

—¿Por qué? —dijo Helen.

Slim rio entre dientes.

—Porque quería hacer preguntas que la gente tal vez no habría respondido si supiera quién era yo realmente.

—¿Eso no es un fraude?

—Es un policía —dijo Derek—. Puede hacer lo que quiera.

—Soy detective privado —dijo Slim.

—Como Sherlock Holmes —le dijo Helen a Derek.

—Pero no tan bueno —dijo Slim—. Tiendo a cometer errores estúpidos, como revelar mi nombre real a una iglesia llena de gente.

—¿Qué está investigando? —preguntó Helen.

—Una amiga mía solía trabajar en el circo que antes había detrás de la residencia de ancianos Oak House, en la carretera a Belbroughton. Tuvo un accidente que cree que fue causado por un sabotaje deliberado. Esa misma noche, su novio, otro artista, desapareció sin dejar rastro. Decidí investigarlo por ella.

—¿Lo ha encontrado?

Slim asintió. Tenía que admitir que disfrutaba de las dobles miradas de sorpresa.

—Sí —dijo—. Está muerto, pero en realidad cambió su nombre y se mudó a Estados Unidos.

—¿Así que lo resolvió? —preguntó Helen—. Eso está muy bien.

—Si ya lo ha encontrado, ¿por qué sigue aquí? —preguntó Derek.

—Porque quiero saber por qué desapareció —dijo Slim—. Y actualmente no tengo ni idea.

—¿Porque fue él quien hizo el sabotaje?

Slim se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero ¿por qué lo hizo?

—Quizá quería que algún otro cargara con la culpa —dijo Derek.

—También es posible —dijo Slim—. Lo que realmente me gustaría saber es quién estaba allí esa noche, la noche de la última función, cuando ocurrió el accidente.

—¿No tiene fotos?

Slim negó con la cabeza.

—Nada. Pensé que podría haber algunos artículos de periódicos antiguos, pero no he podido encontrar nada. Parece que fueron eliminados del catálogo de microfichas de la biblioteca.

—Qué raro —dijo Helen.

—Bastante. —Slim miró el reloj de la pared detrás del mostrador —. Bueno, será mejor que me vaya. Si oís algún rumor decente, venid a buscarme al B&B.

Ambos asintieron sin decir palabra, mirándolo como si fuera una especie de bandido a punto de llevarse el botín de un atraco.

Regresó al B&B, comió y luego se duchó. Todavía no sentía que estuviera llegando muy lejos, pero de todos modos se tumbó en la cama y abrió su ordenador portátil, esperando que alguna nueva información levantara la mano y se revelara. Los grupos de redes sociales que había creado aún estaban vacíos, aparte de algunos *spammers*, en los que perdió el tiempo tratando de descubrir cómo eliminar, y no tenía correos electrónicos. En lugar de eso, navegó por la web durante un rato, buscando algo que pudiera haberse perdido. Al final, se levantó y bajó las escaleras, demasiado nervioso para dormir.

Todavía había luz en el exterior, así que caminó por la calle, pasó por la casa de Katie Julius y llegó a la iglesia de San Esteban. La puerta principal estaba cerrada con llave, así que deambuló por el cementerio, echando un vistazo a algunas de las inscripciones, mirando las edades de los fallecidos, desde alguien que había vivido hasta los 104 años hasta otro muerto a los dos meses. A veces pensaba que era una lotería, y a los cincuenta años probablemente ya había durado más de lo debido.

Un viento fresco soplaba desde las colinas de Cloverdale, por lo que se acercó a la puerta trasera de la iglesia, preguntándose si podría entrar por ese lado. Sin embargo, cuando ya casi estaba allí, escuchó el ruido de algo duro golpeando los adoquines del camino.

Se agachó instintivamente, ocultándose dentro del pequeño porche. Mirando alrededor de la pared, vio una figura encorvada con un bastón salir del camino y dirigirse a las tumbas en el rincón más alejado.

Slim podría haber descartado la figura como un deudo común… si no fuera por el ramo de flores rojas en una mano.

A unos metros de la tumba de Margaret Bellingham, la figura apoyó el bastón contra otra lápida y caminó los últimos pasos sin ayuda. Luego se inclinó, reemplazó las flores muertas en la maceta

con las que había traído, luego se levantó, dijo algunas palabras que Slim no pudo oír y se dio la vuelta para irse.

Mientras la figura regresaba al lugar donde había dejado el bastón, Slim pudo ver claramente a la persona bajo la capucha de una cazadora ligera.

Robert Bellingham.

25



SLIM SE DESPERTÓ con el zumbido de su teléfono, un momento antes de que cayera de su mesita de noche y se estrellara contra el suelo. De manera bastante sorprendente para su Nokia, la tapa de la batería se había desprendido y le tomó un momento volver a insertar la batería y reiniciarlo.

Tenía una llamada perdida de Don, pero cuando le llamó no obtuvo respuesta. En lugar de eso, se levantó, preparó un café y luego se sentó junto a la ventana de su habitación, contemplando el brillo del sol sobre el distante montículo de las colinas de Cloverdale, preguntándose sobre una idea que había tenido mientras estaba acostado en la cama.

Alguien en el pueblo tenía un secreto, estaba seguro. Ya era hora de empezar a levantar piedras y hacer sonar un poco las puertas. Si hablara uno solo, podría darle munición para arrancarle una confesión a otro.

Después de desayunar abajo, tiempo durante el cual descubrió que otra vez era el único cliente del B&B, le preguntó a Jane, mientras ella ordenaba, lo que sabía de David y Robert Bellingham.

Ella frunció el ceño y se ajustó el delantal.

—¿Es para su investigación?

—Puede ser.

Jane se rio entre dientes.

—Qué interesante. Bueno, tengo que decir que tampoco los conozco muy bien. Fuimos a la misma escuela, pero estaban unos años por encima. Los veía de vez en cuando. David era… ¿cómo puedo decirlo? El «bueno». Siempre tenía novia. Que nunca se casara fue una sorpresa, pero probablemente no pudo elegir. Y Robert… era un poco problemático. Siempre estaba peleando, no parecía saber hacia dónde se dirigía en la vida. Aunque no podría decir que destacaran mucho de otros chicos.

Al estimar la edad de Jane, Slim supuso que se refería a finales de los cincuenta o principios de los sesenta.

—¿Qué hicieron después de dejar la escuela? ¿Alguno de los dos estuvo en las fuerzas armadas, en la policía o algo así?

Estaba buscando cualquier cosa que pudiera haber convertido a cualquiera de los chicos en posibles criminales. Jane, sin embargo, se limitó a reír.

—No, que yo sepa. Solía encontrarme con Robert de vez en cuando. Estuvo trabajando en Woolworths en Stourbridge durante un tiempo y recuerdo que un día iba con los niños en el cochecito por el parque y estaba allí cortando los setos. Siempre parecía tener tres empleos a la vez.

—¿Y David?

—Oh, pues no tengo ni idea. Nunca lo vi mucho por ahí. Una o dos veces en la tienda o en Stourbridge. Nunca fuimos amigos, así que nunca tuvimos mucho que decirnos más allá de un saludo cortés o desearnos buenas tardes.

Slim asintió pensativamente.

—¿Sabe cuánto tiempo lleva dirigiendo Oak House?

—Oh, desde mediados de los ochenta, creo. Sus padres lo regentaron durante años, pero su padre murió hace mucho tiempo y creo que después de que su madre enfermó, tuvo que dejarlo y pasárselo a David.

—¿Y ella se convirtió en residente allí?

—Eso creo. Lo siento, no sé qué le pasó. En aquella época no me gustaba tanto el cotilleo. —Jane se rio entre dientes—. Creo que eso viene con la vejez.

Jane tuvo que disculparse para continuar con sus tareas diarias, así que después del desayuno, Slim fue a caminar hasta la iglesia, con la esperanza de encontrarse con el reverendo Thomas. Una vez más, la iglesia estaba cerrada, pero mientras miraba las tumbas de Margaret Bellingham y Carrie Thompson (una con flores frescas, la otra sin ninguna), se le ocurrió otra idea, así que encontró un banco y llamó a otro contacto de sus días en las fuerzas armadas. Aunque nunca habían sido amigos íntimos, Slim y Alan Coaker se respetaban mutuamente. Alan ahora dirigía una empresa de seguridad en Londres y parecía tan molesto como siempre al escuchar la voz de Slim.

—He recibido tu cheque —dijo con una risa ronca—. Esto cubre el envío de 2018. No esperaré más.

—Poco a poco —dijo Slim—. Yo siempre pago mis deudas. Al final.

—¿Qué puedo anotar en tu cuenta esta vez? —dijo Alan.

—Necesito un equipo de vigilancia —dijo Slim, y luego detalló lo que necesitaba. Alan escuchó, prometió hacer lo que pudiera y luego colgó, dejando a Slim preguntándose qué podría aparecer, recordando la vez que le había pedido a Alan algo para forzar una cerradura y le habían enviado una cizalla.

Después de finalizar la llamada, volvió a llamar a Donald Lane.

—Don, lamento haber perdido tu llamada. ¿Que tienes para mí?

—No pasa nada, Slim. Escucha esto. Te dije que había encontrado una tarjeta de embarque para Lowery Powell en un vuelo a Málaga.

—Lo recuerdo.

—Bueno, tengo una copia de la tarjeta de aterrizaje. Te la enviaré. Indica su ocupación como «artista» y su dirección como Oak House. ¿Por qué tenía que hacer eso? En cualquier caso, al menos podemos ampliar su rastro documental y sabemos que se

bajó del avión. He estado intentando averiguar qué pasó con él después, pero hasta ahora no he tenido suerte.

—Gracias, Don, es genial.

—Todavía estoy investigando algunas de las otras cosas que mencionaste. Te llamaré pronto.

Don colgó. Slim miró fijamente su teléfono por un momento, luego se levantó y se apresuró a regresar al B&B para revisar su correo electrónico.

Acababa de llegar a la esquina del B&B cuando escuchó una voz que lo llamaba desde el otro lado de la calle.

—Hola, ah, señor detective.

Se detuvo y se volvió. El hijo de Jessica, Derek, estaba en pie afuera de la tienda. Mientras Slim esperaba, Derek comprobó si había tráfico y luego corrió hacia donde estaba.

—Hola otra vez —dijo Slim—. ¿No deberías estar en la escuela?

Derek puso los ojos en blanco.

—Es sábado.

Slim se rio entre dientes.

—Debería haberme dado cuenta. ¿Te puedo ayudar en algo?

—He encontrado algunas fotos —dijo Derek—. De ese circo del que hablaba. Mamá y papá fueron a verlo. Las encontré en una caja. Había algo más también. Como una cinta.

Metió la mano en su bolsillo y sacó una cinta VHS. Una etiqueta adhesiva descolorida decía «Circo (cita con Jess)» escrito a mano. Slim miró fijamente la fecha escrita debajo con nerviosa incredulidad.

26 de septiembre de 1992.

—Es una cinta de vídeo —dijo Slim—. Hacía tiempo que no veía una. Se ven en un reproductor de vídeo.

—Teníamos uno, pero lo tiraron a la basura hace unos años. Mamá ya no los ve desde que papá se fue.

Slim miró al suelo.

—Lo siento, no tenía ni idea.

Derek se encogió de hombros.

—No pasa nada. Sólo vive en Hagley. Lo veo con bastante frecuencia.

—Aun así, no puede ser fácil.

—No es tan malo. ¿Quiere esto?

—Me encantaría echar un vistazo.

—Fue bastante difícil conseguirlo. Si mamá se entera, me mata.

Slim contuvo una sonrisa.

—Te daré veinte libras.

Derek sonrió y luego suspiró.

—Esperaba que pudiera comprarme una botella de algo. ¿Qué le parece vodka o coñac? Quiero impresionar a Helen, pero hoy en día son muy estrictos con las identificaciones, y la tienda de mamá tiene cámaras.

Antes de unirse a las fuerzas armadas y de que sus experiencias en Irak le arrancaran el alma, Slim había sido un adolescente y había experimentado las mismas tribulaciones que vio en los ojos de Derek. Por un momento estuvo a punto de decir que sí, pero luego sacudió lentamente la cabeza.

—Escucha esto de un hombre que ha arruinado muchas relaciones por la bebida —dijo—. Hay mejores maneras de impresionar a una chica. Cómprale un libro o algo así. —Sonrió—. O una cafetera decente. —Sacó su cartera y tomó tres billetes de veinte—. Esto debería bastar para las dos cosas.

Con los ojos brillantes, Derek tomó el dinero y se lo guardó en el bolsillo.

—Gracias —dijo, apenas capaz de mantener una sonrisa en el rostro. Le entregó la cinta, antes de sacar un sobre de su bolsillo y ponerlo apresuradamente en la mano de Slim.

—Te lo agradezco —dijo Slim, guardando la cinta y el sobre fuera de la vista en el bolsillo de su chaqueta—. Y lo considero un préstamo. Te los devolveré una vez que haya terminado con ellos. —Ante la mirada preocupada de Derek, añadió—: Pero puedes quedarte con el dinero. Y buena suerte con la chica. Parece… interesante.

Derek asintió tímidamente, por lo que Slim se despidió de él y se dirigió al B&B. Cuando llegó a la puerta, miró hacia atrás y vio a Derek en pie donde lo había dejado, mirando a Slim con una expresión de adulación en su rostro. Slim volvió a saludar y luego entró, esperando haber inspirado al chico a ser alguien distinto a él.

26



LAS COPIAS de Don de la tarjeta de embarque y la tarjeta de aterrizaje de Lowery Powell estaban escaneadas, pero, aunque las copias eran de mala calidad, Slim podía decir por lo escrito en el pase de aterrizaje que Lowery lo habría mirado con la misma cansada irritación que Slim había sentido las pocas veces que había volado. Que incluso se conservaran había sido una sorpresa: habría pensado que el espacio de almacenamiento se habría utilizado mejor para otra cosa.

¿Adónde había ido Powell tras aterrizar en Málaga? ¿Había planeado mudarse a otro lugar o todavía estaba allí, trabajando de incógnito en un bar?

Para su pesar, Slim sabía que quizás nunca lo descubriría. Sin embargo, si al menos pudiera averiguar qué había hecho que Powell cerrara el circo tan abruptamente y cruzara toda Europa, podría al menos cerrar una puerta de las muchas de la investigación que aún permanecían abiertas.

Las fotos que Derek le había dado, aunque interesantes, daban poca información sobre lo que había sucedido esa noche. Entusiasmado por saber que Jessica había estado allí en la última función, las fotos eran bastante limpias: varias tomas de una pareja joven que supuso eran Jessica y su novio (probablemente el padre

de Derek) junto con algunas más de números de circo vagos y distantes. Una trapecista estaba demasiado borrosa para distinguirlo; tres payasos eran manchas distantes de color. Un hombre que escupía fuego era una brillante erupción de llamas con una sombra debajo.

Sin embargo, una era sorprendente. La joven pareja (y Slim esbozó una sonrisa nostálgica por lo bonita que una vez había sido Jessica) había logrado una foto con un hombre corpulento y sonriente vestido con todo el atuendo de jefe de pista, que dominaba la foto, reduciendo a Jessica y su novio a meras notas al margen. Tenía ojos de un verde brillante, casi esmeralda, y su mirada era tan intensa que a Slim le resultaba difícil mirar directamente la fotografía. Llevaba un sombrero de copa hecho de lo que parecía fieltro morado y una chaqueta roja sobre una camisa a cuadros azul abotonada con una pajarita negra. Un bigote negro curvado en los extremos remataba una sonrisa fina y cómplice.

Slim lo miró fijamente durante un largo rato. Más que nada, le llamó la atención el aspecto joven de Powell. Incluso con un disfraz que le añadía edad, no podía tener más de treinta años.

Al encontrar la fotografía un poco inquietante, la puso debajo del montón y centró su atención en la cinta VHS. Necesitaría un reproductor de vídeo, y después de una breve comprobación en línea descubrió que podía pedir uno pero que tardaría unos días en llegar, así decidió conducir hasta Hagley y Stourbridge y ver si podía encontrar uno en alguna tienda de segunda mano.

Acababa de girar en Kidderminster Road, en dirección al pequeño centro comercial de Hagley, cuando notó un edificio que hizo sonar una campana en el fondo de su mente.

The Pig and Pen, un pub situado en una esquina, justo detrás de la carretera principal. Eran poco más de las cuatro de la tarde, por lo que probablemente el pub estaría abierto.

Se detuvo en un espacio junto a la acera a poca distancia del pub y salió. Mientras contemplaba el edificio, con el cartel que colgaba de la pared y crujía con la brisa, respiró hondo.

No tenía por qué beber, lo sabía. Pero le resultaba más fácil mantener su sobriedad si se mantenía alejado de la tentación.

Pero a veces la única forma de apreciar la luz es entrar en los lugares más oscuros. Apretando el puño alrededor de las llaves de su auto en señal de resiliencia, Slim caminó hasta la puerta de entrada, respiró hondo otra vez y entró.

El pub era amplio y luminoso, moderno y carecía del tipo de atmósfera que aportaba la historia. Había demasiado espacio entre las mesas junto a la ventana y una barra larga en ángulo recto como para que fuera acogedor, pero lleno de gente habría sido bastante agradable. Tal como estaban las cosas, el bar estaba vacío, la Radio 2 de la BBC sonaba a bajo volumen por un altavoz situado encima de la barra. Slim se sentó en un taburete en la barra y esperó.

—Ahora voy —gritó una voz desde el otro lado de una puerta, y un momento después apareció un hombre corpulento con una caja de patatas fritas. La dejó sobre la barra y miró a Slim, mientras su sonrisa se desvanecía.

Sin sus ropas de clérigo, Gavin Thomas parecía una persona diferente. Podría haber sido diez años más joven, pero al mismo tiempo una mirada sensata a sus ojos, sus tatuajes que no se disimulaban del todo debajo de las mangas de la camisa y sus hombros construidos levantando barriles de cerveza, lo mostraban como un hombre al que no se debe molestar. Mientras los ojos de Gavin reflejaban una abierta hostilidad, Slim se preguntó si había cometido un grave error al entrar.

—Hola de nuevo —dijo, intentando claramente controlar la emoción en su voz—. Pensé que ya se habría ido hace mucho.

—Pido disculpas por lo que pasó en la iglesia —dijo Slim—. Es verdad lo que dije. No debería estar aquí.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

—Soy un hombre con preguntas. Y creo que es posible que usted tenga algunas de las respuestas.

—He oído lo que está preguntando. Nadie por aquí quiere hablar de ese circo. Ya pasó, está en el pasado. Déjelo.

—No quiero dejarlo. Quiero saber lo que pasó. Tengo una amiga que casi se muere esa noche. Se cayó cuando la cuerda del trapecio se rompió, después de haber sido saboteada deliberadamente. Creo que le gustaría saber quién fue el responsable.

El rostro de Gavin se suavizó un poco.

—No sé nada sobre eso. No lo vi. No sé qué pasó.

—Pero estuvo allí esa noche, ¿no?

Las manos de Gavin se habían convertido en puños. Slim vio cicatrices en algunos nudillos y bultos deformes en otros. Eran un mapa de la historia de las peleas a puñetazos, y Slim se preguntó si su propio rostro pronto se uniría a la lista de aquéllos que habían sido golpeados. Había dado y recibido lo suyo a lo largo de los años, pero, aunque podía arreglárselas solo, Gavin Thomas era una propuesta diferente, fuera de su alcance.

—Estuve ahí un rato, sí, pero no estaba cuando la chica se cayó.

—¿Dónde estaba?

Gavin parecía listo para desatar una ráfaga de truenos.

—No tengo que decirle nada.

Slim se inclinó hacia adelante y sintió una repentina oleada de adrenalina.

—Pero sí que quiere, ¿no? Vamos, Gavin. Escúpalo. Le ha estado consumiendo durante años, ¿no? ¿Dónde estaba cuando Maria se cayó?

—Estaba en las colinas de Cloverdale.

—¿Puede demostrarlo?

Gavin negó con la cabeza.

—No. La persona con la que estaba… desapareció.

Slim sintió que un temblor le recorría las entrañas.

—¿Quién?

—Su nombre era Jason. Era uno de los artistas.

De repente, las manos de Slim se sintieron frías y necesitó un trago más que cualquier otra cosa en el mundo.

—¿Que estaban haciendo?

La mirada de Gavin no vaciló, pero tragó saliva y luego suspiró.

—Estaba teniendo unas palabras con él.

27



Para ser justos con Gavin, mientras iba detrás de la barra y se servía una gran copa de coñac, rechazó el intento de Slim de unirse a él, y ahora Slim estaba sentado, con un café frente a él, mirando el vaso de líquido ámbar mientras intentaba concentrarse en las palabras del exdelincuente habitual convertido en un hombre del clero.

—La gente del pueblo los odiábamos. Los veías por el pueblo y parecían tipos raros. Al menos eso es lo que nos decíamos. Escoria gitana, solíamos llamarlos. Yo todavía era un niño cuando apareció ese circo, ya descarrilado, uno de esos tipos duros y enojados que necesitaban un sentido de pertenencia. Necesitaba un lugar donde mandar. ¿Sabe lo que quiero decir?'

Slim asintió lentamente, fijando su mirada en el rostro de Gavin y tratando de olvidarse de la bebida que podía oler, casi saborear.

—Usted… necesitaba ser el líder de la manada —dijo—, pero no lo era.

—Teníamos una banda local —dijo Gavin—. Yo, Sev, Deano, Ballsy, Tone y un par más al margen que salíamos de vez en cuando. No éramos malos chicos, pero desde Hagley hasta Belbroughton éramos los amos. Sev fue a la universidad y, aunque yo era más joven que Ballsy y Tone, era su siguiente líder natural. Sólo entonces empezamos a tener roces con estos tipos del circo.

—¿Estaban en vuestro territorio, por así decirlo?

Gavin esbozó una sonrisa melancólica.

—Suena ridículo, ¿verdad? Pero para un grupo de adolescentes duros, lo era todo. De repente, tienes hombres en mallas deambulando, bocazas con acentos extraños, gente muy alta, gente muy baja, y simplemente no podíamos tolerarlo. Aunque nunca pasamos de un poco de acoso. Les gritábamos insultos desde el coche, ese tipo de cosas. —Suspiró y golpeó el cristal con un dedo —. Y entonces apareció Jason y empezó a cruzar una línea.

—¿Qué línea?

—Era guapo, musculoso, genial, exótico. Y las chicas del pueblo sencillamente caían en sus brazos. Las conquistaba a todas y eso nos producía un enorme resquemor. No era el único que intentaba ligar con las chicas, pero sí el único que era descarado al respecto. Era como un niño en una tienda de dulces, y todos lo sabían. Y luego fue un paso más allá y empezó a tontear con mi novia.

Slim silbó entre dientes.

—Supongo que ésa no fue una buena noticia.

—Elaine Baxter vivía en Hagley, pero trabajaba los fines de semana en el Spar, que fue donde la conoció, supongo. La dejó embarazada. Sé que fue él, porque ella no lo hacía conmigo. Había estado ligando con él a mis espaldas durante varios meses. Se derrumbó esa tarde y me lo contó. Reuní a un par de chicos y fuimos allí para tener unas palabras.

—Y por tener unas palabras, no se refiere a tener unas palabras.

Gavin sacudió la cabeza. Dejó escapar un largo suspiro y apuró lo que quedaba de su coñac. Verlo desaparecer le dio a Slim la esperanza de poder sobrevivir en el pub sin perder la cabeza.

—Deano, que vivía en Meadow Cross Lane y acababa de conseguir su primer coche, así que conducía, Tone, Ballsy y yo cogimos a Jason y lo metimos en el coche. Lo llevamos a las colinas de Cloverdale, por el sendero forestal donde se supone que no deben ir los automóviles. Ya le habíamos maltratado, así que sabía que podía manejarlo y les dije a los chicos que regresaran. Cuando

se fueron, llevé a Jason por el camino. —Gavin cerró los ojos—. Y tuve unas palabras con él.

—¿Y lo dejó allí?

Los dedos de Gavin habían empezado a temblar.

—Todavía respiraba, pero yo… tenía miedo de haber ido demasiado lejos. —Se frotó los ojos—. Yo no tenía… ningún control en aquellos días. Ya sabe que la gente habla de una niebla roja… —Sacudió la cabeza—. Salí corriendo y volví al circo, intentando fingir que nunca me había ido. Deano se había reunido con su novia, no sé qué le dijo, pero cuando llegué había ambulancias allí. Me dio temor de Dios, pero no tenía nada que ver con Jason. Era la chica que se había caído del trapecio.

28



SLIM HABRÍA querido saber más mientras Gavin estaba de tal humor confesional, pero había llegado un grupo de clientes habituales, reclamando la atención de éste. Le había dicho a Slim que pasara por el pub o la iglesia si quería saber algo más, pero dijo que había poco que pudiera agregar. El circo había cerrado esa noche después del furor que generó el accidente del trapecio y nunca volvió a abrir. En un par de días, todos los artistas se habían ido, y en dos semanas todo lo que había quedado había sido demolido o retirado.

Y en lo que respecta a Jason Felton, la policía nunca había llamado a la puerta.

Slim había hecho una última pregunta sobre las otras personas que habían llevado a Jason a las colinas de Cloverdale.

—Ballsy hace tiempo que murió. Un accidente de coche allá por los años noventa. Sólo tenía veintidós años, pero era un maníaco. Nadie se sorprendió. Tone se mudó a Londres hace años. Deano (Kevin Dean) vive en Hagley. Se casó, pero se divorciaron unos años después. Se enderezó años antes que yo. No nos vemos estos días, pero lo último que he sabido es que le estaba yendo bien, trabajando en alguna empresa.

—¿Qué pasó con Elaine Baxter? ¿Su novia?

Gavin miró hacia abajo. Por un momento, sus dedos tamborilearon con más fuerza que nunca.

—Ella no lo logró —dijo en voz baja—. Ninguno de ellos lo logró. Y creo que eso me empujó hacia la espiral por un tiempo. Incluso ahora… rezo por ellos todos los días. — Levantó la vista con lágrimas en los ojos—. Será mejor que me acerque a estos tipos. Ha sido un placer hablar con usted, Slim. Sonrió—. Ha sido… catártico.

Slim salió a la luz del sol del atardecer. Durante un rato se recostó contra la pared del pub, con las manos presionadas contra el frío ladrillo. Le avergonzaba admitir que estaba casi tan abrumado por su capacidad para sobrevivir dentro del pub como por la gravedad de la confesión de Gavin.

El panorama poco a poco se iba aclarando, pero mucho se basaba en confiar en la palabra de las personas que estaban allí. Ahora tenía una idea más clara de lo que le había sucedido a Jason, pero aun así el destino de las dos ancianas se le escapaba. Tal vez realmente no estaban conectadas, una simple cuestión de coincidencia.

Sin embargo, de alguna manera, Slim consideraba que eso era improbable.

Estaba completamente agotado, así que regresó al B&B. El Spar estaba cerrado, por lo que condujo hasta el restaurante nepalí en las afueras de San Esteban y compró algo de comida para llevar, que comió en su habitación. Luego, cuando afuera oscurecía, se acostó en la cama e intentó dormir.

No pudo. Demasiadas ideas daban vueltas en su cabeza. En primer lugar, necesitaba corroborar la historia de Gavin. Necesitaba hablar tanto con Jessica en el Spar como con su exmarido, para ver si habían visto algo esa noche que confirmara la cronología que Gavin había sugerido. ¿Y si Gavin le hubiera contado la historia sólo para encubrir algún otro delito? Aunque Slim quería creer las palabras del exdelincuente acogido a la iglesia (y sus palabras habían sido completamente convincentes), era un método común para un culpable «hablar demasiado», exagerando algún delito

menor para enmascarar su participación. en uno mayor. Aunque era poco probable que Gavin fuera acusado de una pasada agresión a un hombre ya fallecido, si estaba involucrado en la muerte de cualquiera de las mujeres, o incluso en el sabotaje del trapecio de Maria, podría enfrentarse a cargos más graves.

La muerte de Jason también hacía difícil probar si la agresión había tenido lugar alguna vez. Slim planeaba preguntarle a Steve si había alguna cicatriz en la cara de su padre que pudiera haber dado indicios de una agresión anterior, pero sabía bien por experiencia propia que no todas las palizas dejaban cicatrices.



Al final, el sueño debió encontrarlo porque se despertó antes del amanecer, todavía aturdido y medio vestido por la noche anterior, con la cabeza abotargada y casi con resaca por una sucesión de malos sueños. Se levantó, se recompuso con una ducha caliente y un café fuerte, luego se sentó en su escritorio, mirando notas garabateadas en hojas de papel arrugadas, tratando de darle sentido a las cosas.

Para su sorpresa, cuando abrió su ordenador encontró un correo electrónico de una archivera de la estación de noticias de la televisión local. La mujer le agradecía su mensaje, le decía que había logrado encontrar el segmento de las noticias locales que le había solicitado, del cual, si bien por razones de derechos de autor no podía enviarle una copia, podía visitar cuando quisiera una instalación de almacenamiento local para verlo. Con una sonrisa inesperada ante tal golpe de suerte, Slim le devolvió el mensaje solicitando una cita esa misma tarde.

Con un propósito para el día ya establecido, Slim se apresuró a bajar las escaleras para desayunar. Fue entonces cuando Jane Cornick se acercó a su mesa con una caja grande.

—Un mensajero lo ha entregado esta mañana —le dijo, dándole la caja, que era liviana para su tamaño. Tenía una dirección de

remitente de Londres, así que, después del desayuno, Slim la llevó a su coche, se alejó un poco del pueblo hasta una tranquila zona de descanso y luego la abrió en privado.

Alan Coaker, como era de esperar, había disfrazado un dispositivo bastante pequeño con una cantidad excesiva de embalaje, aunque por lo demás no había hecho ningún truco habitual. Había una tarjeta de cumpleaños en la parte inferior, el sobre abierto, con un sencillo mensaje que decía: «No sé cuándo será, pero desconté el coste de tu regalo de tu factura pendiente. No era mucho. Saludos, Alan».

Slim sonrió irónicamente ante el intento de broma de Coaker, pero, para ser justos, el dispositivo era exactamente lo que quería: una grabadora de voz activada por voz humana y adecuada para el exterior. Pensando que no había mejor momento que el presente, sobre todo porque todavía era antes de que la mayoría de la gente estuviera levantada, dio la vuelta con el coche, regresó al pueblo y colocó la grabadora en la posición deseada antes de que su presencia pudiera ser advertida o causar sospechas. Luego se dirigió a Stourbridge.

La única tienda de electrónica del pueblo no tenía reproductores de vídeo a la venta, por lo que Slim se encontró vagando de una tienda de segunda mano a otra, con la esperanza de encontrar lo que buscaba. La mayoría, sin embargo, tal vez intimidadas por la cantidad de basura que invariablemente recibían, no tenían ninguno. Un dependiente le dijo que de vez en cuando donaban artículos de este tipo, pero que ocupaban un valioso espacio en los estantes, por lo que generalmente los llevaban al vertedero local. El hombre, sin embargo, le sugirió que probara en una galería cubierta local que tenía un mercado de baratijas.

Allí, finalmente, entre montones de electrodomésticos viejos revueltos, el anciano dueño de la tienda lo ayudó a encontrar un reproductor de video polvoriento que, según afirmó, estaba en buen estado. El precio era ínfimo, así que Slim le dio al hombre un billete de veinte y le dijo que se quedara con el cambio.

Aunque Slim quería volver a la carretera, el hombre quiso escribir un recibo, por si Slim descubría que la máquina no funcionaba y quisiera devolverla. Mientras esperaba, miró los montones de cachivaches amontonados detrás del mostrador y de repente tuvo una idea.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó, mientras el hombre le pasaba el recibo, que Slim guardó en su bolsillo.

—¿La tienda o yo, muchacho?

—La tienda.

El hombre se rascó la cabeza.

—Unos cuarenta años.

—Había un circo en Meadow Cross —dijo Slim—. ¿Supongo que no tendrá nada relacionado con él? Recuerdos y ese tipo de cosas.

—Eh. Es usted el primero que pregunta sobre ese lugar. Quizás tenga algo atrás. Tengo como regla no tirar nunca nada. Espere un segundo, echaré un vistazo.

Salió arrastrando los pies por una puerta apenas visible entre montones de libros variados, revistas, sillas, mesas, taburetes, tostadoras viejas y un millón de cosas más. Mientras Slim oía al anciano arrastrarse de un lado a otro durante unos minutos, se preguntó si se habría perdido para no volver jamás. Entonces, justo cuando estaba a punto de perder la esperanza, el anciano reapareció con una caja de zapatos gastada en sus brazos.

—No tengo gran cosa, pero he encontrado esto —dijo, dejando la caja sobre el mostrador y quitando la tapa, que hacía mucho tiempo que se había roto casi por la mitad y estaba reparada con un grueso trozo de cinta ahora amarillenta—. No hay mucho aquí. Algunos programas y todo eso. Algunas chucherías. Es todo suyo si lo quiere.

—Muchas gracias —dijo Slim.

Tenía algo de tiempo libre antes de su cita en el archivo de televisión, así que encontró una cafetería, pidió una bebida y se sentó en una mesa de la esquina, donde revisó la caja de recuerdos. En su mayor parte contenía una serie de programas y entradas antiguas fechadas entre 1988 y 1991. Los programas fueron de gran

interés, con una historia detallada del circo, seguida por perfiles de cada artista. Además, había horarios de funciones, tanto actuales como futuras, giras y luego una página de cupones de descuento que se podían recortar.

Los perfiles fueron los que más interesaron a Slim. Cada artista tenía una foto con una breve biografía al lado. Desde El Extraordinario Edgar el tragafuego hasta Calamity el Payaso y sus Torpes Compañeros, muchos sonaban deliciosamente fantásticos. Otros eran más mundanos, desde Frank Leworski, el equilibrista, hasta Gordon Smith, el contorsionista.

Una cosa que Slim advirtió fue la alta rotación de personal. Del primer programa de la primavera de 1989, sólo quedaban tres artistas en el más reciente, del verano de 1991. Ni Jason ni Maria aparecían, ya que ambos se unieron al personal en una etapa tardía de la existencia del circo, y la única otra constante era el rostro de la portada interior, el de Lowery Powell, sonriente y con sombrero de copa. A diferencia de los demás artistas, que mostraban fotografías actualizadas en cada edición, la fotografía de Powell era la misma, excepto en una edición en la que había sido parcialmente oscurecida por una firma extravagante y un mensaje con letra suelta que Slim tardó unos minutos en descifrar y que decía: «Querido Matthew, espero que disfrutes del espectáculo».

Quizás Slim nunca supiera quién era Matthew, pero mientras miraba el mensaje de Lowery Powell, pensó en algo que debía comprobar si encontraba tiempo.

Pero ya era hora de irse, así que Slim guardó la caja, terminó su café y se dirigió a su coche.

Sólo había diez minutos en coche cruzando el pueblo hasta el archivo de la emisora de televisión. Era mucho más pequeño de lo que Slim esperaba. La imagen que tenía en la cabeza era la de un gran almacén gris en un polígono industrial, pero en lugar de eso se encontró frente a un edificio de tres plantas en medio de una hilera de casas adosadas.

Pulsó un timbre y le permitieron entrar en una estrecha sala de recepción. Apareció una mujer de cabello gris, escuchó su explicación y luego asintió.

—El señor Hardy, ¿no? Fui yo quien le envió el correo electrónico. Soy Carla Stapleton. Venga por aquí, por favor.

Lo condujo por un estrecho pasillo hasta una pequeña habitación donde un televisor de pantalla plana montado en la pared estaba conectado a varias antiguas grabadoras de vídeo situadas en la mesa de enfrente. Carla acompañó a Slim a un asiento y luego sacó una cinta de vídeo de una bolsa.

—Estamos en proceso de transferir todo a un archivo digital, pero sólo trabajamos en ello un par de becarios y yo, así que está llevando tiempo. Aún no hemos transferido esta cinta, así que, si no le importa, no puedo dejar que la toque. Ni ésta ni nuestros reproductores están en buenas condiciones. —Ella se rio entre dientes—. Tecnología antigua.

—Está bien —dijo Slim.

—¿Quería ver una sección especial de noticias sobre el Southern Cross Circus, que se emitió el 21 de junio de 1992?

—Así es —dijo Slim.

—Pondré la cinta en el sitio correcto —dijo Carla y deslizó la cinta en la máquina.

Slim miró fascinado mientras la pantalla se llenaba con una imagen granulada de la carpa de un circo verde y rojo. Mientras la cámara tomaba una panorámica, vio una fila de puestos, un castillo inflable e incluso una pequeña noria.

—Southern Cross Circus —sonó una voz en off—. ¿Un amuleto de la suerte local o una maldición?

La vista cambió a un hombre alto con sombrero de copa. Sostenía un bastón bajo un brazo y con los dedos del otro hacía girar dos pelotas de tenis.

—Lowery Powell, propietario y jefe de pista, cree que es lo primero.

La toma cambió a un primer plano de Powell.

—Somos una compañía pequeña —dijo con una humildad que a Slim le sorprendió—. Nuestra carpa sólo tiene capacidad para doscientas personas. Me gusta pensar en nosotros como una experiencia introductoria al circo, tanto para los entendidos como para los artistas. Para muchos niños es su primera experiencia en el circo. Y para muchos artistas, es un lugar para aprender su oficio antes de pasar a cosas más grandes y mejores.

La cámara mostraba después una fila de personas esperando encontrarse con un grupo de artistas que parecían estar firmando autógrafos. Se acercó a un hombre y una mujer jóvenes, ambos vestidos con maillots de lentejuelas. Cuando se volvieron hacia la cámara, Slim se dio cuenta con un sobresalto de que estaba viendo a Jason y Maria. Jason era igual que Dan Dare, con mandíbula y músculos prominentes, mientras que Maria tenía la frialdad y confianza de Grace Kelly mientras miraba fijamente a la cámara. Slim hizo una mueca al recordar a Maria y las fotografías posteriores de Jason. El tiempo puede ser cruel.

Las personas reunidas parecían ser seguidores y los vitorearon cuando la cámara los recorrió. Uno sostenía una fotografía firmada.

—¿Es verdad que os pagan menos del salario mínimo? —dijo de repente la voz en off, rompiendo el aura de tranquilidad cuando Jason y Maria se miraron, con sus sonrisas reemplazadas por la sorpresa—. ¿Y sois conscientes de que se están incumpliendo múltiples normas de higiene y seguridad?

—Nos pagan bien —dijo Jason, mientras Maria se aferraba a él como la heroína de una película de los años 50 que parecía—. Y todo nuestro equipo es bastante seguro.

La escena pasó a un grupo de lugareños severos de pie en lo que Slim reconoció como Meadow Cross Lane.

—No tienen un estacionamiento adecuado —dijo un hombre, mientras un automóvil que pasaba silbando casi oscurecía su voz—. Atascan esto los viernes. Los vehículos agrícolas no pueden pasar.

—Me ha desaparecido ropa colgada —dijo una mujer—. Seguro que han sido esos malditos git…

La cámara volvió a cortar, esta vez al interior de una tienda. Slim no pudo evitar sonreír ante la mala calidad de la edición del vídeo mientras la imagen se torcía y enderezaba. Se acercó a un cartel en la puerta abierta:

NO AL PERSONAL Y ARTISTAS DEL CIRCO

—No puedo hacer otra cosa —decía una anciana—. Me roban hasta la pintura de los estantes.

La toma volvió a Lowery Powell, en una continuación de su entrevista anterior.

—Por supuesto, algunas personas desconfían de nosotros. Un circo conlleva ese aire de misterio, ¿no? Pero el prejuicio puede tener manos y piernas además de voz. Mis artistas tienen formación clásica y estudios universitarios. Nos han acusado de vandalismo, de robo. ¿Quién os asegura que no es un grupo de lugareños que intenta arruinarnos?

La toma pasó a uno de un grupo de artistas calentando dentro de la gran carpa, y una voz en off entonó:

— Lo ames o lo odies, una cosa que puedes decir sobre el Southern Cross Circus es que la opinión sobre él puede ser tan espectacular como algunos de sus números.

La grabación pasó a un anuncio y Carla se inclinó hacia adelante para apagar la cinta.

—¿Le gustaría verlo otra vez? —preguntó.

Slim hizo que Carla reprodujera la cinta dos veces más antes de empezar a sentir que se estaba quedando más tiempo del apropiado, pero nada significativo le llamó la atención. Slim dio las gracias a Carla y se fue. Sentado en su coche, tamborileando con los dedos en el volante, trató de darle sentido al efecto que la cinta había tenido en él. Ver a Lowery Powell, Jason y Maria en la pantalla hacía que todo pareciera más real.

Todavía estaba mirando al frente, fuera del estacionamiento, donde había empezado a llover, cuando su teléfono vibró en su bolsillo. Lo sacó y lo colocó contra su oreja sin mirar el identificador de llamadas, esperando escuchar la voz de Don informándole de otra

actualización. En cambio, el otro extremo de la línea sonaba borroso, como si la persona que llamaba estuviera usando un viejo teléfono público.

—¿Señor Hardy? —dijo una voz tranquila que Slim no reconoció —. ¿Puedo hablar con usted? Lamento no haberle llamado antes, pero estaba… asustada.

—Disculpe, pero ¿quién es usted?

Hubo una larga pausa. Entonces, justo cuando Slim esperaba que la llamada se cortara, la voz tranquila dijo:

—Soy Vanessa.

29



SLIM CONDUJO DIRECTAMENTE A BIRMINGHAM. Vanessa no quería encontrarse con él en público, así que Slim la recogió al final de una calle acordada y recorrieron la ciudad, con Slim eligiendo su ruta al azar mientras Vanessa se sentaba a su lado, encorvada en el asiento del pasajero como si tuviera miedo de ser reconocida.

Durante un largo rato no dijo nada, sólo miraba fijamente por la ventanilla del lado del pasajero, con la capucha de su chándal subida hasta el nacimiento del cabello. La estudiaba cuando podía, en los cruces, cuando ella levantaba la cabeza al pasar por algún monumento. Su rostro mostraba las cicatrices de una vida dura, pero bajo la fachada exterior podía ver que ella era más joven que él, envejecida por un cabello que encanecía prematuramente. Olía a humo y encendió dos veces un cigarrillo, bajando cortésmente un poco la ventanilla. Estaba demacrada y desnutrida. Slim no podía decir si bebía o consumía drogas, pero le gustaba pensar que mantener un trabajo significaba no hacerlo. Y no había ningún anillo en sus dedos, pero sí una cicatriz rojiza donde había estado uno. A Slim no le gustaba pensar con qué fuerza lo habrían arrancado para romper la piel.

—Llevo casi seis meses sin beber —dijo al fin, cuando ya no pudo soportar más el silencio—. El miedo a empezar de nuevo me

persigue todos los días. ¿Qué le persigue a usted?

—Las pesadillas —dijo Vanessa tranquilamente.

—Trabajaba en Oak House, ¿verdad?

En lugar de responder, Vanessa se puso a llorar. Buscó otro cigarrillo en su bolso, pero lo dejó caer al suelo. Mientras luchaba por alcanzarlo, su bolso se abrió, esparciendo su contenido sobre el regazo de Slim. Mientras Vanessa maldecía y trataba de recuperarlo, Slim vio varios frascos de pastillas, un tubo de corrector y chicle. Mientras Vanessa, jadeando, se incorporaba, Slim sonrió.

—Está bien. A veces yo tampoco puedo dormir. Y también me duele la cabeza. Esos no son de farmacia, ¿verdad? Debería ver a un doctor. Podría recetarle algo más fuerte. Puedo ir con usted si quiere.

—Ni siquiera me conoce.

—No, pero conozco a mucha gente como usted. Háble me de Oak House.

Vanessa resopló. Slim sacó un pañuelo de papel de una caja arrugada que estaba guardada en el bolsillo lateral de su puerta y se lo entregó. Ella se secó la nariz, luego lo arrugó y lo metió en el bolsillo delantero de su sudadera.

—Empecé allí como experiencia laboral ese verano —dijo—. Sólo tenía quince años. Hacía camas y charlé con ancianas durante dos semanas. Luego, a principios de septiembre recibí una llamada telefónica de David Bellingham, el propietario. Alguien se había despedido y les faltaba personal. Me ofreció dinero en efectivo para quedarme un par de noches a la semana, normalmente viernes y sábado.

—¿Todavía estaba en la escuela?

—Sí, pero me ofreció tres cincuenta la hora. —Vanessa soltó una risita triste—. Era una fortuna en aquellos días.

—¿Sólo por las noches?

—Empezaba a las siete, hacía tareas generales hasta las diez aproximadamente, luego básicamente miraba televisión o dormitaba en una silla. Si alguno de los residentes necesitaba algo, tiraba de un

cordón junto a su cama que hacía sonar un timbre. Cada dos horas tenía que hacer una ronda por los pasillos, así que ponía el despertador, me levantaba, daba el paseo y luego me volvía a dormir.

—¿Estaba sola?

Vanesa asintió.

—David tenía una habitación abajo donde dormía. Se suponía que debía llamarlo si había algún problema.

—¿Y lo hubo?

Vanessa empezó a llorar de nuevo. Slim tomó otro pañuelo de papel, luego lo pensó mejor, sacó toda la caja y se la entregó.

—Sólo esa noche, pero no me di cuenta en ese momento.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Qué vio?

—Un hombre —dijo Vanessa en voz baja—. Un hombre saliendo de una de las habitaciones de los residentes. Él… él… —Le temblaba tanto la voz que apenas podía hablar—. Él… no se suponía que estuviera allí.

Slim metió el coche en el aparcamiento de un supermercado y se detuvo junto a la acera. Mientras Vanessa sollozaba en el asiento del pasajero, sacó de su bolso una carpeta con varias fotografías.

—¿Lo reconoció? —preguntó.

—No…

—Si lo volviera a ver, ¿lo reconocería? ¿Era este hombre? —Mostró una fotografía de Lowery Powell.

—No…

Sacó una foto de Jason, luego una vieja foto de Gavin Thomas de su época de delincuente.

—¿O cualquiera de éstos?

—No lo sé.

—¿Podría describirlo?

Vanessa, que ahora lloraba abiertamente, asintió.

—Sí —dijo—. Desde entonces he visto esa cara todas las noches. Está ahí cada vez que cierro los ojos.

—¿Quién era?

—No lo sé —dijo Vanessa de nuevo—. El hombre… el hombre… llevaba una máscara de payaso.

30



COULROFOBIA. El miedo irracional a los payasos. Supuestamente, la décima fobia más común en el Reino Unido. Slim tuvo que admitir que no le gustaban esas cosas, pero al escuchar las palabras de Vanessa, ni siquiera podía empezar a comprender qué trauma podría haberla causado.

—¿Le vio? —preguntó Slim, después de convencer a Vanessa de que le dejara invitarle a un café en un McDonalds antes de aparcar en un espacio en una calle que bordea un parque.

—Estaba subiendo las escaleras de servicio en la parte de atrás. Tenía un montón de toallas recién dobladas para colocar en el armario ventilado del segundo piso. Él… él salió de la habitación de la residente de espaldas, como para cerrar la puerta silenciosamente. Me escondí tras una puerta cuando él se dio la vuelta y miró hacia el pasillo, justo hacia mí. Sólo puedo suponer que no podía ver muy bien con la máscara, porque se dio la vuelta y se alejó.

—¿De qué habitación salió?

Vanessa respiró hondo y dijo con voz ronca:

—De la de Carrie Thompson.

—¿Está segura?

—Sí. Tenían etiquetas con nombres en un pequeño soporte de plástico en las puertas, aunque un par se habían caído y necesitaban ser repuestas.

—¿Por dónde se fue?

—Por las escaleras, al último piso. Iba haciendo una especie de gruñido, como si estuviera enojado por algo. Lo oí subir y luego oí el chirrido de una puerta. Había una puerta en lo alto de las escaleras que tenía una bisagra que necesitaba ser engrasada. Había un residente en esa habitación llamado señor Porter, pero sé que su etiqueta se había caído porque la había recogido yo misma. Oí la puerta cerrarse de nuevo unos segundos después, y luego nada más.

—¿Qué hizo usted?

Las manos de Vanessa temblaban tanto que estaba derramando el café. Slim se lo quitó y lo colocó en un portavasos en el salpicadero.

—¿Vanessa?

—La puerta del almacén estaba abierta. Estaba lleno de artículos de aseo y ese tipo de cosas. No había mucho espacio, pero me senté en el suelo y cerré la puerta lo más que pude. Y me quedé allí hasta que él se fue. No podía moverme. Estaba total y absolutamente paralizada.

—¿Cómo supo que se había ido?

—Porque volvió a bajar unos minutos más tarde. Pasó por delante de la puerta. Pero… no pasó simplemente de largo. La puerta estaba entreabierta. Solo un poco. Una pulgada. Y se detuvo, justo afuera. Y simplemente se quedó allí. Y… y hasta el día de hoy no sé si él sabía que yo estaba allí o no, pero yo… yo…

Vanessa empezó a llorar de nuevo. Slim le tendió una mano vacilante y ella la aceptó.

—No fue culpa suya —dijo Slim—. No hizo nada mal.

Vanessa comenzó a agitarse y Slim se dio cuenta de que se estaba alejando de él. La soltó mientras Vanessa se reclinaba y abría la puerta del auto.

—No lo entiende —dijo—. Nadie lo entiende. Me estaba buscando. ¡Lo sé!

Ya debía haberse desabrochado el cinturón, porque saltó del coche y salió corriendo por el parque antes de que Slim pudiera controlar la situación. Intentó seguirla, pero su cinturón le entorpeció y perdió unos preciosos segundos intentando salir del coche. Para cuando cruzó la acera y entró en el parque, Vanessa había llegado al otro lado. La vio cruzar la calle corriendo hacia otra calle lateral y supo que nunca la alcanzaría.

Había muchas más preguntas que tenía que hacer, pero había perdido una oportunidad. Puede que no fuera fácil lograr que ella volviera a hablar, aunque planeaba intentarlo unos días después de darle algo de tiempo para calmarse.

Volvió al coche y se quedó sentado un buen rato mirando por el parabrisas hasta que la lluvia, que había estado cayendo toda la tarde, empezó a arreciar, hasta que finalmente no pudo ver nada en absoluto.

31



MUCHAS PREGUNTAS. De hecho, tantas que hizo una lista. La máscara de payaso era un cliché tan grande que le habría hecho sonreír, si no fuera porque su portador probablemente había matado a dos ancianas. Sin embargo, incluso con ese disfraz, habría muchas más marcas de identificación posibles, si tan solo Slim pudiera refrescar la memoria de Vanessa. ¿Qué altura tenía el hombre? ¿Qué constitución? ¿Se había mantenido erguido o caminaba encorvado? ¿Sus pisadas eran pesadas o ligeras? ¿Cojeaba? ¿Qué más vestía? ¿Zapatos? ¿Guantes? Y cuando estuvo fuera del almacén donde Vanessa se había acurrucado en el interior, ¿había ella notado algún tipo de olor? ¿Un *aftershave* característico, o incluso un olor a «trabajo», que podría haber identificado su profesión?

Slim se culpó a sí mismo por dejar que la emoción de la situación se apoderara de él. Si hubiera mantenido su sangre fría y se hubiera apegado a las técnicas en las que había sido entrenado, podría haber descubierto algo que podría haber identificado al asesino. La máscara de payaso por sí sola no valía nada; podía haber venido de cualquier parte y haber sido una sencilla artimaña para dirigir la atención hacia el circo.

Condujo de regreso hacia Meadow Cross. El tráfico era denso debido a la hora punta y a la lluvia, así que a mitad del camino se

detuvo en el aparcamiento de un centro de ocio, detenido junto a un seto, reclinó el asiento y cerró los ojos, repasando mentalmente lo que sabía.

El hombre salió de la habitación de Carrie y subió las escaleras. Se quedó allí arriba durante unos minutos, tiempo durante el cual Vanessa lo escuchó abrir y cerrar la puerta de una habitación que pertenecía a un residente llamado Porter.

Unos minutos de silencio después, había regresado, deteniéndose un momento junto a la puerta del almacén antes de continuar bajando hasta la planta baja.

Vanessa, comprensiblemente, había creído que él se había centrado en ella, pero si el almacén que ella había mencionado era el que recordaba haber visto en su recorrido por Oak House, era obvio lo que había sucedido.

El hombre probablemente había oído o sospechado movimiento abajo y estaba esperando a que se despejara la costa. Si hubiera sabido que Vanessa estaba escondida dentro del almacén, la incertidumbre de su reacción casi seguramente habría desencadenado una acción diferente de su parte, dependiendo de la insensibilidad del individuo. Un asesino ocasional probablemente habría entrado en pánico y habría huido, mientras que uno más metódico podría haber convertido a Vanessa en una tercera víctima. Puede que Vanessa todavía estuviera viviendo un trauma prolongado, pero Slim no tenía dudas de lo afortunada que había sido.

En cuanto a la razón por la que el hombre con la máscara de payaso había subido las escaleras después de salir de la habitación de Carrie, era aún más obvia.

Slim sabía que era hora de hacer otra visita a David Bellingham, esta vez con un poco más de presión que antes.

Había llegado hasta Hagley cuando sonó su teléfono. Se detuvo a un lado de la carretera, luego lo recogió y respondió.

—Slim, soy Don.

—Don, me alegro de oírte.

—Espero que todo vaya bien, Slim. Te conseguí la dirección de la familia de Jason en Bath. ¿Quieres que te la envíe por correo electrónico o tienes un bolígrafo a mano?

Slim abrió la guantera y encendió la luz interior.

—Tengo uno —dijo.

—Muy bien… —Don leyó la dirección y luego volvió a leerla para asegurarse de que Slim lo tuviera todo—. También tengo un par de números de teléfono, uno para el teléfono de casa y otro para el móvil del padre.

Slim anotó ambos, luego le dio las gracias a Don y colgó. Quedándose parado, llamó a Steve para pasarle la información.

—Gracias —le dijo Steve—. Me pondré en contacto con ellos.

—Yo lo haría con cuidado —dijo Slim—. No sabe qué consecuencias podría tener. ¿Tal vez debería llamarlos antes?

—Tendré cuidado —dijo Steve—. De verdad, le agradezco su ayuda.

—Espero que vaya bien —dijo Slim—. Por cierto, ya que estamos hablando, ¿puedo hacerle un par de preguntas?

—Claro.

—¿Su padre tenía cicatrices visibles? ¿En su cara o algo así?

Steve soltó una risita seca.

—Menos que las que nos dejó a mamá o a mí cuando se fue —dijo—. Aunque no gran cosa. Tenía una pequeña cicatriz encima de un ojo, pero eso era todo. Y nunca vi ninguna en su cuerpo. Se había roto un brazo en algún momento porque tenía una cicatriz en el codo, pero creo que se lo había hecho cuando era niño porque era un tipo de incisión larga. Hoy en día apenas rasgan la piel, ¿verdad?

Slim no sabía mucho sobre procedimientos médicos, por lo que murmuró un asentimiento a medias.

—Entonces, ¿nada que realmente destacara?

En su frustración, Slim se dio cuenta de que estaba buscando chatarra. Si Steve hubiera recibido la educación que afirmaba, probablemente nunca habría tenido largas conversaciones con su padre.

—¿Recuerda algo que le hubiera contado de cuando llegó por primera vez a Estados Unidos?

Hubo una pausa. Luego Steve dijo:

—Poco más. Como le digo, no teníamos una buena relación. Hubo una cosa que dijo una vez que se me quedó grabada. No estoy seguro de por qué. Ni siquiera me hablaba a mí, sino a mi madre, y estaban discutiendo por algo. Ella se quejaba de dinero, impuestos o algo así. No recuerdo exactamente qué, porque estaba en mi habitación, tratando de no oír. Pero dijo algo que me sonó casi jactancioso. Le dijo que había llegado con dinero y que moriría con dinero.

32



Slim tenía miedo de interpretar demasiado lo que era un comentario desechable recordado como un rumor, pero si había algo de verdad en las palabras de Jason, de que había llegado a Estados Unidos con dinero, eso despertaba sus sospechas. ¿De dónde había sacado un artista de circo mal pagado (posiblemente no pagado), al que probablemente habían dado por muerto, la cantidad de dinero de la que valía la pena alardear ante su esposa?

Era otra pregunta más que añadir a una lista cada vez mayor.

Finalmente, al regresar a Meadow Cross, Slim le pidió a Jane que le preparara un bocadillo y luego se lo comió arriba en su habitación. Su cuerpo, que sobrevivía gracias a la cafeína y la adrenalina, estaba cansado como el de un perro, pero su mente estaba llena de posibilidades y sabía que no iba a poder dormir aunque lo intentara. Sabía que tenía que ser rápido, decidido y, si era necesario, agresivo.

Eran casi las nueve y las últimas luces del cielo se desvanecían cuando salió a pie. En los viejos tiempos, podría haber necesitado un trago para calmar sus nervios, pero ahora caminaba con el tipo de nerviosismo frío de un hombre que camina sobre la cuerda floja, alguien confiado en su capacidad, pero consciente de que dentro de los riesgos de su profesión siempre existía ese elemento de

catástrofe potencial. En unos minutos sabría si la había logrado cruzar o se había estrellado contra el suelo.

El camino que llevaba a Oak House estaba iluminado por escasas farolas. Una guirnalda de luces multicolores envuelto alrededor de un árbol al lado del estacionamiento quizás estaba pensado para proporcionar un elemento de alegría. Slim se mantuvo en las sombras todo el tiempo que pudo y sólo salió a la luz cuando no tuvo otra opción.

No había esperado puertas selladas electrónicamente, pero mientras subía las escaleras hacia la entrada principal, se dio cuenta de que había cometido otro error de cálculo. Por supuesto que las tenían. Después de todo, dos mujeres habían sido asesinadas por un intruso que pudo entrar sin problemas.

En cambio, para su frustración, se paró en el escalón y tocó el timbre. Esperó unos nerviosos segundos, casi esperando oír sirenas en la distancia. Entonces sonó un zumbido electrónico y una voz de mujer dijo:

—¿Sí? Me temo que han pasado las horas de visita.

—Mi nombre es John Hardy. Estaba de paso y esperaba tener unas pocas palabras con el señor Bellingham, si se me permite. Se trata de mi… tía.

—Está bien, espere un momento —fue la incómoda respuesta—. Veré si todavía está despierto.

Cuando la voz se cortó, Slim tamborileó con los dedos en el panel de vidrio de la puerta y golpeó el escalón con el pie. Tenía que irse, salir de allí. Estaba presionando demasiado, tratando de hacer avanzar la investigación más rápido de lo necesario. Casi podía imaginarse su estómago lleno de alcohol, diciéndole que hiciera algo irracional, como tomar una piedra y arrojarla contra la puerta…

—¿Señor Hardy? El señor Bellingham lo verá en su despacho. — La alarma de seguridad de la puerta hizo un clic y la puerta se abrió.

Slim entró, su corazón latía de forma antinatural mientras caminaba por el pasillo. Sus manos temblaban por la necesidad de

algo que calmara sus nervios, y el picaporte de la puerta chirrió cuando lo giró.

David Bellingham estaba sentado detrás de su mesa y, cuando Slim entró, levantó un teléfono.

—Le doy un minuto para que me diga por qué está aquí —dijo—. Y luego llamaré a la policía.

Slim se sentó. Podría haberse apoderado del teléfono, pero ¿para qué? Se reclinó en la silla, esperando que los latidos de su corazón disminuyeran.

—Sé quién es usted —dijo Bellingham—. Una de las enfermeras de guardia el día de su visita le reconoció.

—¿De la televisión?

Bellingham soltó una risa burlona.

—No, del restaurante que hay junto a la iglesia. Estaba allí con su novio una noche que usted estuvo allí. No pensé usted que fuera de por aquí y un par de llamadas telefónicas lo confirmaron. Me sorprendió saber que usted se considera un detective privado.

Considera. Era un insulto, pero Slim lo dejó pasar.

—Dos mujeres fueron asesinadas en Oak House la noche de la última función del Southern Cross Circus —dijo—. Entonces dirigía el lugar y lo sabía. ¿Cómo podía no saberlo? Una de ellas era su propia madre.

David bajó la mirada.

—¿De eso se trata? ¿Está sacando a relucir algún viejo chisme de hace treinta años? ¿No tiene nada mejor que hacer con su tiempo?

—Yo mismo me lo he preguntado. Empecé buscando a una persona desaparecida y luego la encontré. Pero en lugar de cerrar todas las puertas, sólo abrió más. A veces pienso que es una maldición… pero necesito saberlo.

—Es sólo un rumor molesto —dijo Bellingham—. Murieron por causas naturales. El momento fue sólo una cruel coincidencia…

—Su propia madre era una de ellas —interrumpió Slim—. ¿Eso no le preocupa? ¿Por qué encubre algo así? —Se inclinó hacia delante —. Puedo decirle por qué, y es muy sencillo.

—Por favor, deje de hacerme perder el tiempo.

—Éste era el negocio de su madre, ¿verdad? Y sabe que ella nunca hubiera querido que le pasara nada. Sabía que, si se descubría algo de verdad en los rumores, su negocio se arruinaría.

—No sé de qué me habla…

—Sí que lo sabe. Tengo una fuente…

Bellingham comenzó a reír, golpeando la mesa con una mano.

—La encontró, ¿no? Y después de todos estos años, ella habló. Realmente no cree en esa tontería, ¿verdad?

Slim había repasado mentalmente lo que podría haber sucedido después de lo que Vanessa había visto y decidió arriesgarse.

—Lo que le pagó por su silencio podría haberla mantenido callada por un tiempo —dijo—. Pero no se puede pagar el resto de la vida de alguien.

David Bellingham golpeó la mesa.

—La chica estaba histérica. ¿Que se suponía que debía hacer?

Slim se inclinó hacia adelante.

—Puedo ayudarle, David —dijo—. Puedo llevar al asesino de su madre ante la justicia.

David negó con la cabeza.

—No puede probar nada —dijo—. Ha pasado demasiado tiempo y el resultado final sería el mismo. Mi negocio arruinado. Todo lo que mi familia construyó. ¿Quién enviaría a sus seres queridos a vivir en pasillos que alguna vez vieron pasar a un asesino?

—¿Pero no quiere saber?

David se inclinó hacia adelante, con ambas manos apretadas en puños.

—Ya lo sé. Ya lo sé. ¿Quién más pudo haber sido? Fue mi hermano, Robert.

33



SLIM REPASÓ las palabras de David Bellingham mientras caminaba de regreso al B&B en la oscuridad. Otra pieza del rompecabezas aparentemente se había colocado en su lugar, pero tenía un aspecto incierto, tal vez un pedazo de cielo que estaba demasiado apretado para creerlo correcto.

Según David Bellingham, su hermano Robert había utilizado la conmoción en el circo como tapadera, colándose por la puerta trasera con una llave de repuesto. Margaret Bellingham todavía tenía movilidad en ese momento, incluso padeciendo demencia. Después de una visita al baño, regresó a la habitación equivocada, se acostó en la cama de Carrie Thompson y se quedó dormida. Más tarde, por lo que parecía, Carrie, en silla de ruedas y apenas consciente, y que, como de costumbre, había estado en la sala de televisión de abajo, simplemente fue acostada en la cama de Margaret a cambio, pensando en corregir el error a la mañana siguiente. Luego, Robert, que había ido a la habitación de Margaret y había encontrado a otra persona durmiendo allí, fue a buscar a su madre y finalmente la descubrió en la habitación de Carrie, abajo.

Fue una posibilidad muy cruel, pero plausible. La única interacción de Slim con Robert Bellingham no le había dejado nada impresionado y, si lo que había oído era cierto, un resentimiento

largamente guardado hacia su madre y su hermano podría haberse convertido en algo asesino. Era muy posible que hubiera utilizado la tapadera de un accidente en el circo para colarse en Oak House y vengarse de su madre.

Sólo que Slim no estaba tan seguro. La serie de acontecimientos que Vanessa había descrito parecían contradecir lo que afirmaba David.

En el relato de Vanessa, el asesino enmascarado de payaso había visitado primero la habitación de Carrie.

Uno de ellos tenía que estar equivocado.

¿Pero cuál?

David, mayor y más racional, había dado forma a una serie de acontecimientos terribles de una forma que podía entender, reaccionar y resolver según fuera necesario. La gente muere en residencias de ancianos. Según David, Margaret había padecido demencia grave y Carrie estaba en silla de ruedas y necesitaba atención las 24 horas. El hecho de que ambas hubieran muerto con pocos minutos de diferencia se había vuelto menos sospechoso debido a una separación creada por el afortunado paso de la medianoche, algo que podría haber sido influenciado por unas pocas palabras de la confiable y venerada opinión de David.

Estaba protegiendo el legado de su madre y su negocio, sin mencionar el apellido. Y en sus propias palabras dirigidas a Slim: «Pudrirse en prisión puede ser lo que él merece, pero ¿es lo que merece mi madre? ¿O yo? No es sólo la persona que comete el crimen la que sufre».

Slim sólo podía estar de acuerdo. A pesar de que David le suplicó que se alejara y dejara las cosas como estaban, lo mejor que Slim pudo ofrecer fue la promesa de guardarse para sí mismo lo que sabía.

Era casi medianoche cuando regresó al B&B. Jane no estaba contenta de tener que bajar y abrirle la puerta, y esta vez pudo hacer una promesa de buena fe de que intentaría regresar a las once en el futuro.

Después de prepararse un café fuerte en su habitación, se dejó caer en una silla y miró a través de las cortinas abiertas las lejanas colinas de Cloverdale, recortadas contra la noche iluminada por la luna, con la cabeza llena de ideas.

Todo era un gran enredo. Nada parecía tener sentido, a pesar de que a diario descubría nuevas pistas. ¿Seguro que acabaría encontrando esa escurridiza pista?

Abrió su ordenador para revisar sus correos electrónicos. No había mensajes nuevos excepto un par de mensajes comerciales, así que repasó lo que Don le había enviado. Imágenes de Jason. Tarjeta de embarque y tarjeta de aterrizaje de Lowery Powell. Se quedó mirando la letra garabateada, preguntándose adónde habría ido el hombre después de aterrizar en Málaga, y luego frunció el ceño.

Apenas capaz de apartar la vista de la pantalla, cogió su bolso y la colección de recuerdos del circo que había conseguido. Cerró las manos sobre el programa y pasó a la página con la firma de Lowery Powell.

No era un experto, pero incluso a sus ojos las dos firmas parecían diferentes. El corazón de Slim latió con fuerza. No era un experto, pero conocía a alguien que sí lo era.

Era casi la una de la madrugada. Era muy probable que Kay Skelton, un amigo que trabajaba como lingüista forense, estuviera durmiendo. Pero por si no era así, Slim hizo la llamada, presionando el viejo Nokia contra su oreja, casi deseando que Kay respondiera.

34



Llegó tarde por la mañana, pero como no tenía otros clientes, Jane le había reservado un par de rebanadas de pan tostado frío y un plato de copos de maíz.

—Y no se preocupe, señor Hardy, le guardé los posos de la cafetera de ayer. Los pondré en el microondas. ¿Cómo de calientes le gustan?

—Lo suficientemente calientes como para quemarse.

Jane sonrió.

—Vengo ahora mismo.

Cuando regresó un par de minutos más tarde, preguntó si Slim ya había hablado con Vanessa.

—Lo he hecho —dijo, sin estar seguro de cuántos detalles dar—. Era toda una historia.

—¿La cree?

Él se encogió de hombros.

—No estoy seguro.

—Esa pobre chica nunca volvió a ser la misma después de trabajar allí. Quizá pueda ayudarla… ya sabe, si descubre la verdad.

—No sé. Todo pasó hace mucho tiempo.

—Bueno, le deseo suerte. Me imagino que fue agradable para ella hablar con alguien sobre eso.

Slim recordó a Vanessa corriendo por el parque. Había intentado llamarla dos veces desde entonces y no había obtenido respuesta.

—Tal vez —dijo.

Después del desayuno, volvió a subir a su habitación y sacó el reproductor de vídeo que había comprado en la tienda de baratijas. Sin embargo, cuando lo encendió, se dio cuenta de que faltaba un cable que necesitaba para conectarlo al televisor. Podría pedir uno en línea, pero le llevaría unos cuantos días. Frustrado, llevó al reproductor escaleras abajo y lo cargó en su coche. Antes de dirigirse a Stourbridge, pasó por el Spar con la esperanza de hablar con Jessica o Derek, pero en su lugar había una anciana trabajando sola detrás del mostrador.

Slim estaba de pie junto a la máquina de café, esperando a que se lo preparara, cuando se abrió la puerta y entró un repartidor con uniforme verde. Se acercó al mostrador, dejó un paquete grande y dijo:

—¿Jessica Dean? ¿Puede firmar aquí?

La anciana se rio entre dientes.

—Hoy no está. Creo que es por su entrega mensual de comida para gatos, así que no le importará si firmo.

El repartidor sonrió.

—Sólo hace falta un garabato —dijo.

—Claro.

Después de que el hombre se hubiera ido, la anciana dejó el paquete detrás del mostrador y luego miró a Slim.

—No se lo diga a nadie, por favor.

Slim sonrió.

—Ni una palabra.

Salió y sólo se dio cuenta de lo que había oído cuando regresó a su coche.

Jessica Dean. Tenía que ser la exesposa de Kevin Dean. Había querido hablar con el padre de Derek antes, pero el hecho de que hubiera sido el mismo hombre que había conducido hasta las colinas

de Cloverdale para que Gavin Thomas pudiera vengarse de Jason Felton lo convertía en una persona clave.

Slim caminó por el camino hacia la casa de Katie Julius y la encontró en su jardín delantero, regando las flores.

—Buenos días —dijo ella alegremente, y Slim esbozó una sonrisa irónica. No todo el mundo estaba sumido en los oscuros secretos del pasado.

—Quería pedirle un favor —dijo Slim.

Katie dejó su regadera y se levantó.

—Si puedo ayudarle, Slim. ¿Qué pasa?

—Su amiga Jessica… Me gustaría ponerme en contacto con su exmarido. Kevin, ¿verdad?

—¿Es parte de su investigación?

—Sí, tal vez. Sólo me gustaría hacerle una o dos preguntas.

Katie se quitó los guantes de jardinería y los dejó junto a la regadera.

—Está bien. Supongo que quiere su número. Tal vez lo tenga escrito en alguna parte. Espere un momento.

Ella entró en la casa. Slim esperó, mientras el sol le calentaba la cara. Katie tenía un bonito jardín y los macizos de flores estaban bien cuidados. Después de un momento, suspiró. No estaba tan lejos de la edad de jubilación. Tal vez algún día…

—Aquí tiene —dijo Katie, regresando con una hoja de papel—. Si no le importa, no le diga quién se lo dio. Sé que él y Jessica todavía se entienden bien. Ella tendría un… ¿cómo dicen los británicos?… un freno si supiera que le estoy dando su número a un detective.

—No soy uno de verdad —dijo Slim—. Así que está bien.

—Se parece mucho.

—Gracias.

—Buena suerte.

Slim regresó al B&B y condujo hasta Stourbridge. Encontró una cafetería cerca del centro de la ciudad donde hizo la llamada, pero sólo recibió un mensaje de voz. Dejó un mensaje a Dean y estaba a punto de llamar a Kay para seguir con lo de anoche, cuando sonó su

teléfono y el nombre y el número de Steve parpadearon en la pantalla.

—¿Steve? Soy Slim.

—Hola, Slim. Sólo quería decirle que me puse en contacto con mis abuelos. Bajé a verlos anoche. Me dijeron algo sobre papá que pensé que debía contárselo. Puede que no sea nada, pero podría ayudar.

—Claro. Le agradezco que piense en mí.

—Bueno, resulta que usted estaba equivocado acerca de papá y yo tenía razón.

El corazón de Slim empezó a latir con fuerza.

—¿Qué quiere decir?

—Como le he dicho, probablemente no ayude mucho, pero resulta que cuando me dijo que se crio en un hogar de acogida, era más o menos cierto. Los Felton no eran los verdaderos padres de papá. Era huérfano. Había pasado por varios hogares de acogida, pero con los Felton tuvo suerte. Lo adoptaron.

35



STEVE NO TENÍA MÁS información y le dijo a Slim que los padres adoptivos de Jason no habían estado dispuestos a dar detalles sobre los antecedentes de Jason antes de la adopción. Después de que Steve colgó, Slim llamó a Don.

—Eso lo explica todo —dijo Don—. No podía encontrar nada sobre sus primeros años de vida, pero si fuera adoptado, los registros estarían sellados. Veré si puedo encontrar algo ahora que tengo una pista. Dame un par de días.

—Gracias, Don —dijo Slim, y colgó.

Slim volvió a intentarlo con Vanessa, pero tampoco obtuvo respuesta. En cambio, se dirigió a una tienda de electrónica en busca de un cable conector para un reproductor de vídeo. El empleado de atención al cliente le dijo que no tenían ninguno en stock, pero que haría una llamada telefónica e intentaría conseguir uno para la mañana siguiente.

Slim decidió esperar en Stourbridge por si Kevin Dean llamaba después del trabajo. Había empezado a llover y había un límite en la cantidad de café que incluso él podía beber, así que regresó a la biblioteca pública de Stourbridge, donde pidió prestado un ordenador para hacer un poco de su propia investigación.

Incluso con lo que había desenterrado, todavía había poco para continuar. Sabía que muchas personas se habrían contentado con haber encontrado a Jason, pero para Slim eso era sólo el comienzo del misterio.

A veces era más fácil ordenar lo que podía confirmar.

Según Gavin, Jason había dejado embarazada a su novia en ese momento. Desde entonces, Elaine Baxter había muerto de una manera que Slim aún no había descubierto.

Gavin había ido a Southern Cross Circus a buscar a Jason. Junto con varios conocidos, primero habían golpeado a Jason y luego lo habían llevado a las colinas de Cloverdale, donde Gavin había terminado el trabajo, dejando a Jason por muerto antes de regresar al circo a pie.

Antes, Slim necesitaba confirmar lo que Gavin le había dicho. Kevin Dean podría ayudar con eso, al igual que el contenido de la cinta VHS que Derek le había prestado, una vez que pudiera reproducirla.

¿Pero eso había sucedido antes o después de la caída de Maria? Si hubiera sucedido antes, descartaría a Jason como responsable tanto de eso como de los asesinatos de Margaret y Carrie, que según Vanessa habían ocurrido más tarde esa misma noche.

Su principal sospechoso era actualmente Robert Bellingham, pero incluso eso tenía poco sentido. ¿No pudo haber cometido un error y haber matado a la persona equivocada? A menos que… Slim golpeó la mesa con un dedo y asintió lentamente. A menos que hubiera sido una manera de despistar a la gente. Si hubiera habido una investigación sobre las dos muertes, habría sido fácil echarle la culpa a algún trabajador anónimo del circo, dejando a Robert fuera de peligro.

Pero ¿y si…? El zumbido de su teléfono interrumpió el hilo de pensamiento de Slim. Lo cogió de la mesa y miró nervioso por encima del hombro, pero el bibliotecario no estaba cerca.

—¿Sí?

—Slim, soy yo. Kay.

—¿Kay?

—Debo decir que te agradezco que, por primera vez, me hayas dado algo con lo que trabajar y esté dentro de mi especialidad. Eché un vistazo a esas dos muestras que me enviaste.

—¿Coindicen?

—Incluso teniendo en cuenta el hecho de que cuando las personas llenan esas tarjetas de aterrizaje en realidad no se concentran mucho… no coinciden en absoluto. La persona que rellenó esa tarjeta de aterrizaje no era la misma que firmó ese programa de circo.

36



—Incluso si pudieras conseguirme una lista completa de nombres, podría llevar semanas descubrir algo así —dijo Don—. Haré lo que pueda, pero no te hagas ilusiones.

—Sabes que te lo agradezco, Don.

Don suspiró.

—Dame una lista, Slim. Pero no te prometo nada.

Los pasaportes son bastante complejos hoy en día, pero hace treinta años eran un poco más fáciles de falsificar o alterar. Aun así, haber falsificado el viaje de Lowery Powell a Málaga añadía una faceta completamente nueva a la investigación. Implicaba previsión y planificación, y planteaba otra pregunta: si Powell no había ido a Málaga, ¿dónde estaba?

Slim volvió a intentarlo con Kevin, pero no obtuvo respuesta, por lo que, de mala gana, regresó a Meadow Cross. Debido a un accidente, se encontró atrapado en un atasco en Hagley Road, por lo que, sin otras pistas sobre las que actuar, llamó a Maria.

—Slim, hola. —Parecía cansada y molesta de saber de él.

—Hola Maria. Perdón por molestarte. Sé que probablemente estés harta de saber de mí, pero tengo un par de preguntas sobre Jason.

Hubo una larga pausa. Luego Maria dijo:

—Está bien, Slim. Veo que no vas a abandonar esto, ¿qué quieres saber?

—Me preguntaba si sabías que Jason era adoptado.

Maria rio entre dientes.

—Eh. ¿De verdad? No, no tenía idea. ¿Cómo descubres esas cosas, Slim?

—Debo tener suerte. ¿Entonces nunca lo mencionó?

—La nuestra no fue una relación muy profunda en lo que respecta a la conversación —dijo Maria—. Fue más… ya sabes, física.

—¿Sabías que Jason tenía otras amantes?

Maria volvió a reírse.

—¿Estás tratando de hacerme sentir aún peor de lo que ya me siento?

—No, es sólo…

—Por supuesto que lo sabía —dijo Maria, con la voz llena de amargura—. Y lo *odiaba*. Siempre estaba lleno de excusas sobre dónde había estado y con quién había estado. Sabía que estaba mintiendo, pero ¿qué podía hacer? Lo amaba, Slim.

— ¿Alguna vez te enfrentaste a él?

—Apenas había terminado la escuela. Me dijo que me amaba, que quería estar conmigo. Lo hacía todo el rato, pero yo estaba enamorada. Creía todo lo que decía. Y creo… creo que había algo de verdad. Creo que sí que me amaba. Era sólo que era joven, guapo y las chicas se abalanzaban sobre él. No creo que pudiera resistir la tentación.

—¿Conociste alguna por su nombre?

—No.

—¿Oíste alguna vez el nombre de Elaine Baxter?

Maria tosió.

—Sí, pero él… no lo habría hecho. Era la novia de Gavin.

—¿Gavin Thomas?

—Sí.

Slim no dijo nada. Lo mejor era dejar hablar a Maria. Después de un momento de silencio, ella continuó:

— Elaine era su novia. Era buena chica. Trabajaba en uno de los puestos. No sé, el de algodón de azúcar o la galería de tiro, algo así. Jason nunca la habría tocado.

—¿Por qué no?

—Para empezar, porque Gavin le habría matado. Y no quiero ser grosera, pero ella no valía tanto. Era agradable convivir con ella, pero no era muy atractiva, ya me entiendes. Además, durante todo el tiempo que estuve trabajando en Southern Cross Circus, Jason y Gavin fueron los mejores amigos.

37



La cabeza de Slim todavía resonaba con las palabras de Maria cuando finalmente regresó a Meadow Cross. Después de dos horas atrapado en un coche en Hagley Road, tenía muchas ganas de estirar las piernas, así que dejó el coche en el B&B y caminó por Meadow Cross Lane hasta llegar al sendero agrícola que conducía al campo detrás de Oak House y el sitio de Southern Cross Circus. Ya fuera de la propiedad de cualquiera de los hermanos Bellingham, trepó al seto desde donde tenía una posición ventajosa, sacó su cámara de bolsillo y tomó un par de docenas de fotografías del sitio y las casas cercanas. No había nada que resultara sospechoso o irregular, pero tal vez algo pudiera desencadenar una idea más adelante, cuando las cargara en su ordenador portátil.

Regresó a la carretera y entró en el Spar para comprar un bocadillo para cenar. Derek estaba trabajando detrás del mostrador y sonrió cuando entró Slim.

—He seguido su consejo —dijo.

—¿Cuál?

—He regalado un libro a Helen. Le ha gustado.

Slim sonrió.

—Me alegro. ¿Y el café?

—Dijo que oficialmente no consume cafeína.

—¿Eso es algo de ahora?

—También es vegana.

—Debe ser molesto adaptarse a eso.

Derek se encogió de hombros.

—A ver si llego tan lejos.

—Sigue así.

Slim cogió algunas cosas para la cena y luego regresó al mostrador.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Eh… ¿Cuál?

—Me gustaría hablar con tu padre.

—¿Con papá? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Poco. Sólo tengo un par de preguntas. Le he llamado, pero no me devuelve las llamadas.

—¿Tiene problemas?

Slim se rio entre dientes.

—En absoluto.

—Está bien, se lo preguntaré.

—Gracias. Si pudieras lograr que me devolviera la llamada, sería genial. Sólo necesito cinco minutos.

Slim pagó su compra y regresó al B&B. Arriba, en su habitación, cargó las fotografías que había tomado del sitio del circo en su ordenador portátil y luego las examinó durante unos minutos, buscando algo que destacara.

No había nada que pudiera ver que realmente lo ayudara en absoluto. Oak House lucía como siempre, majestuosa. El terreno baldío era sólo eso, un área de nada llena de maleza. Del otro lado, la casa de Robert estaba parcialmente oculta por los árboles. El pintoresco tejado del edificio original quedaba algo arruinado por el tejado plano de la moderna ampliación situada al lado. Slim miró más de cerca y notó un conjunto de escaleras que descendían al costado de la extensión y probablemente conducían a un sótano. Aunque no podía verlo claramente en la imagen, no parecía que hubiera ningún tipo de barandilla o apoyo para un hombre que

caminaba con un bastón. Katie había dicho que Robert afirmaba tener una enfermedad terminal; así que podría valer la pena consultar algunos registros médicos para obtener un poco más de información.

Al mirar de nuevo las fotografías del terreno baldío, Slim se preguntó por qué Robert no lo había vendido o hecho algo más con él. No estaba tan lleno de basura o cubierto de maleza como para crear una monstruosidad para los residentes de Oak House; de hecho, además desde las ventanas del piso superior apenas sería visible detrás de los árboles de los jardines de la casa.

Katie también había sugerido que Robert había permitido que Southern Cross Circus usara el terreno para vengarse de su hermano. Ahora parecía que Lowery Powell, al igual que Jason, había desaparecido en circunstancias misteriosas. ¿Robert sabía algo? ¿Estaba involucrado de alguna manera?

Slim había querido preguntarle a Maria más sobre los días caóticos que siguieron a la abrupta disolución del circo, pero Maria sabía poco.

—Estuve en el hospital durante casi un mes —había dicho—. Y después de eso estuve en rehabilitación, básicamente aprendiendo a caminar de nuevo. No quería tener nada que ver con ese circo ni con nadie involucrado en él.

—¿Nadie te visitó?

— Nadie. Me trasladaron a una unidad de columna en Londres. Cuando me di cuenta de que el circo había cerrado, todos se habían ido y el sitio había sido despejado. Era como si nunca hubiera existido.

—Pero ¿quién te lo dijo?

Maria guardó silencio y Slim se preguntó si habría colgado.

—Recibí una carta —dijo al fin.

—¿De quién?

Maria resopló y Slim cerró los ojos con fuerza, odiándose a sí mismo por lo que le estaba haciendo.

—De Lowery.

—¿Aun la tienes?

—En una caja, en alguna parte. Tal vez. Déjame adivinar, quieres una copia.

—Yo…

—Echaré un vistazo, Slim. —Ella resopló de nuevo—. Por favor, Slim, deja pasar esto. No es necesario que sigas investigando. Solo déjalo pasar.

Habían terminado la llamada poco después. Slim se había mantenido ocupado desde entonces, evitando insistir en las partes más difíciles de la conversación, concentrándose en cambio en aquellas partes que ayudaban en su investigación.

Le dolía la cabeza, pero aun así no podía dejar de investigar. Sin embargo, necesitando alejarse un poco del núcleo, fue a su página de redes sociales, que no había estado en uso durante mucho tiempo, y buscó a Elaine Baxter. Su búsqueda arrojó unos veinte resultados en el Reino Unido, por lo que Slim escribió un breve mensaje y lo envió a todos los perfiles que no estaban configurados como privados.

Hola, mi nombre es John Hardy. Soy un detective que investiga un caso histórico sin resolver. Si estuvo relacionada con un hombre llamado Gavin Thomas en el área de Hagley/Stourbridge a finales de los 80 y principios de los 90, póngase en contacto conmigo, por favor.

Podría ser un supuesto clérigo, pero a pesar de la convicción de sus palabras, Slim ahora estaba convencido de que Gavin Thomas estaba mintiendo.

38



Por la mañana, la tienda de electrónica de Stourbridge llamó para decir que habían logrado conseguir el cable que Slim necesitaba, así que condujo hasta el pueblo para recogerlo. Tenía muchas ganas de volver al B&B para ver la cinta VHS, pero justo cuando se iba, sonó su teléfono. No era un número almacenado en su directorio telefónico, así que llamó de vuelta.

—¿Hola? —dijo una voz de hombre que Slim no reconoció.

—Soy Slim Hardy.

—Ah, bien. El chico me dijo su nombre. Él… ah… dijo que quería hablar. Soy Kevin Dean.

—Bien. ¿Tiene un minuto ahora?

—Ah… estoy en el trabajo. ¿Puedo llamarle a la hora de la comida?

—Claro.

—Muy bien.

Kevin colgó. Slim miró su reloj. Poco más de las once, así que todavía había tiempo para regresar al B&B y mirar la cinta VHS antes de que Kevin volviera a llamar. Consciente de que Kevin probablemente aparecería en ella, tendría la oportunidad de pensar algunas preguntas.

Afortunadamente, el accidente de tráfico que lo había retrasado el día anterior se había solucionado y media hora más tarde se encontraba de regreso en Meadow Cross.

Había un pequeño televisor en su habitación, pero no tenía puerto para el cable que había adquirido con tanto esfuerzo. En lugar de eso, bajó las escaleras, preguntándose si podría usar el televisor más grande de la sala de desayuno.

El B&B se veía vacío y desierto. A menudo, cuando regresaba durante el día, encontraba a Jane en la cocina o aspirando alguna de las habitaciones de la planta baja, pero hoy parecía que había salido. Slim entró en la sala de desayuno vacía, donde el televisor estaba sobre una cómoda en un rincón.

Tuvo que colocar una silla delante para el reproductor de video, pero el televisor tenía el puerto de cable requerido y después de unos minutos frustrados de cambiar canales y presionar botones, logró reproducir el video. Slim acercó una silla y se sentó a mirar.

La primera escena era del cielo oscureciéndose en la distancia sobre las colinas de Cloverdale. La cámara se movía de un lado a otro sin hacer ruido. Slim subió el volumen, pero parecía que la antigüedad de la cinta o su incompetencia operativa habían dejado el vídeo sin sonido. La cámara giró, la imagen se volvió borrosa y luego se centró en el rostro sonriente de un joven que Slim supo inmediatamente que era el padre de Derek. Iba caminando por Meadow Cross Lane. Levantó una mano y saludó tímidamente, luego extendió la mano hacia la cámara. La pantalla se quedó en blanco.

Momentos después, apareció otra escena. Esta era desde el interior de la Gran Carpa y pasaba por encima de una multitud considerable mientras se arrastraba hacia sus asientos. Kevin parecía estar sosteniendo la cámara y ahora el rostro de Jessica aparecía cerca, con una sonrisa. Saludó y luego agitó una mano hacia la pista del circo mientras las luces se apagaban. Con todo en la pantalla sucediendo en silencio, acompañado sólo por el ocasional clic y zumbido del viejo reproductor de video, la escena era casi de ensueño. Slim se encontró sonriendo al ver una fila de acróbatas

marchando a través de una abertura en las cortinas en el otro lado de la pista, desplegándose hacia los lados mientras saludaban a la multitud. Sintiendo como si estuviera viendo recuerdos de una versión alternativa de su propia infancia, fue una sorpresa cuando la cámara de repente se giró para mostrar a Kevin mirando hacia otro lado, hablando con un hombre alto que estaba inclinado sobre él. La cámara giró y la pantalla se quedó en blanco.

Slim detuvo la cinta y la rebobinó, repitiendo la sección y deteniéndola varias veces hasta que estuvo seguro de la identidad del hombre que estaba junto a Kevin. No era fácil prever que este hombre autoritario y enojado se convertiría en un hombre de Dios, pero Gavin Thomas tenía la misma mandíbula y la misma forma de nariz.

Slim dejó que la película avanzara durante un rato, viendo un par de escenas cortas de varias actuaciones acrobáticas y de volteretas. Incluso sin ningún comentario hablado, por la forma en que la cámara se movía, daba la impresión de no producir mucho entusiasmo. Por un momento giró para mostrar el asiento vacío donde Kevin había estado sentado, como para asegurarse de que al ver la reproducción recordaría cómo había abandonado la cita.

Entonces la escena cambió. La vista se movía a lo largo de la parte trasera de la multitud, el lado derecho borroso por las sombras, el lado interior demasiado brillante por las luces del circo. Creaba un efecto espeluznante y alucinógeno que hizo que Slim frunciera el ceño mientras se preguntaba qué estaba haciendo Jessica. Salió de la carpa del circo y durante unos segundos la vista no fue más que oscuridad salpicada por luces brillantes ocasionales que Slim supuso provenían de los puestos fuera de la gran carpa, pero sin la iluminación adecuada era imposible estar seguro. Slim se preguntó si Jessica se estaba yendo a casa, pero la luz volvió a brillar cuando atravesó una cortina.

Al ver a los artistas de pie o sentados en sillas en distintos estados de vestimenta, Slim lo entendió. Jessica se había escondido detrás del escenario, tratando de capturar un poco del

funcionamiento interno del circo. Alguien la saludó con la mano, mientras otro agitó la mano para ahuyentarla. Cuando se giró, una joven cruzó corriendo por detrás de la vista y salió por un pliegue de la carpa. Al principio Slim pensó que era Maria, pero su cabello era claro mientras que el de Maria era castaño oscuro en el otro vídeo. Luego, la cámara giró cuando una mano verde brillante se cerró sobre la lente y la empujó hacia abajo. Jessica retrocedió y la vista se aclaró. Un payaso de nariz roja y mejillas moradas gesticulaba salvajemente, con el rostro pintado cómicamente enojado. Un hombre sentado detrás de él en una silla parecía divertido mientras observaba el intercambio y se ataba un largo zanco de madera a una pierna. Entonces la pantalla se quedó en blanco.

La siguiente escena que apareció fue una de caos. Jessica estaba de nuevo en su asiento, pero de pie, tratando de ver por encima de la multitud delante de ella. Alguien yacía en el suelo en medio de la pista, rodeado de otros artistas. Un hombre alto con sombrero de copa pareció saludar a alguien entre la multitud antes de darse la vuelta y salir a través de las cortinas de la parte trasera. La vista se amplió un poco y, a través de las piernas en movimiento de los artistas reunidos, Slim vio un mechón de cabello castaño oscuro y una cabeza retorciéndose con dolor de un lado a otro. Luego la cámara giró, revelando a Kevin, quien sacudía la cabeza y agitaba las manos de un lado a otro mientras hablaba en silencio. Slim no sabía leer los labios, pero sus palabras eran obvias:

«Apágala. Apágala».

La escena se apagó y después de unos segundos la pantalla volvió a ponerse blanca. Slim dejó correr la cinta un par de minutos más hasta llegar al final, pero no había nada más.

Apagó el televisor y se recostó, mirando la pantalla en blanco, con las escenas aún repitiéndose en su mente. Mucho para digerir. La película no solo fijaba una línea de tiempo en la excursión de Gavin y Kevin a las colinas de Cloverdale, sino que también captaba las consecuencias del accidente de Maria. Jessica se había perdido el

momento exacto de la caída, pero tal vez había algo escondido en la escena que podría darle a Slim una pista de lo que había sucedido.

Estaba a punto de volver a ver la cinta cuando la puerta principal se abrió bruscamente y luego se cerró de golpe. Los pasos en el pasillo fueron seguidos por un grito de:

—¿Señor Hardy? ¿Señor Hardy? ¿Está ahí?

—Estoy aquí —dijo, poniéndose de pie.

Jane Cornick apareció en la puerta, con el rostro enrojecido por la ira.

—Ahí está, gracias a Dios. ¿Qué le dijo? ¿Qué le dijo a nuestra Vanessa? Acabo de regresar del hospital. Esta mañana intentó suicidarse.

39



JANE NO QUISO ESCUCHAR excusas ni explicaciones y le exigió que se fuera inmediatamente. Sin embargo, mientras él estaba arriba haciendo las maletas, irrumpió abruptamente en su habitación, con los ojos llenos de lágrimas, y le pidió que parara. Ella se sentó en la cama y él se encontró sentado con un brazo rodeándola mientras ella sollozaba contra su pecho.

—Se cortó las muñecas en el baño de su trabajo —dijo—. Un empleado la encontró y llamó a la ambulancia. Está viva pero inconsciente. No sé si… si saldrá adelante.

Él permaneció en silencio, consolándola mientras ella le contaba versiones de los mismos hechos, como si intentara encontrarles sentido. Hablaba de cómo había cambiado Vanessa después de lo que afirmó haber visto en Oak House, tendencias autodestructivas que resultaron en malas elecciones de amigos y socios, su vida fue una larga y prolongada espiral descendente en la que esto parecía el fondo absoluto.

A Slim le habría resultado fácil desarrollar el análisis de que probablemente padecía estrés postraumático desde hacía mucho tiempo, y que cortarse las muñecas donde probablemente alguien la encontraría era un grito de ayuda, pero no quería ser un libro de texto. Jane necesitaba una presencia, algo que absorbiera su

sufrimiento, así que él miró por la ventana del dormitorio hacia las colinas de Cloverdale, con lágrimas en sus ojos, hasta que ella lloró. Finalmente, ella sacó un pañuelo de papel del bolsillo, se secó los ojos y levantó la mirada.

—No quería decir eso —dijo—. Puede quedarse. Esto… esto… podía haber sucedido de todos modos.

—Lo siento —dijo Slim.

Jane se puso de pie.

—Tengo que seguir adelante —dijo—. Este lugar no funciona solo, ¿verdad? Tengo más huéspedes esta noche. —Sacudió la cabeza—. Oh, vaya momento…

—Si hay algo en lo que pueda ayudar…

Jane le dedicó una sonrisa valerosa.

—¿Sabe hacer camas?

—Estuve un tiempo en las fuerzas armadas —dijo—. Fue una de las primeras cosas que nos enseñaron.

Jane se puso de pie.

—Muy bien, bueno, si puede ayudar con eso, puedo ordenar las toallas…

—¿Podría mantenerme informado sobre la condición de Vanessa? —preguntó Slim—. Y cuando —eligió cuidadosamente sus palabras— ella se despierte, me encantaría tener la oportunidad de visitarla. También me gustaría decirle que lo siento.

Jane sonrió y asintió, luego salió de la habitación sin mirarlo a los ojos, como si todo hubiera sido un malentendido.

Slim, dolorido por la culpa, estaba feliz de ayudar en todo lo que pudiera… para no pensar en una Vanessa inconsciente que yacía en una cama de hospital, aunque Jane acabó diciéndole que no necesitaba nada más. Estuvo encantado de salir y tomar un poco de aire fresco.

Al otro lado de la calle, las puertas de un pub se burlaban de él, por lo que se propuso caminar en dirección contraria, camino arriba hacia la iglesia, donde se sentó en un banco afuera y se miró las manos, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera Vanessa. Su

teléfono había sonado dos veces, pero no se atrevía a contestarlo. Más que nunca, deseó haber seguido el consejo de Maria y haberse marchado. Ahora era demasiado tarde. Una joven estaba en el hospital y podía morir a causa de su insistencia.

Todavía estaba sentado allí cuando un coche se detuvo, estacionando perezosamente cerca del seto a poca distancia. En la ventanilla delantera se exhibía una pegatina de discapacitado y, un momento después, se abrió la puerta y salió Robert Bellingham. Se ajustó el suéter, luego se inclinó y con bastante facilidad sacó un bastón del interior. Cerró de golpe la puerta del coche y había dado unos pasos con el bastón bajo el brazo cuando vio a Slim sentado en el banco. Sus ojos se encontraron. Robert frunció el ceño, luego bajó el bastón y se propuso recorrer cojeando la calle pasando junto a Slim, hasta llegar a la puerta del cementerio. Allí, se detuvo, se volvió y espetó:

—¿Qué mira?

Slim se limitó a suspirar. Estuvo tentado de no decir nada, pero un último aliento de desafío surgió dentro de él cuando dijo:

—Mi propia madre era tan inútil como parecía. Aun así, incluso si hubiera tenido la oportunidad, no creo que hubiera podido matarla. Debe haber sido necesario cierto nivel de odio para haber puesto esa almohada sobre la cara de su madre, Robert. ¿O fue misericordia? ¿Estaba tratando de acabar con su dolor?

El rostro de Robert enrojeció de ira. Levantó el bastón y Slim se preguntó si podría tirarlo al suelo y luego correr hacia él con los puños cerrados. En cambio, después de un largo momento de pausa, lo azotó contra la pared de la puerta y sacudió la cabeza.

—No sé quién es usted, pero le he visto vagando por aquí. Aquí no le queremos ni a usted ni a sus mentiras y acusaciones.

Slim esbozó una débil sonrisa. Su cuerpo quería dormir, pero su lengua estaba desatada.

—Era fácil, ¿verdad? En el caos cuando esa chica cayó del trapecio, se coló allí, ¿verdad? Era fácil porque tenía una llave. Pero matar a su propia madre no era suficiente, ¿verdad? Para desviar las

sospechas, también mató a otra mujer, ¿verdad? Una mujer inocente y olvidada que no había hecho nada malo.

Robert lo miró fijamente.

—¿Está borracho?

—A veces desearía estarlo.

—No tengo tiempo para esta basura. Que tenga un buen día.

Entró por la puerta del cementerio, murmurando para sí mismo, sin mirar atrás. Slim reunió suficiente motivación para ponerse de pie y seguir calle arriba. Todavía no estaba listo para regresar al B&B, pero se preguntó si habría algo interesante que escuchar en el discreto micrófono que Alan Coaker le había proporcionado y que había escondido junto a la tumba de Margaret Bellingham. Después de haber irritado a Robert, no habría mejor momento para una confesión junto a la tumba.

Eso habría hecho si hubiera podido decidirse a hacer algo. Con la espalda encogida como un hombre que le doblaba la edad, subió con dificultad el sendero que conducía a las colinas de Cloverdale, jadeando al llegar al círculo de piedras en la cima. Allí, ni siquiera se molestó en encontrar un banco, simplemente se sentó y luego se tumbó en el césped, el viento agitaba el cuello de su chaqueta mientras miraba al cielo, preguntándose por qué no podía simplemente irse. Estaba cerca, lo sabía. Estaba cerca de descubrir las respuestas. ¿Pero a qué precio?

Su teléfono vibró en su bolsillo. Lo ignoró, pero un minuto después volvió a sonar. Cuando sonó por tercera vez, ya no pudo resistirse. Sacó el teléfono de su bolsillo y se lo acercó a la oreja.

—¿Slim? Soy Don. He encontrado algo. Te lo estoy enviando. Vas a querer verlo.

40



De vuelta en su habitación del B&B, Slim encontró dos nuevos correos electrónicos de Don. Uno contenía un documento escaneado relacionado con Jason Felton. El texto era demasiado pequeño para leerlo con claridad, pero por lo que Slim pudo descifrar, Jason había sido el hijo menor de tres que habían sido acogidos en 1975 tras la muerte de sus padres en un accidente automovilístico. Sin familiares que los cuidaran, los llevaron a un hogar de acogida en las afueras de Birmingham.

Sin embargo, mientras estaba en un hogar de acogida, su hermana mayor sufrió un trágico accidente y, posteriormente, el comportamiento de Jason se salió de control. El informe era una lista de pequeños delitos: problemas denunciados en la escuela, violencia hacia otros niños de acogida y personal adulto, vandalismo, delitos menores. Pintaba una imagen incipiente del adulto que Steve había descrito, aunque después de ser trasladado a una familia adoptiva en Bath, donde más tarde fue adoptado, parecía que los problemas habían terminado. El último informe, de cuando Jason tenía quince años, afirmaba que se estaba «adaptando bien a su nuevo entorno» y continuaba «haciendo progresos positivos». Un gran interés por el deporte, en particular la gimnasia, estaba «absorbiendo gran parte de su energía destructiva».

Slim estaba a punto de abrir el otro correo electrónico cuando apareció uno nuevo de Maria en su bandeja de entrada. Lo abrió y leyó: «Encontré la carta. Te la he enviado escaneada adjunta. Maria».

La frialdad del tono de Maria era evidente, y Slim se tragó otra punzada de arrepentimiento cuando abrió el archivo adjunto y vio la carta escaneada en la pantalla.

20 de octubre de 1992

Querida Maria,

Espero que tu recuperación vaya bien. Sólo puedo decirte cuánto lamento lo que te sucedio. No tengo más que arrepentimiento y sólo puedo asumir que hubo algún tipo de juego sucio involucrado. Como sabes, todas nuestras cuerdas y arneses se revisan periódicamente por motivos de seguridad. Lo que te sucedio fue un terrible accidente. De nuevo, lo siento mucho. Espero que tu estancia en Southern Cross Circus haya sido agradable. Me temo que después de tu accidente me he visto obligado a cerrar el circo y vender los activos restantes para pagar los costos de la empresa. Los últimos días han sido tiempos difíciles para todos nosotros, créeme. Lamento no poder contarte más, pero no hay nada más que decir, excepto que te deseo todo lo mejor para el futuro.

Tuyo fielmente

Lowery Powell

Slim leyó la carta dos veces y luego envió una copia por correo electrónico a Kay, pidiéndole que la comparara con las otras muestras. Al advertir la fecha, Slim le envió un correo electrónico a Maria, preguntándole si todavía tenía el sobre para verificar el matasellos, pero ella rápidamente respondió que ya no lo tenía.

Su estómago gruñó, recordándole que no había comido desde hacía horas. Salió y condujo fuera del pueblo hasta que encontró un

supermercado donde compró un par de paquetes de bocadillos que se comió en el coche. La lluvia corría por el parabrisas, nublando su vista del estacionamiento y creando una especie de capullo de seguridad dentro del cual sentía un mínimo de calma. Por una vez tenía la mente en blanco y, después de terminar sus bocadillos, echó hacia atrás el asiento y se tumbó, con las manos detrás de la cabeza. Cerró los ojos y los abrió para descubrir que la lluvia había parado y ahora estaba estacionado en la oscuridad.

Sacudió la cabeza para disipar la somnolencia y luego encendió el motor. El salpicadero del coche le indicaba que eran poco más de las diez de la noche, así que se dirigió de regreso a Meadow Cross. Era poco probable que pudiera dormir hasta tarde ahora, pero por una vez se sentía alerta y despierto. Subió las escaleras, decidido a dejar de lado la emoción y redescubrir la fría fachada de detective que necesitaba para terminar la investigación.

Acababa de sentarse en el escritorio de su habitación cuando sonó su teléfono.

—¿Kay?

—Siento llamarte tan tarde, Slim, pero imagino que estarás contento de devolverme el favor. Revisé la letra.

—¿Y?

— Un par de cosas. Primero, coincide con la de la tarjeta de aterrizaje. Puedo decir casi con seguridad que la persona que escribió esa carta es la misma que rellenó esa tarjeta de aterrizaje antes de bajar de un avión en Málaga. —El corazón de Slim se hundió. Parecía que estaba equivocado acerca de Lowery Powell. Después de todo, sí se había ido a España—. Una cosa más.

—¿Sí?

—Hice un análisis del texto y noté algunas cosas. Ahora bien, esta es la parte especulativa de lo que hago, y tengo que decirte que sería muy poco probable que esto se sostuviera ante un tribunal.

—Claro.

— Bueno, está escrito de manera muy formal en algunos lugares. Casi demasiado, como si lo hubiera escrito un abogado. Sin embargo, hay errores básicos que un abogado nunca cometería. «Sucedió» está escrito dos veces sin acento. Esto puede parecer insignificante, pero todas las demás palabras importantes están escritas correctamente, lo que sugiere que podrían haber sido revisadas o copiadas. El hecho de que «sucedió» esté mal escrito sugiere una confianza errónea en la capacidad del escritor. Luego están frases informales como «lo siento mucho», que contrastan con las secciones más formales. Es algo sutil, pero ¿crees que un abogado escribiría eso? ¿No usarían frases como «recibe mis disculpas»?

—No lo sé.

—En mi opinión profesional, diría que esa carta no ha sido escrita por el nombre que firma al pie. Ha sido escrita por alguien que se hace pasar por esa persona, utilizando una mezcla de material copiado. En resumen, es falsa.

Slim respiró hondo.

—Pero coincide con la letra de la tarjeta de aterrizaje.

—Al cien por cien.

41



Era como un nudo sin extremos que sobresalieran, sin lugar por donde empezar. Era como si Slim caminara en círculos hasta que oía a alguien golpear bajo su techo. En cambio, se tumbó en su cama y miró al techo. Había una respuesta en alguna parte, si tan solo pudiera encontrar el hilo y aprovecharlo.

Lowery Powell había desaparecido. La persona que había volado a Málaga con el pasaporte de Lowery también le había enviado la carta a Maria, pero tampoco era Powell. Después de la noche del 26 de septiembre, no había evidencia de que Lowery Powell existiera.

¿Estaba muerto?

¿O había hecho un complejo número de desaparición?

Ya era demasiado tarde para hacer llamadas telefónicas, por lo que Slim sacó sus carpetas de pruebas reunidas y comenzó a repasarlo todo de nuevo. Después de un rato, sus ojos comenzaron a dolerle por todo el texto, por lo que se centró en las fotografías que había reunido, tanto del sitio actual como de las históricas que Derek le había dado. Sin duda tenía que haber alguna pista en alguna parte.

Se frotó los ojos. Tal vez tenía que volver al archivo de la compañía de televisión y ver de nuevo el segmento de vídeo. Haría

otra llamada por la mañana. Mientras tanto, podría ver la cinta VHS una vez más.

Miró a su alrededor en busca del reproductor de vídeo y, para su frustración, se dio cuenta de que lo había dejado abajo. Se apresuró a bajar, pero se sorprendió al escuchar el sonido de alguien llorando en la sala del desayuno. Entreabrió la puerta y miró a través de ella.

Jane Cornick estaba sentada en una silla frente al televisor, secándose los ojos con un pañuelo de papel mientras se reproducía el vídeo. Slim observó durante unos segundos y luego abrió la puerta. Jane se levantó de un salto y se llevó la mano a la boca.

—Oh, señor Hardy, le pido disculpas —dijo—. No quería entrometerme. Simplemente no pude evitar preguntarme qué estaba viendo y, una vez que comencé, me temo que me perdí un poco en la nostalgia.

—No pasa nada —dijo Slim. No dispuesto a revelar su fuente, aunque Jane probablemente podía haberla deducido del metraje, añadió—: Tuve suerte de encontrarlo. ¿Estuvo allí esa noche?

—Oh, no, en absoluto, pero reconocí algunas de esas caras y eso me hizo recordar. Y luego, cuando vi a Vanessa, me vine abajo. No lo diría usted al verla ahora, pero era una chica muy bonita. Tenía toda la vida por delante.

—Espere. ¿Vanessa? ¿Dónde?

Jane señaló la televisión con la mano.

—Está ahí. Pasando por el fondo. No sé por qué…

Slim estaba en cuclillas junto al reproductor de vídeo. Rebobinó la cinta y empezó de nuevo la película.

—Por favor, muéstremela —dijo.

—Oh, bueno, sale en un minuto…

Las escenas pasaron. Cuando llegaron a la sección donde Jessica se escabullía detrás del escenario, Jane se inclinó hacia adelante.

—Casi… Ahí. Ahí está.

Slim miró fijamente a la joven que caminaba por la parte posterior de la pantalla y, cuando desapareció del plano, apagó la cinta. Apenas se había fijado en ella antes y no había reconocido a la

chica como una Vanessa mucho más joven. Ahora, sin embargo, sólo podía preguntarse qué había estado haciendo ella entre bastidores en el Southern Cross Circus una noche en la que se suponía que había estado trabajando en la casa de al lado en Oak House.

Y algunas piezas más del rompecabezas encajaron en su lugar.

—¿Señor Hardy? ¿Está bien?

Slim asintió.

—Creo que sí —dijo, pensando en Vanessa, acostada en la cama del hospital, consciente de que ella no se encontraba nada bien.

42



De alguna manera debió quedarse dormido, pero se despertó con una resaca de cafeína y encontró el sol entrando a través de las cortinas abiertas. Se levantó, miró el reloj y descubrió que ya había pasado la hora del desayuno y se desperezó rápidamente.

Unos minutos más tarde, bajó las escaleras. Jane no estaba por ningún lado y era necesario rellenar la máquina de café de la sala de desayunos. Había agotado su propio suministro guardado en su habitación, de manera que en busca de algo para despertarlo, cruzó la calle hacia el Spar, donde encontró a Jessica detrás del mostrador, leyendo una revista. Ella levantó la vista cuando él entró, con una pequeña sonrisa dibujada en su boca.

—Nuestro casamentero local.

—¿Perdone?

—No sé qué le dijo a Derek, pero está entusiasmado con usted. Él y Helen ahora son pareja y aparentemente es gracias a usted.

Slim se encogió de hombros.

—Es agradable ayudar a alguien para variar. Sólo le sugerí que le comprara un libro en lugar de una botella de vodka.

—Una buena decisión. Quizás pueda hacer su magia con el resto de los adolescentes de aquí. Ya no necesitaría esa cámara. —Ella se

inclinó hacia adelante—. Entonces, ¿qué está buscando, Mike? ¿O es John? ¿O Slim?

Slim le dedicó una sonrisa tímida, consciente de que era su primer encuentro desde su desliz en la iglesia, que ahora parecía como si hubiera pasado toda una vida.

—Mejor Slim.

—¿Y ya ha resuelto el gran misterio del circo?

Su tono no era tan burlón como humorístico, como si fuera un niño jugando.

—Todavía no —dijo—. Supongo que no hay nada en lo que pueda ayudarme…

—Lo dudo.

—¿Conoce a Gavin Thomas? ¿O debería decir reverendo Thomas?

La sonrisa de Jessica desapareció.

—De la iglesia, sí.

—Sólo me preguntaba qué estaba haciendo usted allí ese día. ¿El día del servicio en el que cometí un desliz y revelé que estaba usando un nombre falso?

Jessica se encogió de hombros con torpeza.

—Voy sólo para ofrecer mi apoyo. Ya sabe, al reverendo y a los asistentes.

—¿Y lleva a Derek?

—¿Tiene algo contra la religión?

Slim negó con la cabeza.

—En absoluto. Sólo me preguntaba por qué lleva a su hijo adolescente a un grupo de apoyo emocional.

Jessica frunció el ceño.

—Yo también bebía. Después de que Kevin se fue. No mucho, sólo lo suficiente para que Derek se diera cuenta. Él me hace ir, y no al revés.

—Tiene un buen hijo.

Jessica resopló.

—Gracias. Entonces, ¿quería algo?

—Café, por favor. ¿Y recuerda a Elaine Baxter? ¿La exnovia de Gavin, que murió?

Jessica tropezó al llegar a la máquina de café.

—¿Qué? Elaine no murió. Se mudó a Londres hace años.

—Eso no es lo que dijo Gavin. —Slim había recibido un par de respuestas de mujeres llamadas Elaine Baxter, pero ninguna afirmaba saber de qué estaba hablando.

—Todavía recibo una tarjeta de Navidad de ella todos los años —dijo Jessica—. Probablemente todavía tenga la de la Navidad pasada si necesitas pruebas.

Slim negó con la cabeza.

—No hace falta —dijo—. ¿Pero cree usted que es normal que un hombre de iglesia mienta?

Jessica preparó el café y lo dejó sobre el mostrador.

—¿Puedo darle un consejo, Slim? No se meta con Gavin Thomas. Es un lobo con piel de cordero. Es una libra cincuenta, por favor.

La facilidad con la que Gavin le había mentido hizo que Slim estuviera más decidido que nunca a enfrentarse al supuesto ministro.

Se dirigió a la iglesia, pero la encontró cerrada. En lugar de eso, fue a la parte de atrás y recuperó el dispositivo de grabación que le había enviado Alan Coaker. Para su frustración, sin embargo, la lluvia junto con un pie desprevenido lo habían dejado parcialmente enterrado en el barro. Intentó escuchar la grabación el día anterior, pero no oyó nada más que algunos sonidos de golpes confusos. Con el ceño fruncido, lo limpió y lo guardó en el bolsillo.

En el camino de regreso al B&B, llamó a Kevin, que no le había devuelto la llamada, y le dejó otro mensaje, luego tomó su ordenador portátil y las notas que había recopilado hasta el momento antes de subirse a su coche y dirigirse a Hagley. Ya era casi la hora de comer, por lo que era muy probable que encontrara a Gavin Thomas en el trabajo.

Sin embargo, cuando llegó al pub, éste estaba cerrado y no había luces en las ventanas, y cuando intentó abrir la puerta principal, la

encontró cerrada. Era evidentemente algo inesperado, ya que mientras esperaba afuera, otro cliente llegó caminando por la calle e intentó entrar, sólo para encontrar la puerta cerrada. Murmuró una maldición en voz baja, se encogió de hombros hacia Slim y luego cruzó la calle hacia una tienducha.

Slim esperó un rato en el coche, pero después de que un par de personas le gritaran enojados por la ventana que estaba estacionado ilegalmente, decidió irse.

Sólo mientras se alejaba se preguntó si Jessica podría haberle avisado a Gavin. Decidió llamar a Kevin nuevamente, pero esta vez se detuvo al costado de la carretera y entró en una cabina telefónica cercana. Esta vez Kevin respondió.

—¿Hola?

—¿Kevin? Soy Slim Hardy. ¿Es un buen momento para hablar?

—Ah… realmente no.

—Son sólo unas pocas preguntas. Sólo le llevará un minuto.

—Mire, he estado pensando en ello y no estoy seguro de que haya algo que realmente pueda decirle. Creo que sería mejor que usted… ah… encuentre a otro.

El temblor en la voz de Kevin era evidente. Alguien había llegado a él primero y le había advertido que no hablara.

—Lo que sea que pueda decirme, quedará entre nosotros —dijo Slim—. ¿Gavin Thomas se ha puesto en contacto con usted?

—¿Gav? No… mire, tengo que volver al trabajo.

Kevin no esperó una respuesta. Se cortó la comunicación.

Slim resistió la tentación de golpear el auricular contra la ventana, colgándolo en el soporte y regresando a su coche. ¿Tal vez si se presentara en el trabajo o en la casa de Kevin podría lograr que hablara?

Pero Slim sabía que ya no importaba lo que dijera Kevin. Su reacción (y la posibilidad de que alguien lo hubiera presionado para que guardara silencio) le decía a Slim tanto como una confesión.

Condujo hasta Stourbridge. Allí se dirigió a las oficinas del ayuntamiento, con un papel doblado en el bolsillo, su lista de cosas

que necesitaba comprobar. Había uno o dos hechos menores que necesitaba confirmar y que seguían perdiéndose en un fango de especulaciones, chismes y rumores que rodeaban gran parte del caso.

Después de recoger la documentación que quería, regresó al coche. Acababa de llegar cuando sonó su teléfono. Slim levantó una ceja al ver el número del B&B.

—¿Sí?

—Señor Hardy, soy Jane. Se trata de Vanessa.

Por un instante, el corazón de Slim dio un vuelco y casi le hizo soltar el teléfono. Entonces Jane dijo:

—Está despierta. Y quiere verle.

43



SLIM CONDUJO DIRECTAMENTE al hospital de Birmingham donde Vanessa se estaba recuperando. Para su frustración, no llegó a las horas de visita de la mañana y tuvo que esperar en un café de abajo hasta que la sesión de la tarde comenzó a las tres en punto. Incluso entonces hubo cierta demora mientras intentaba explicar el motivo de su visita, lo que resultó en una llamada al enfermero de Vanessa para obtener la confirmación de la propia Vanessa.

Sin embargo, por fin Slim se encontró sentado junto a la cama de Vanessa, con una cortina corrida a su alrededor. A pesar de estar pálida y evidentemente débil, para Slim en realidad se veía mejor que la primera vez que se conocieron. La tensión nerviosa había desaparecido, reemplazada por una sensación de decisión. Antes había estado demacrada y envejecida por encima de su edad, pero ahora la mujer atractiva que todavía era había emergido tardíamente de su capullo.

—¿Cómo está? —dijo Slim.

Vanesa sonrió.

—He estado mejor.

—Siento lo que pasó.

—No lo sienta. Creo que ya era hora de hacerlo. Lo crea o no… De hecho, me siento un poco mejor.

—Lo que pasó no fue culpa suya.

—No diga eso. Sí lo fue. No puedo explicarlo, pero se lo escribí… antes. En el cajón hay una llave de mi piso. Pegué la carta a la nevera. Me sentí bien al escribirla, aunque doliera. Lo siento mucho, Slim. No diré que nunca quise hacer daño, porque lo hice. Pero… no era realmente yo. No estaba pensando con claridad.

Los ojos de Vanessa se cerraron y, por un momento horrible, Slim pensó que iba a morir. Luego volvió a abrir los ojos y ofreció una débil sonrisa.

—Estoy tan cansada, Slim. Espero que pueda entenderlo.

Un monitor de frecuencia cardíaca empezó a sonar y un momento después un médico abrió la cortina y entró.

—Necesita descansar —dijo el médico, y Slim lo tomó como una señal para irse. Se puso en pie.

—En el cajón —le recordó Vanessa.

Se había preguntado cómo podría encontrar dónde vivía Vanessa, pero la llave tenía convenientemente un llavero adjunto con su dirección escrita con bolígrafo dentro de una cubierta de plástico. De vuelta en el coche, Slim tardó unos minutos con un mapa de Birmingham antes de localizar la vivienda a pocos pasos de Tony's. Veinte minutos más tarde estaba en el rellano del cuarto piso, frente a la puerta de Vanessa.

Giró la llave en la cerradura, pero su mano vaciló cuando se inclinó hacia adelante para abrir la puerta. La mirada en los ojos de Vanessa todavía lo atormentaba, pero por razones que le había llevado tiempo entender. En su rostro veía reflejada una versión de sí mismo: los restos de un ser humano golpeado contra rocas traicioneras, aferrándose desesperadamente a la supervivencia. Le gustaba volver a casa cada noche, al B&B, con su agradable papel pintado, sus elegantes estampados de escenas rurales, sus suaves alfombras y su cálida y limpia ropa de cama. Temía abrir la puerta de Vanessa y encontrarse ante una versión de su apartamento sin alma y apenas amueblado, y regresar a una vida que inconscientemente intentaba dejar atrás.

No era tan malo como había temido. Tenía muebles, un pequeño televisor e incluso una repisa con varias fotografías familiares. Pero había descuido en el lugar (correo sin abrir, doblado y arrugado junto al felpudo, ropa sucia desparramada, una bombilla parpadeando cuando encendió la luz del pasillo) lo que ponía a Vanessa y a él mismo en la misma categoría de la mediana edad, agobiados y frenados por un trauma pasado, incapaces de liberarse.

La carta estaba pegada a la puerta del frigorífico con un imán con la forma de la catedral de York. Slim se guardó la carta en el bolsillo, volvió a colocar el imán y regresó a su coche antes de que sus pensamientos pudieran dominarlo.

Le llevó unos minutos prepararse antes de abrir la carta.

Querido Slim,

No se me da bien hablar. Nunca he podido hacerlo bien. No puedo decir fácilmente lo que quiero decir cara a cara con alguien, porque me concentro en su reacción más que en mis palabras, y eso hace que salgan confusas y desordenadas.

Hace muchos años, mientras trabajaba en Oak House, hice algo malo. Sé que fue algo malo y he vivido con ello desde entonces. Arruiné la vida de alguien y creo que todo lo que ha pasado desde entonces ha sido consecuencia de eso. Puede que no haya ido a prisión, pero he obtenido lo que merecía y creo que mi castigo aún no ha terminado.

Lo que sentía por Jason… no era sólo amor. Era una obsesión total. Tenía catorce años cuando lo conocí y en aquel entonces todavía era inocente y soñadora. Me dejaba sin palabras. No podía creer que él tuviera algún interés en mí y eso me hacía sentir como la persona más especial del mundo. Fue el primero y soñé ingenuamente que también sería el último.

Excepto que no tardé mucho en darme cuenta de que había otras. Mirando atrás, puedo verlo como el mujeriego que era, pero en ese momento sus mentiras me engañaron por completo. Durante

las pocas semanas que nos estuvimos viendo, mi obsesión por él comenzó a oscurecerse.

Él siempre insistía en que cuando llegara el momento dejaría a Maria y estaría conmigo. A menudo, cuando estaba con la gente del circo, fingiendo ser una seguidora o haciendo algún estúpido proyecto escolar para estar allí en caso de que Jason quisiera colarme en su caravana o detrás de un seto en algún lugar, la veía, estirándose, practicando, entrenando. Me recordaba a un cisne, toda gracia y belleza, y comencé a odiarla porque sabía que nunca podría competir con ella. Ahora sé que ella era sólo unos pocos años mayor que yo y que apenas había terminado la escuela, pero en aquellos días la consideraba algo mágico, como una princesa de cuento. Siempre estaría a su sombra, sin importar lo que él dijera.

Y entonces, cuando me dijo que planeaba irse, mis pensamientos tomaron un giro aún más oscuro. Dijo que su gerente los había estado engañando a todos y que quería darle una lección. Dijo que volvería a por mí cuando pudiera, pero saqué mis propias conclusiones y asumí que se iría con ella.

Fue algo inesperado que me encontrara trabajando en Oak House esas dos semanas de septiembre. Después de que todos los residentes estuvieron en la cama, fui libre de hacer lo que quisiera, y había una puerta contra incendios en la parte trasera que podía abrir un poco para poder volver a entrar sin que me vieran. Una noche salí sigilosamente y fui a ver a Jason en su caravana, pero le vi allí con Maria, juntos. Se me rompió el corazón, pero todavía no podía ver a Jason tal como era. En cambio, comencé a considerarla como una especie de diablesa que se interponía en nuestro camino. Si Maria desapareciese, Jason y yo podríamos estar juntos. Al menos eso es lo que pensé.

Unas noches más tarde, cogí un cuchillo de la cocina de Oak House y salí a escondidas después de cenar, mientras los residentes estaban en la sala de televisión. Sabía que se estaba realizando una función de circo, pero no sabía qué pretendía hacer. No tenía un

plan. Fui a buscar a Maria pero cuando entré al área de bastidores, ella ya se había puesto su arnés.

Había estado mucho con los artistas y nadie me prestaba atención. Me encontré en las sombras debajo del andamio sobre el que estaba en pie Maria. No sabía lo que estaba haciendo, pero mientras estaba allí, con mi ira hirviendo, corté un par de las cuerdas más cercanas. No tenía intención de hacerle daño, no. Sólo quería arruinar su actuación, hacerla quedar como una tonta, bajarla a mi nivel.

Hasta el día de hoy no estoy segura de lo que hice, porque no fue hasta más de una hora después cuando escuché por primera vez las sirenas de una ambulancia. Estaba fingiendo dormir en la zona de recepción y apareció David, regañándome por ser incompetente. Me ordenó que volviera al trabajo. Algunos de los residentes todavía estaban abajo, así que tuve que devolverlos a sus habitaciones. Esa noche había otra chica temporal que acababa de regresar a casa, y cuando llevé a la señora Bellingham arriba, descubrí que había puesto a la señora Thompson en la habitación de la señora Bellingham por error, y la anciana se había quedado dormida. A nadie le agradaba la señora Thompson. No podía hablar debido a un derrame cerebral o algo así, pero tenía una mirada vacía que te hacía sentir detestada. Tenía dedos artríticos y grumosos, pero golpeaba los brazos de su silla y reía de esa manera salvaje y espantosa. Odiaba tratar con ella y no estaba dispuesta a despertarla. La señora Bellingham, por el contrario, era encantadora. Sufría demencia, pero cuando estaba bien era una dama encantadora. No había habitaciones libres en ese momento, así que la llevé a la habitación de la señora Thompson y me prometí a mí misma que la llevaría de regreso a su habitación por la mañana antes de que se sintiera confusa.

No pensé más en ello hasta una hora más tarde cuando vi al payaso. No sabía lo que había pasado en el circo, pero sé que ese payaso había venido por mí. Estaba registrando la casa,

buscándome. Y como no pudo encontrarme, descargó su ira contra dos ancianas inocentes.

Maria cayó por mi culpa. Y esas dos mujeres murieron por mi culpa.

Todo fue culpa mía.

Lo siento mucho.

Vanessa

44



A Slim le tomó un tiempo decidir moverse después de leer la carta de Vanessa. Durante mucho rato no pudo hacer nada más que mirar por la ventana las calles grises, con sus pensamientos llenos de imágenes de una vida que había salido mal.

Otra pieza. Pero todavía había más. Como un sabueso herido que se arrastra hacia adelante, incapaz incluso en sus últimos momentos de abandonar el camino, Slim se obligó a encender el motor, salir de la acera y seguir adelante hacia la siguiente pista.

Condujo hasta Stourbridge, hasta la casa de Kevin Dean.

Kevin no estaba en casa, por lo que Slim esperó en el coche hasta que un hombre con un vago parecido a Derek pasó junto a él, con una bolsa colgada al hombro, y giró hacia la puerta de Kevin. Slim salió del auto en un momento, sus pies se movían como si estuviera flotando en el aire. Había cubierto la distancia hasta la puerta en el tiempo que le tomó a Kevin sacar el llavero de su bolsillo y, mientras deslizaba la llave en la cerradura, Slim apareció detrás de él, empujándolo hacia adelante mientras la puerta se abría. Kevin dejó escapar un grito ahogado de sorpresa mientras caía, Slim cayó torpemente encima de él y cerró la puerta de una patada detrás de ellos. Aunque Kevin tenía unos centímetros de

altura más que Slim, Slim tenía la ventaja. Se preparó para pelear, pero Kevin gritó:

—¡Gav! ¡Gav! ¡Lo siento, hombre! ¡No he dicho nada!

Slim se apartó y se sentó mientras Kevin gateaba hacia adelante. Puso una mano en una puerta con paneles de vidrio y la abrió, revelando una pequeña cocina más allá. Un pequeño terrier apareció corriendo, lamió la mano de Kevin, luego miró a Slim y soltó un ladrido brusco y enojado.

—No soy Gavin —dijo Slim, levantándose mientras Kevin, al darse la vuelta, se daba cuenta de su error—. Pero me interesaría saber por qué pensaste que podría serlo. Lo siento, Kevin, pero realmente necesitaba hablar contigo.

—Tú eres ese detective, ¿verdad? No puedes irrumpir aquí. Podría llamar a la policía…

—Sí, podrías y tienes todo el derecho a hacerlo. Por favor, responde un par de preguntas y luego me iré.

Cuando Kevin se puso de pie, las mejillas de Slim ardieron de vergüenza. Kevin parecía como si toda su vida hubiera pasado ante sus ojos. Le temblaban los labios y parecía a punto de llorar.

—No puedes dejar que se entere —dijo con voz vacía y vacilante —. No te metas con Gav Thomas. Ni entonces ni ahora.

—Jason Felton. Lo llevaste a las colinas de Cloverdale la noche en que el Southern Cross Circus cerró definitivamente.

—Gav dijo que había estado husmeando alrededor de Elaine. Dijo que necesitaba darle una lección.

—He oído que eran colegas.

—Sí, supongo. Aunque no íntimos. No lo suficientemente íntimos como para que Gav no le hubiera aporreado si hubiera jugado con Elaine.

—Gav dijo que lo maltratasteis antes de llevarlo a la colina. ¿Cuánto?

Kevin se encogió de hombros.

—Lo empujamos un poco. Lo asustamos. Un par de tipos pudieron darle un puñetazo, pero era de Gav, ¿sabes?

—¿Entonces Jason se rajó?

—Si, totalmente. Lloriqueó como una niña durante todo el camino. Tuvimos que mantener las puertas cerradas por si huía.

—He visto fotos de Jason. Era grande, fuerte, un gimnasta.

Kevin negó con la cabeza.

—Ah, hombre. No conocías a Gav. En aquel entonces, él era muy duro. El resto de nosotros huimos tan rápido como pudimos. Pensamos que Jason iba a morir.

—¿Y no volviste a ver a Jason ni a Gavin esa noche?

Kevin volvió a negar con la cabeza.

—Gav se fue por un tiempo. No sé dónde. Para pasar desapercibido, supongo. No supe más de él hasta meses después: le habían condenado a cinco años de prisión por atracar una gasolinera con un cuchillo de cocina. De Jason, no supimos nada. Seguimos esperando a que apareciera un cuerpo. —Se frotó la cara, con los ojos atormentados por los recuerdos—. No pude ir allí durante años. Sabía que Gav debía haberlo escondido en alguna parte. —Dejó escapar un largo suspiro—. Lo que quedara de él.

45



SLIM DEJÓ su coche en el estacionamiento de un supermercado y deambuló por las calles de Stourbridge, dejando que sus pensamientos dieran vueltas y más vueltas, arrojando todo lo que había aprendido a la mezcla y esperando que surgiera una respuesta. Más de una vez se encontró en la puerta de un pub, arrimándose, a centímetros de volver a caer en su vieja trampa. No lo necesitaba, se gritaba a sí mismo. Podía hacer eso sin muletas.

Ya era de noche cuando encontró el camino de regreso al coche, con frío y exhausto, y le dolía la mente. Encendió la luz de cortesía y sacó la carpeta de fotografías, algunas de Derek, otras que había tomado él mismo. Miró las notas que había tomado sobre los documentos de viaje, el análisis de la escritura de Kay, la carta enviada a Maria. Miró las fotografías que tenía de Jason y Lowery Powell. Miró los documentos que había recibido del consejo. Tenía una teoría y podía conectar casi todos los puntos, pero había una esquina del rompecabezas que aún se le escapaba.

Las dos ancianas. Quién las había matado y por qué. Claro, Robert podría haber tenido problemas con su hermano, pero ¿tantos como para cometer un asesinato?

Don le había enviado los informes del forense. Ambas muertes habían sido catalogadas como causas naturales, posiblemente

debido a la presión ejercida por David Bellingham, de la misma manera que había presionado a Vanessa para que mantuviera la boca cerrada, pero había evidencias en los detalles. Ambas, por ejemplo, habían registrado hematomas en el interior de los labios, signo de compresión. Slim no tenía ninguna duda de que habían sido asesinadas, pero ¿por quién? ¿Y por qué?

Eran casi las once cuando regresó a Meadow Cross, desesperado por dormir unas horas, pero cuando se acercaba al B&B desde el norte, una luz intermitente llamó su atención. Se detuvo en el arcén, salió y caminó un poco más hasta que sus peores temores se confirmaron: había un coche de policía aparcado delante del B&B.

Kevin Dean debía haber llamado a la policía y, si les había pasado el número de Jessica, habría sido fácil averiguar dónde se alojaba Slim. Regresó al coche, dio media vuelta y se dirigió hacia Hagley, antes de cambiar de opinión y girar a la derecha y dirigirse hacia las colinas de Cloverdale.

Se le pasó por la cabeza seguir conduciendo, pero ¿para qué? Había dado a Jane su dirección actual. No podía esconderse, pero tampoco podía explicarse. En el mejor de los casos, lo dejarían en paz y, en el peor, lo arrestarían.

Seguía conduciendo, preguntándose qué hacer, cuando su teléfono, colocado en el portavasos delante de la caja de cambios, vibró con una llamada entrante. Miró la pantalla, temiendo que fuera la policía, pero vio el número de Donald Lane. Consciente de que ya estaba en problemas, se llevó el teléfono a la oreja con la mano izquierda y controló el coche con la derecha.

—¿Don? Es tarde. ¿Estás bien?

—Sí, Slim, es sólo que no me has contestado, así que me preguntaba qué pensaste de ese correo electrónico que te envié.

Slim se frotó los ojos.

—Los informes de Jason. Lo leí. Era interesante. Me dio algunas cosas en las que pensar.

—Ése no —dijo Don—. El otro. El de la madre adoptiva que ahogó a la niña en el baño.

Un escalofrío recorrió la espalda de Slim.

—No, no he llegado a ése —dijo, en un tono vacío y resonante—. Yo… no he leído ése todavía.

—Bueno, será mejor que encontraras un lugar donde poder hacerlo. Podría explicar algunas cosas.

46



CASI A MEDIANOCHE, Slim no tenía muchas opciones. Tenía su ordenador portátil, pero sin conexión a Internet no podía ver sus correos electrónicos. Condujo en busca de algún lugar donde poder conseguir señal de Wi-Fi, pero no había mucho abierto tan tarde y el área de servicio de la autopista más cercana acababa de cerrar cuando llegó. Al final, se encontró en Stourbridge, fuera de la biblioteca cerrada, iluminando la ventana con una linterna en un intento de leer la contraseña de Wi-Fi en un cartel en la pared. Afortunadamente, era una frase inteligible en lugar de una lista olvidable de números y letras, pero incluso con el Wi-Fi conectado a su ordenador portátil mientras estaba agachado en un nicho junto a la puerta, la señal era tan débil que su navegador tardó una eternidad en cargarse.

Un par de veces, se oyeron sirenas a lo lejos y Slim se preguntó si tal vez lo estarían siguiendo, si la policía se dirigía en ese momento a la biblioteca. Había ido demasiado lejos con Kevin y lo sabía, y con su historial era probable que pasara más tiempo detenido.

Por fin su navegador se cargó y abrió el correo electrónico de Don, descargó rápidamente los archivos adjuntos y copió el contenido del mensaje, antes de regresar corriendo a su coche.

Era mucho más de medianoche, pero necesitaba café. Consciente de que estaba dejando un rastro, pero más allá de preocuparse, compró café y algunos bocadillos en una tienda abierta las 24 horas, luego condujo de regreso al campo y finalmente giró por un sendero agrícola apartado antes de apagar los faros y sacar su ordenador.

Slim, también he encontrado esto. Hice una búsqueda exhaustiva utilizando algunos de los nombres que me diste durante las últimas semanas y me llevaron a esto. No sé si es importante, pero debe serlo, ¿verdad? Hazme saber lo que piensas.

Don

El primer archivo adjunto era un reportaje de un periódico de 1978.

Madre de acogida condenada por homicidio

«Madre amorosa» condenada a 12 años por ahogamiento accidental de su hija de acogida

Un jurado del Tribunal de la Corona de Birmingham condenó hoy a Charlotte Haddon (67) del área de Stockford por homicidio involuntario en el caso del ahogamiento en junio de 1976 de una niña de siete años ahora nombrada por los tribunales como Stephanie Louise Gavin. Sobre la base de las pruebas presentadas ante el tribunal, la señora Haddon, muy conocida y activa en su comunidad local, un jurado decidió por una mayoría de 10 a 2 que la señora Haddon debería ser condenada por homicidio involuntario, aunque fue absuelta del cargo más grave de asesinato en segundo grado. El juez Williams basó su sentencia en testimonios de niños mayores que anteriormente estuvieron bajo su cuidado (nombres omitidos por razones legales), y dejó claro que si era liberada antes de la sentencia decretada, nunca más se le debería permitir trabajar en servicios sociales o en guarderías. Otros cinco niños que estaban bajo su cuidado en el momento del crimen fueron trasladados a hogares alternativos.

Slim apenas podía respirar cuando abrió el segundo archivo adjunto, otro artículo de noticias local, éste de un tabloide.

«Madre monstruo» será liberada por motivos humanitarios

Debido al deterioro del estado mental de Charlotte Haddon, condenada en 1978 por el homicidio de una niña en su hogar de acogida, se ha anunciado que quedará en libertad antes de cumplir la totalidad de su condena. A pesar del revuelo público por la decisión, principalmente a la luz de los testimonios de niños que anteriormente estuvieron bajo su cuidado y que han surgido en los últimos años, que describen la vida en la casa Haddon como «satánica» y «horrible más allá de las palabras», el juez del caso dijo que su decisión se basa en el hecho de que la señora Haddon ya no representa ningún peligro para la sociedad. Se le dará una nueva identidad y se la trasladará a una dirección no revelada, que se cree que es una residencia de ancianos.

El tercer archivo adjunto era una fotografía. Parecía haber sido recortada de un libro o periódico, y en principio era un retrato familiar. Un hombre corpulento y jovial estaba de pie con su mano sobre el hombro de una mujer sentada, de rostro delgado, sin sonreír, con las manos cuidadosamente entrelazadas en su regazo. A su alrededor había seis hijos: dos hijos mayores, una adolescente y tres niños mucho más pequeños: un niño de unos ocho años, una niña quizás un año menor y luego un niño pequeño, quizás de cinco.

Debajo había una leyenda: *La familia Haddon en días más felices. (En el sentido de las agujas del reloj, desde la izquierda) Jake, Lewis, Charlotte, Paul, Tiffany, Thomas, Stephanie, Jason.*

Slim se quedó mirando la foto durante un largo rato. En los ojos de los hijos había historias que tal vez llevaría mucho tiempo desentrañar, y esperaba que hubieran podido encontrar la paz en sus vidas adultas.

Sin embargo, los tres más jóvenes eran su preocupación. Había una similitud en sus rostros que sugería que eran hermanos. La niña, Stephanie Gavin, era seguramente la que había muerto, y Jason, el más pequeño, era un falso querubín del hombre en el que se convertiría.

Y luego estaba el tercero.

Thomas.

Y si compartía el mismo apellido que su hermana, su nombre era Thomas Gavin.

El hombre al que Slim conocía ahora como Gavin Thomas.

Como adultos, Jason y Thomas tenían sólo un vago parecido, pues los caminos de sus vidas divergían y la sociedad les había pasado factura. Sin embargo, cuando eran niños compartían la misma estructura facial, la misma mirada en sus ojos.

Slim cerró su portátil. Consciente de lo que tenía que hacer, dio marcha atrás y salió rápidamente del camino, dio media vuelta y se dirigió a Meadow Cross.

47



No esperaba que su vieja ganzúa funcionara en la puerta de una iglesia, pero así fue, y el pesado y tosco cerrojo tintineó al girar. En el interior, la iglesia estaba más cálida de lo que esperaba, pero aun así había agradecido llevarse la manta que había traído en la parte trasera de su coche mientras juntaba una pila de reclinatorios para formar un colchón áspero y luego se acostaba entre la primera y la segunda fila de bancos. Cargado de cafeína y conectado con la emoción de la persecución, no esperaba poder dormir, pero sorprendentemente lo consiguió, al despertar algunas horas más tarde con el sonido de la puerta abriéndose, para encontrar una luz que caía sobre él a través de las altas vidrieras.

Aturdido por el sueño, pero recomponiéndose inmediatamente con el viejo nivel de precisión de las Fuerzas Armadas, estaba sentado en la primera fila de bancos cuando escuchó a Gavin Thomas entrar en la nave, con fuertes pisadas resonando en las losas.

Slim miró fijamente al frente, pensando en el sobre que había dejado fuera de la puerta de Katie Julius en medio de la noche. Contenía sus documentos más importantes, además de sus notas y teorías. «Si no vuelvo a por esto esta noche, por favor déselo a la policía», había escrito en el exterior.

Esperaba poder entregar los documentos él mismo, pero antes tenía que darle a Gavin la oportunidad de explicarse… y tal vez de llenar algunos agujeros que aún existían.

Los pasos se habían detenido. Slim esperó. Pasó una eternidad antes de que Gavin dijera:

—¿Qué está haciendo aquí?

—Tenemos que hablar —dijo Slim. Lentamente se levantó y se dio la vuelta. Gavin estaba de pie junto al púlpito, vestido con una chaqueta larga desabrochada sobre unos vaqueros y un suéter, y sosteniendo una variedad de folletos.

—Le he contado todo.

Slim negó con la cabeza.

—No, no lo ha hecho. Pero lo va a hacer ahora. Porque si no lo hace, le diré lo que sé a la policía y dejaré que ellos decidan.

Gavin se quedó mirándolo fijamente por un momento y luego dio unos pasos hacia adelante. Slim vio cómo su mano libre estaba apretada en un puño y suspiró. No quería que fuera así, pero así sería si no había otra opción.

—Sé lo que le pasó a su hermana. Lo siento mucho.

La tensión abandonó el cuerpo de Gavin y se hundió, buscando apoyo en el respaldo de un banco cercano.

—Puedo entender por qué quería venganza y cuando vio la oportunidad, la aprovechó. Creo que yo habría hecho lo mismo en su lugar. Sin embargo, también murió una mujer inocente.

El rostro de Gavin se arrugó.

—¿Cómo iba a saber que habían puesto a esa vieja bruja en una habitación equivocada…?

—Después de asfixiar a Margaret Bellingham, se dio cuenta de que, después de todo, no era Carrie. O Charlotte, como usted la conocía.

—Esperé hasta acabar para encender la luz —dijo Gavin—. Tenía miedo de que si la veía (o peor aún, ella me veía a mí) no tendría el valor necesario para seguir adelante. Pero quería verla muerta. ¡Tenía tantas ganas de verla muerta! Pero no era… no era ella.

—¿Así que fue a buscarla?

—Probé algunas puertas. No todas tenían cartel. Pero al final… la encontré. Y luego…

Slim se acercó a Gavin y se sentó cerca. Gavin miró fijamente a Slim por un momento, y luego se sentó al otro lado del pasillo.

—Tiene una tarea, tiene un trabajo —dijo Slim—. Por lo que puedo ver, no está demasiado apegado. Tiene los medios. Puedo darle tres días para escapar. Vaya a cualquier sitio. Donde quiera. Eso es lo más que puedo hacer por usted, Gavin. Pero por favor, primero dígame qué pasó.

Gavin se burló.

—Usted es el detective. ¿Por qué no me lo dice usted?

Slim asintió.

—De acuerdo. ¿Se mantuvo en contacto con Jason, o tal vez sus respectivos hogares de acogida lo hicieron por ustedes?

—Nos separaron —dijo Gavin con un gruñido amargo—. Pensaron que yo era una mala influencia para él. ¿Qué esperaban después de lo sucedido? Me aplicaron el sistema y él tuvo suerte al final. Más suerte que yo, en cualquier caso. Se nos permitió el contacto, pero no cara a cara hasta que él dejó la escuela.

—Cuando empezó a trabajar para Southern Cross, ¿volvieron a tener una relación cercana?

—Era como si nunca hubiéramos estado separados.

—Sin embargo, la muerte de Stephanie los perseguía a ambos.

—Jason había olvidado la mayor parte, era demasiado joven.

—¿Por eso fue usted quien entró en la residencia?

—Sí. Solía burlarse de mí, contarme cómo había ahogado a Stephanie. Solía golpear el costado de mi cama, decirme que así sonaban los pies de Stephanie mientras pateaban contra el costado de la bañera. Me decía que yo sería el siguiente si no me portaba bien, que nadie me creería si lo decía. Así que no dije nada. Fue uno de los niños mayores quien la traicionó al final, y luego todo empezó a descubrirse.

—¿Cómo descubrió exactamente que la habían liberado y enviado a Oak House?

—A principios de ese año, organizaron una salida para todos los residentes y los llevaron a Southern Cross para una función privada. Yo estaba trabajando en la puerta. Al principio no podía creer que fuera ella, pero Jason también la reconoció y no podíamos estar equivocados los dos. Era una coincidencia muy cruel. —Gavin apretó los puños y golpeó la parte trasera de los bancos de delante con tanta fuerza que la madera emitió un crujido agudo—. David Bellingham haría cualquier cosa por dinero.

—¿Ella no le reconoció?

—Apenas estaba viva. Debería haber sido suficiente verla así, pero no era así. La quería muerta. Lo quería como nunca he querido otra cosa en mi vida.

—¿Así que lo planeó? ¿Tengo razón en que la caída de Maria fue una coincidencia?

Gavin asintió.

—Lo planeamos para esa noche porque era la última de la temporada. Ambos podríamos irnos y se harían pocas preguntas. Nadie, excepto quizás David Bellingham, que conocía la verdadera identidad de Charlotte, y no se arriesgaría a dañar su reputación y su negocio al dejar que se supiera. No había ninguna conexión con nosotros

—Jason era un golfo, así que tenía un motivo para llevarlo a las colinas de Cloverdale. Ambos iban a desaparecer después de eso, pero regresaron. ¿Escondieron una motocicleta ahí arriba o algo así?

—Bicicletas. Era todo cuesta abajo. Un viaje de cinco minutos.

Slim asintió.

—Sencillo. ¿Y usted debía entrar en la casa mientras Jason vigilaba?

—Nos pusimos unos monos y máscaras de payaso baratas por si nos veían. Normalmente habríamos destacado, pero no con un circo ahí mismo. Nadie habría mirado dos veces.

—¿Cómo entró en la casa?

Gavin se rio entre dientes.

—Ya entonces sabía cómo entrar. Iba a pasar por una ventana de abajo, pero noté una puerta de incendios entreabierta. Era algo pesada y alguien la había empujado, pero no la había cerrado correctamente.

—Jason no estuvo involucrado en el asesinato. ¿Qué planeaba hacer?

—Lowery Powell iba a pronunciar un discurso de cierre de temporada. Mientras estaba ocupado, Jason iba a limpiar su caravana y llevarse todo lo que pudiera encontrar. A ninguno de los artistas se le pagaba bien. Había muchas quejas al respecto. Quería joder a Powell como pudiera.

—Sólo que cuando Jason estuvo allí apareció Powell, ¿no? Quizás quería esconderse después de la caída de Maria, o tal vez hacer sus propios planes de fuga.

Gavin miró hacia abajo y luego asintió lentamente.

—No sé qué pasó —dijo—. Estaba muerto cuando llegué allí. Jason y yo hicimos lo que teníamos que hacer y luego salimos de allí.

—Viajaron a Málaga, ¿no? Jason utilizó el pasaporte de Lowery.

—Estábamos desesperados y éramos unos estúpidos. Fue idea de Jason. Había encontrado el pasaporte de Powell mientras saqueaba la caravana, antes de que éste apareciera. Al principio íbamos a tirarlo a la basura en alguna parte, hacer que pareciera que Powell había abandonado el país. Fue idea de Jason usarlo. —Sacudió la cabeza y luego soltó una risita seca—. Deberían habernos detenido, pero era una aerolínea económica y estaban ocupados. Jason llevaba un sombrero que compró en una tienda de souvenirs dentro del aeropuerto y se paseaba como si fuera el dueño del lugar. Eso bastó. Una vez en España, nos mantuvimos discretos por un tiempo y luego tomamos caminos separados. No quería el dinero de Lowery, así que Jason se lo quedó. Acabé volviendo a casa y terminé en más problemas. La policía llamaba a la puerta con regularidad, pero

nunca acudió para eso. — Suspiró de nuevo y se pasó una mano por lo que quedaba de su cabello—. Hasta ahora.

—No soy la policía.

—Pero ese es su siguiente paso, ¿no? Quería sangre y la ha conseguido.

—Ya se lo he dicho. Tres días.

Gavin se burló.

—¿Qué le da derecho a empezar a tomar decisiones sobre la justicia?

Slim le sostuvo la mirada.

—Me tocaron malas cartas en la vida —dijo—. Pero aun así era mejor que algunos. Mejor que ustedes. No puedo dejar esto, porque hay demasiadas personas involucradas que merecen respuestas. Pero puedo darle una oportunidad.

La mano de Gavin se deslizó dentro de su chaqueta y un martillo apareció en sus dedos. Le dio la vuelta entre las manos y luego miró a Slim, que ni siquiera se había inmutado.

—¿Es el mismo que usó en la tumba de Charlotte?

Gavin pareció sorprendido.

—Eh. No, pero… se ha dado cuenta.

—A alguien no le agradaba, eso era obvio.

Gavin miró el martillo.

—¿Podría detenerme? —preguntó.

—Una extraña herramienta para un hombre del clero —dijo Slim.

—Charlotte no fue un error, pero yo cometí otros. Y algunas personas tienen una larga memoria. —Gavin levantó la vista y miró a Slim a los ojos—. ¿Podría detenerme? —repitió.

—Me he cubierto las espaldas —dijo Slim—. Aprendí de la manera más difícil. Tome lo que le estoy ofreciendo, Gavin. Ya ha cumplido suficiente condena por sus crímenes. No necesita hacer más.

Gavin volvió a girar el martillo. Desapareció en el bolsillo interior de su chaqueta y se puso de pie.

—No se lo agradeceré —dijo—. Ha destruido todo lo que conozco.

Slim no levantó la vista.

—¿Qué es lo que dicen? Mañana será otro día. Espero que haga buen tiempo para usted, Gavin. De verdad.

Durante unos segundos, Gavin permaneció junto a él, con la respiración ronca, casi desesperada, y Slim se preguntó si ese era el sonido que Vanessa había oído mientras estaba agazapada en el almacén de Oak House. El sonido de un hombre que, al intentar corregir una maldad, había cometido al mismo tiempo un terrible error. Entonces Gavin se dio la vuelta y se alejó. Slim escuchó sus pasos mientras se alejaban, luego el ruido de la puerta de la iglesia al cerrarse.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera decidirse a moverse. Al final, no tuvo otra opción. Todavía tenía cosas que hacer.

48



EL SOBRE que Slim le había dejado a Katie todavía estaba donde lo había dejado, fuera de su puerta. Lo recuperó sin molestarla, regresó a su coche y salió de la ciudad.

Durante los siguientes tres días, condujo por la zona, durmiendo en su coche en tranquilas calles rurales, escondido en los rincones traseros de los aparcamientos públicos, manteniéndose apartado, con la cabeza gacha y el teléfono apagado.

Cuando llegó el momento de romper su silencio, llamó primero a un viejo colega, uno con quien no había una amistad perdida, sino respeto mutuo e incluso un elemento de confianza. Ben Holland había servido durante un tiempo como líder del escuadrón de Slim durante sus días en las fuerzas armadas, y luego había conseguido un puesto importante dentro de la Policía Metropolitana.

—¿Ben? Soy yo, Slim.

—Ha pasado mucho tiempo, Slim.

Slim sonrió. La frialdad estaba ahí, como siempre. De lo contrario, algo estaría mal.

—Estoy bien —dijo Slim, respondiendo a la pregunta no formulada—. ¿Y tú?

—He estado mejor, pero sobreviviré. ¿A qué debo el placer de esta llamada?

—Tengo una pista para ti.

—¿Ah?

Como siempre, habían quedado algunas preguntas sin responder, algunas respuestas tal vez nunca las supiera con seguridad. Slim había dejado ir a Gavin con la más grande todavía flotando en el aire, pero estaba seguro de saber la respuesta.

Las obras de construcción de la ampliación de Robert Bellingham comenzaron en agosto de 1992, según el documento de permiso de planificación que Slim había obtenido del ayuntamiento local. Y por las fotografías que había visto, el día de la última función del circo, se había excavado el sótano y se habían levantado los muros de contención. El terreno alrededor de las paredes aún no se había rellenado, y cerca había montones de tierra y rocas, esperando ser reemplazadas.

La caravana más cercana del circo se encontraba a menos de cincuenta yardas.

Slim dudaba que los constructores hubieran mirado dos veces cuando usaron sus JCB para rellenar los restos de los escombros la siguiente vez que vinieron a trabajar, pero si lo hubieran hecho, podrían haber visto partes salientes de un cuerpo humano, enterrado apresuradamente en el espacio detrás del muro de contención más cercano. Además, para la policía que investigaba la caída de Maria, habría sido un hallazgo fácil.

Si hubieran estado buscando.

Sin embargo, al registrar la caravana del jefe de pista, habrían encontrado su pasaporte desaparecido, la caja fuerte y las cajas de dinero de esa noche vacías, y habrían comenzado una búsqueda de otro tipo. Sin embargo, al final del día siguiente, Lowery Powell habría quedado enterrado.

—Conozco la ubicación de un cadáver. Necesitarás un permiso y los materiales para hacer una excavación.

—¿Cómo de seguro estás?

—Completamente seguro.

Aunque no lo estaba al cien por cien, definitivamente tenía suficientes antecedentes para defender su caso. El dispositivo de grabación de Coaker había elegido el momento para funcionar mientras lo dejaba en el bolsillo del abrigo de Slim, y la conversación con Gavin Thomas estaba almacenada de forma segura en el disco duro de un ordenador. Tenía la intención de cumplir su promesa a Gavin, pero estaba ahí por si la necesitaba.

Hubo una pausa. Entonces Ben dijo:

—Está bien. Dame los detalles que tienes y veré qué puedo hacer.

—Gracias. Te lo agradezco, Ben.

—Claro, Slim.

Ben Holland colgó y Slim lanzó un suspiro de cansancio. Había otros cabos sueltos que poco a poco estaba aclarando. Don había logrado encontrar el expediente de pagos del impuesto de la renta de Gavin Thomas, que revelaba que había trabajado brevemente a tiempo parcial en la biblioteca pública de Stourbridge, como parte de un plan de rehabilitación de prisioneros. Tal vez había pensado que quitar las páginas de microfichas de un periódico viejo ayudaría a ocultar las pruebas de un delito.

Todavía tenía que descubrir por qué Robert Bellingham había estado cometiendo fraude por discapacidad durante los últimos treinta años. Ver a su hermano trabajar mientras pasaba su tiempo holgazaneando podría haber sido alguna forma de venganza. Slim había redactado una carta a Servicios Sociales, pero cambió de opinión y decidió no enviarla; cuando se descubriera un cadáver en su propiedad, ya sería un escándalo suficiente.

Tampoco sentía mucha simpatía por David, un hombre dispuesto a aceptar dinero del gobierno para llevar a casa a una asesina de niños y a encubrir pruebas del asesinato de su madre para proteger su negocio. Quizás la exposición de ambos y sus connotaciones podría tener un efecto en el negocio a corto plazo de Oak House, pero sobreviviría. Quizá David tuviera que bajar los precios por un tiempo, pero siempre habría clientes.

Ese mismo día, fue a una comisaría de policía local y se entregó, al mismo tiempo que explicaba su investigación y le pasaba a la policía lo que estaba dispuesto a compartir. Para su sorpresa, Kevin Dean, tal vez no queriendo meterse en problemas, ya había retirado su denuncia y Slim se vio libre para irse.

Regresó a Meadow Cross, donde primero pasó para pagar su cuenta con Jane, luego caminó hasta la casa de Katie Julius, donde le agradeció su ayuda con una taza de café. Esta vez sacó el bueno.

Luego, fue al Spar, donde encontró a Derek detrás del mostrador. Devolvió las fotografías y luego se disculpó por la cinta VHS. Explicó que había comprado un reproductor viejo y que la cinta se había dañado.

—No importa —dijo Derek—. Mamá nunca la mira. Probablemente no se dé cuenta.

—¿Como está tu madre?

Derek se encogió de hombros.

—Ha estado un poco deprimida —dijo—. Sentía algo por el reverendo, pero parece que se ha ido del pueblo. El pub que tenía ha cerrado y todo eso.

—Es una lástima, pero tu madre es una mujer bonita. Encontrará a otro.

—¿Y usted? —preguntó Derek, y la nota de esperanza en su voz hizo sonreír a Slim—. ¿Se quedará por aquí?

—Me temo que no —dijo Slim—. Es hora de irse. Buena suerte con Helen.

—Gracias por su consejo.

—Ningún problema. Cuídate, Derek.

Había mentido sobre la cinta VHS. Un par de horas más tarde, la llevó a un bosque, la roció con un poco de parafina y luego le prendió fuego. Cuando no quedó nada más que unos pocos restos carbonizados, los recogió y luego los arrojó en un arroyo que cruzó en el camino de regreso a su coche.

Quería que la historia, cuando saliera, tomara una dirección determinada. Jason, en su ausencia, podría asumir la culpa. Vanessa

ya había sufrido bastante y, por lo que Slim podía decir, no había otra evidencia que pudiera demostrar que ella estaba en la zona de los artistas la noche del accidente de Maria.

Sin embargo, ya había hablado con Maria y, después de deshacerse de la cinta, condujo hasta la estación Birmingham New Street, donde llegó justo a tiempo para recogerla en el tren.

—¿Supondrá alguna diferencia? —le preguntó ella mientras pasaban por el centro de la ciudad—. Quiero decir, ha pasado mucho tiempo. ¿Qué se puede hacer ahora para cambiar las cosas? De alguna manera lograste desenterrar todo esto, cambiar la vida de las personas después de treinta años, ¿y crees que tengo el poder de mejorar algo? Siempre me he preguntado qué pasó, pero he seguido adelante. Lo he solucionado y he seguido con mi vida.

—Lo has hecho —dijo Slim—. Pero no todos lo han hecho. Algunas personas han soportado los acontecimientos de aquella noche desde entonces.

—¿Y cómo puedo cambiar eso?

—Te sorprenderá lo que puedes hacer con palabras —dijo Slim.

Cuando llegaron al hospital, Slim encontró a Vanessa sentada en la cama, leyendo una revista apoyada en un atril a su lado. Tenía mejor aspecto, pero todavía frágil. Un tubo todavía sobresalía de su brazo.

—Traigo a alguien conmigo —dijo Slim—. Alguien importante con quien me gustaría que hablaras.

Llamó a Maria a la habitación. Al principio Vanessa frunció el ceño y sacudió la cabeza, luego dio un pequeño grito ahogado y se tapó la boca con las manos. Una lágrima goteó y rodó por su mejilla.

—Maria —susurró, ahora sollozando.

Maria se sentó en una silla al lado de la cama de Vanessa y tomó las manos de Vanessa entre las suyas.

—Vanessa —dijo.

—Lo siento. Lo siento.

—Lo sé. Y te perdono, Vanessa. Se aprovecharon de ti y de mí, a las dos nos engañaron. Y creo que ambas hemos sufrido bastante,

¿no crees?

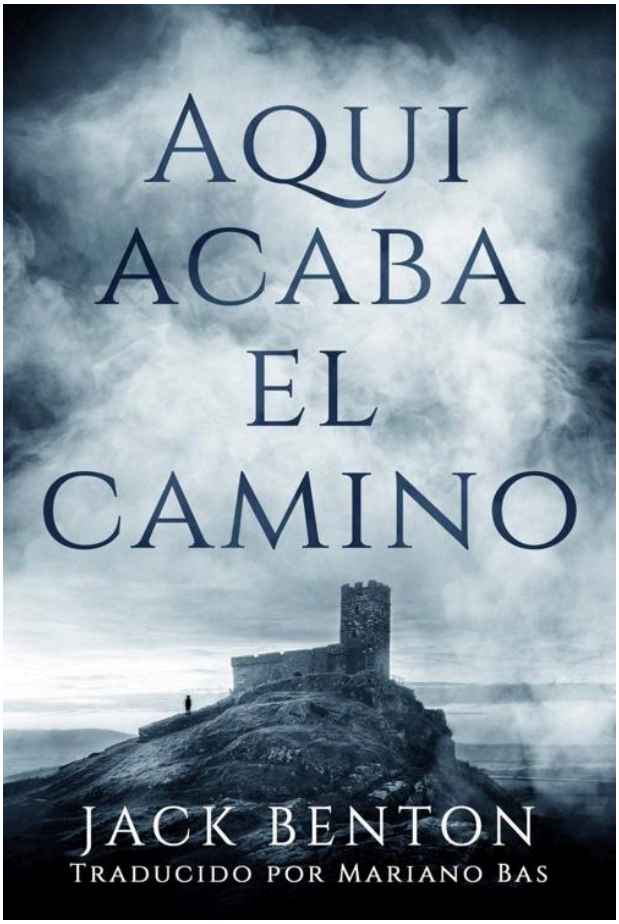
Slim observó a las dos mujeres, ambas llorando ahora mientras Maria se inclinaba hacia adelante y abrazaba con fuerza a Vanessa. Las observó, mientras su corazón se rompía, se curaba y luego tal vez se rompía de nuevo, luego salió lentamente de la habitación, recorrió el pasillo y se sirvió un café en una máquina del vestíbulo.

Ambas habían quedado cegadas por las luces del circo y ambas, a su manera, habían caído. Pero tal vez, si algo bueno podía surgir de todo esto, tal vez ambas podrían comenzar a sanar y seguir adelante.

Suspiró, haciendo una mueca ante el débil sabor del café, luego se sentó en una silla de plástico, apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos.

FIN

AHORA DISPONIBLE



Aquí acaba el camino

AGRADECIMIENTOS

Un agradecimiento muy especial a Ernesto García y Elizabeth Mackey.

SOBRE EL AUTOR

Jack Benton es el pseudónimo para novelas de misterio de Chris Ward, escritor de múltiples géneros de Reino Unido.

www.amillionmilesfromanywhere.net/tokyolost

chrisward@amillionmilesfromanywhere.net

